

HARLEQUIN®

JAZMIN®

385 ptas. / 2,31 € - Argentina: $2,70 - México: $13.00

El amor más grande

Belinda Barnes



El amor más grande
Belinda Barnes
2º Tucker/Scott

El amor más grande (2001)

Título Original: The littlest wrangler (2001) **Serie: 2º Tucker/ Scott**

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 1644

Género: Contemporáneo

Protagonistas: James Scott y Kelly Mathews

Argumento:

Will nunca había tenido un padre, pero, nada más ver a James Scott, se dio cuenta de que era justo lo que necesitaba. No tenía miedo de los toros, criaba todo tipo de animales y además, por las noches, hacía que se alejaran los monstruos que tanto miedo le daban a Will. El pequeño no sabía por qué su mamá lo había llevado a casa, pero ella y James no dejaban de hablar de una maravillosa noche de hacía mucho tiempo… una noche que había cambiado su amistad para siempre.

Belinda Barnes – El amor más grande – 2º Tucker/Scott *Will no entendía muy bien lo que estaba sucediendo, pero hasta un bebé podía darse cuenta de que a veces los adultos necesitaban un poco de ayuda para que ocurriera lo que tenía que ocurrir.*

Capítulo 1

Había crecido sin lujos, había tenido a un bebé ella sola y había abandonado al único hombre al que había querido, pero lo que iba a hacer era lo más duro a lo que Kelly Mathews se había enfrentado en su vida.

—James, este es Will, tu hijo.

«No, así tampoco».

Ya tenía en la mano el pomo de la puerta de la clínica veterinaria de James Scott, pero se dio la vuelta y se volvió a la furgoneta con su hijo en brazos. No podía ver al padre de su hijo hasta que le saliera bien. ¿Qué le iba a decir para hacerle entender por qué no le había dicho que tenía un hijo?

No podía mentir. Mentir es lo que la había metido en todo aquel embrollo.

Bueno, no había sido exactamente por una mentira sino por no decir la verdad. No hablar a James de Will antes había sido un error garrafal. El peor que había cometido, después de haberse enamorado del doctor James Scott, su mejor amigo.

El niño se rió y pidió bajar. Kelly sintió un terrible mareo que la obligó a apoyarse en la furgoneta. Apretó al niño contra sí e intentó controlar el terrible temor de que algo le estaba sucediendo, algo que la iba a apartar de él.

Se alejó del vehículo y atravesó la pradera, que estaba verde de la lluvia primaveral de Texas. Si no se movía, se iba a quedar dormida de pie. Debía hablar con James cuanto antes.

Ahora o nunca.

Kelly tomó aire e irguió los hombros. Abrió la puerta prometiéndose a sí misma que su hijo iba a tener a su padre.

Nada más entrar, vio a James al otro lado de la habitación. Estaba rellenando una ficha y tenía la cabeza bajada. Los recuerdos de la única noche que habían pasado juntos la invadieron y dejaron paso al dolor de todas las que había pasado sola después. Sintió deseos de llorar al pensar en lo que podría haber sido, pero se controló, decidida a terminar con aquello por el bien de su hijo.

James llevaba unos vaqueros desteñidos, botas viejas y espuelas. Seguramente, tendría luego un rodeo. La hebilla que había ganado

tres años antes resaltaba sobre la camisa vaquera que cubría sus poderosos abdominales. Señal inequívoca de que iba a salir después de la competición.

Aunque había pasado tiempo, Kelly seguía odiando aquella hebilla. Era como una luz que lo atraía hacia la competición, que lo obligaba a correr riesgos innecesarios y a no comprometerse. También era un recordatorio de por qué se había visto ella obligada a irse aunque lo que más deseaba en la vida era quedarse entre sus brazos.

Intentó no quedarse mirándolo fijamente, pero se encontró observándolo de arriba abajo. Aquellas piernas musculosas y largas. Todo en él, desde su postura hasta su mandíbula, indicaba solo una cosa: Chico malo.

No había cambiado.

Tampoco la manera en la que a ella se le aceleraba el corazón al verlo.

Sus ojos se encontraron. Vio la expresión de sorpresa en su cara. No dijo nada, solo la miró con aquellos ojos suyos del color del whisky, unos ojos que la acariciaron como antaño lo hicieran sus manos. La observó lentamente, haciendo que lo que había sentido por él una vez saliera a la luz de nuevo.

Se dio cuenta de que había sido una loca al pensar que podría entrar allí, volver a ver a James y que no le pasara nada. Pues le estaba pasando. No se encontraba bien y no sabía si lo volvería a estar nunca.

—Dichosos los ojos —exclamó él dejando la carpeta y el bolígrafo en la mesa y yendo hacia ella con una sonrisa diabólica en los labios. Aquella sonrisa que le había robado el corazón—. Ya era hora de que vinieras a verme —Kelly se preguntó si no se le borraría la sonrisa de la cara cuando supiera el motivo de su visita —. Hola, pequeño, ¿qué tal? —dijo como si le estuviera leyendo el pensamiento.

El niño escondió la carita en el cuello de su madre.

—Es un poco tímido —lo disculpó ella.

James la miró con curiosidad.

—¿De dónde ha salido este pequeño? —Kelly no contestó. Solo se oía el aire acondicionado y la música *country*. James estaba esperando una contestación. Kelly intentó controlar la ansiedad—.

¿Kelly? —preguntó levantándole el mentón con un dedo y mirándola a los ojos.

No quería decírselo, no quería verlo enfadado. Lo peor era que no quería hacerle más daño del que ya le había hecho.

Se recordó a sí misma para qué había vuelto y tomó aire.

—Te presento a Will. Es mi hijo.

—¿Te has casado? —preguntó James algo molesto.

—No —contestó ella—. Will tiene dos años. Nació el cinco de mayo de hace dos años.

Kelly lo miró mientras él digería los datos y comenzaba a darle vueltas a la cabeza y a hacer cálculos. Ella esperó.

Kelly temblaba de miedo. Tenía miedo ante su reacción, ante lo que diría del niño. Se preguntó si se habría equivocado hacía dos años, cuando se fue sin decirle nada de Will. James tenía derecho a saberlo.

Kelly apretó las rodillas. El cansancio amenazaba con poder con ella. Rezó para que James no culpara a su hijo de los errores que ella había cometido. Rezó para que aprendiera a quererlo. Rezó para que nunca supiera que, a pesar de lo que había ocurrido entre ellos, de lo que ella había hecho, sus sentimientos hacia él no habían cambiado.

James dejó de sonreír y la miró inquisitivamente.

—¿Me estás diciendo…?

—Que Will es tu hijo.

Su hijo.

James Scott se quedó de piedra. No podía ni respirar. La cabeza le daba vueltas como si se acabara de caer de un caballo. No oía la música, solo las palabras de Kelly.

Si ella hubiera sonreído lo más mínimo, habría sabido que era una de las bromas que solían gastarse continuamente, pero vio miedo y cansancio en sus ojos y supo que no era así.

Aquella traición le hizo un nudo en las tripas.

—¿Por qué, Kelly? ¿Por qué te creíste en el derecho de apartarlo de mí?

—No pensé que… —contestó encogiéndose de miedo.

—Exacto. No lo pensaste porque, si lo hubieras hecho, habrías sabido lo que yo hubiera pensado y dicho.

—Déjame que te lo explique…

—¿Para qué? Tú no me diste ninguna oportunidad —contestó él sin gritar demasiado para no asustar al niño—. ¿Por qué vienes ahora a decírmelo? —estaba tan blanca como la camiseta que llevaba. Perdió el equilibrio y él la agarró del brazo.

James maldijo—. ¿Estás bien, Kel? —preguntó con amabilidad a pesar de que por dentro estaba hecho una furia.

—Solo estoy un poco cansada —contestó alejándose de su mano —. Se llama William James, pero lo llamo Will —añadió mirando a su hijo con cariño.

Él miró a la criatura. Ojos color chocolate, pelo caoba y tez color aceituna.

Demasiadas coincidencias.

El niño lo miró. Sus miradas se encontraron, pero el pequeño bajó la cabeza hacia el pecho de su madre.

James sintió un gran instinto de protección y algo más que no era el momento de analizar.

—Me lo tendrías que haber dicho antes de irte.

—Entonces, no lo sabía —contestó disimulando un bostezo.

James la agarró del brazo y la sentó en una silla.

—Siéntate antes de que te quedes dormida.

—Lo siento. Llevo dos semanas estudiando incluso por las noches. Ayer tuve el último examen, metí las cosas en la furgoneta y nos vinimos directamente —contestó bostezando de nuevo—. Estoy cansadísima, pero tenía que hablar contigo.

—Mira, tenemos muchas cosas de que hablar, pero ahora no puedes ni abrir los ojos. ¿Por qué no te vas a mi casa a dormir un poco? Luego hablamos —le sugirió pensando que, así, él tendría tiempo de asimilar todo aquello.

Ella se levantó y parpadeó varias veces, como si le costara enfocar.

—No, tenemos que hablar de tantas cosas. Solo necesito lavarme un poco la cara.

—Kel, he esperado dos años. Puedo esperar un poco más —le dijo él. Confiaba en poder controlar los sentimientos de antaño que había vuelto a experimentar al verla. Era como si no se hubiera ido, pero lo había hecho.

Además, le había mentido.

El niño protestó y Kelly le dio un beso.

—Espera un poco, cariño. Ya nos vamos —dijo sonriendo a James a modo de disculpa—. Hay un hotel aquí cerca.

—No hay necesidad de que os vayáis a un hotel —contestó él preguntándose por qué no quería ir a su casa. Tal vez, temía sentirse incómoda en el lugar donde habían hecho el amor—. Mira, Kel, no…

—Gracias, pero no quiero molestaros ni a ti ni a tu pareja.

—¿Cómo?

—Supongo que vivirás con alguien.

—¿Te refieres a una mujer?

—No, me refiero a un tractor —contestó con una leve sonrisa—. Claro que me refiero a una mujer.

No tenía ninguna intención de confesarle que solo había tenido dos citas desde que ella se había ido y que ninguna de las dos había funcionado. Ninguna de las dos mujeres tenían su inteligencia ni su ingenio.

—No, Kel, no vivo con nadie.

—Ah.

—¿Contenta? ¿Accedes a ir a mi casa, ahora? —le dijo. Kelly no contestó—.

Venga, no soy el lobo que te va a comer. Prometo comportarme.

—Olvidas que te conozco —contestó ella sonriendo y luchando para que no se le cerraran los ojos.

—Bueno, lo he intentado —dijo él agarrando al niño. Sorprendente lo natural que le pareció tenerlo en sus brazos. Había agarrado muchas veces a Jessie, la hija de Cal, pero era diferente. Will era su hijo.

Aunque le costara horrores admitirlo, la había echado de menos terriblemente mientras ella estaba en la facultad de Veterinaria. Había echado de menos que fuera a molestarlo con todos los perros y gatos que se encontraba por la calle. La había echado de menos porque había puesto orden en su vida. Pero eso había sido antes de que lo abandonara, antes de aquella mentira inimaginable.

James se dio cuenta de que estaba extenuada. Le sobraba la ropa, como si hubiera adelgazado. Siempre se había exigido mucho a sí misma, solía olvidar comer y dormía poco.

La acompañó fuera y la agarró de la cintura para que no se cayera. Estaba tan delgada que le podría haber abarcado la cintura

con las manos. Medio dormida, se paró junto a él mientras James cerrada la clínica.

James vio que tenía los hombros tan caídos como si llevara sobre ellos el peso de todo el mundo. Como siempre. El sol, que se estaba poniendo en el horizonte, remarcaba las ojeras que había bajo sus ojos, antaño llenos de vida.

Tenía arrugas alrededor de los labios, unos labios que solían sonreír continuamente.

Estaba enfadado por que no le hubiera dicho lo del niño, pero le preocupaba que estuviera bien porque, como de costumbre, parecía que había estado ocupándose de todos menos de ella.

Aquel niño que se revolvía en sus brazos, le dejaba claro que había una parte de ella que no conocía… una parte capaz de guardar secretos dolorosos. Dadas las circunstancias, estaba contento porque al día siguiente tendría todas las explicaciones que quisiera.

—Kel, no estás como para conducir. Yo llevaré tu furgoneta y ya volveré mañana por la mía.

Ella le sonrió y bostezó.

—Veo que sigues tan cabezota como siempre, James Scott, pero estoy demasiado cansada como para discutir. Muy bien, tú llevas mi furgoneta, pero ten cuidado porque Matilda va en el remolque.

—¿Sigues teniendo a esa vieja jaca?

—Es como de la familia —contestó ella apoyándose en el parachoques. James se apresuró a agarrarla, para lo que tuvo que dejar al niño en el suelo. Tomó a Kelly en brazos y la metió en la furgoneta.

Agarró al niño, lo sentó en su sillita y le dio un vaso con pajita que encontró.

Dio la vuelta a la furgoneta y al remolque. Ya cinco años antes, cuando Kelly había llegado para trabajar con él y con su socio Cal, estaban que daba pena. No habían cambiado.

Comprobó que la bola del remolque estuviera bien sujeta y abrió la puerta del conductor. Kelly iba peinada con una larga trenza que le colgaba sobre un hombro y de la que se habían escapado algunos mechones dorados que danzaban al compás de la brisa que entraba por las ventanas. James le colocó el pelo detrás de las orejas.

Cuántas veces había pensado en ella. Había intentado dar con

ellas varias ocasiones, pero no había podido. Era como si nunca se hubiera ido. Era como si todo volviera a ser igual.

Excepto por el niño.

Y la mentira.

Dejó un cuaderno que había sobre el asiento en el suelo y la acomodó entre el niño y él. Le ató el cinturón. Al hacerlo, se impregnó de su dulzura, pero apretó los dientes e intentó ignorar aquel olor que nunca había olvidado. Tenía que tener la mente despejada, algo que nunca había conseguido con ella cerca. Y así habían terminado, liándolo todo.

No entendía cómo podía haberle ocultado que estaba embarazada. Kelly nunca había sido mujer de jueguecitos. La única persona que conocía que tuviera más reglas que ella era su padre y el brigada las cumplía todas, exactamente igual que ella.

Maldijo y miró al niño. Había sido Kelly la que se había quedado inconsciente, pero tendría que haber sido él quien se hubiera desmayado al enterarse de que tenía un hijo de dos años.

Will le dio a Kelly el vaso. Al ver que no se movía, el niño la miró con la cabeza ladeada.

—Mamá, dodó.

—Sí, Will, mamá está dodó —le confirmó James con dulzura.

El niño asintió y volvió a meterse la pajita en la boca mientras miraba a James con preocupación. Tan preocupado como él.

Mientras tomaba el camino que llevaba a su finca, no pudo evitar preguntarse si Kelly se lo habría ocultado porque lo creyera un irresponsable. Se sintió furioso y clavó las uñas en el volante. Hasta ese momento, había decidido ella sola en cuanto a Will.

Sin embargo, desde ese momento en adelante, él tendría algo que decir sobre el futuro de su hijo.

El ladrido de un perro sacó a Kelly del profundo sueño en el que estaba sumida.

Se estiró y bostezó. Se giró hacia un lado. La almohada olía a hombre.

Kelly parpadeó varias veces hasta que consiguió ver con nitidez las fotografías de caballos que colgaban de las paredes. Había un televisor en la mesilla, rodeado de libros y revistas de veterinaria.

Se sentó en la cama y miró a su alrededor. La había metido en su cama. Otra vez. La diferencia era que, la última vez, ella le había

seguido hasta allí de buena gana. No recordaba que la cama fuera tan grande, ni tan solitaria.

Aunque estaba prácticamente a oscuras, reconocía su habitación. Aquella noche que habían pasado juntos le había valido para memorizarla al detalle. Aquella noche en la que sus caricias y sus dulces palabras habían roto sus defensas. Aquella noche en la que se había dejado llevar por el amor secreto que sentía por su mejor amigo.

Aquella noche había dado la espalda a los principios que habían regido siempre su vida.

Los perros volvieron a ladrar y oyó llorar a Will. Le pesaban los brazos y las piernas, pero apartó las mantas y se puso de pie, agradecida por estar vestida con las mismas ropas que el día anterior. Movida por el instinto materno, fue corriendo hacia la puerta preguntándose cuánto tiempo habría estado durmiendo y si Will estaría bien.

Los lloros del niño se hicieron más fuertes y corrió por el pasillo. Sabía que James podía hacerse cargo perfectamente de un niño de dos años. Lo había visto trabajar con caballos heridos y sabía que siempre era cuidadoso y responsable.

¿Estaría James con Will? Necesitaba ver con sus propios ojos que al niño no le pasaba nada. ¿Qué habría hecho mientras ella dormía? Sintió un nudo en la boca del estómago.

Con el pulso acelerado, se paró en la puerta de la cocina. Sintió un gran alivio al ver al niño sentado en una silla delante de la nevera. James estaba a su lado. Llevaba vaqueros, la camisa arremangada y botas, como siempre. Kelly se preguntó si serían las mismas que no había conseguido quitarse aquella noche. No habían conseguido llegar a la cama. No la primera vez.

Ni la segunda.

Cerró los ojos e intentó controlarse. Había olvidado el efecto que su altura, sus hombros y su sonrisa arrebatadora habían tenido sobre ella.

Y seguían teniendo.

No era solo su físico. Sus sentimientos hacía él iban mucho más allá y se remontaban a antes de su noche de amor. No había dejado de echarlo de menos ni un solo minuto. Las tiernas palabras de aquella noche habían alimentado ese recuerdo.

Le había dicho que era guapa y que la deseaba.

Le había dicho cosas que habían casi conseguido hacerla olvidar que casi toda su vida se había sentido poco querida.

Abrió los ojos y vio a James sacando una caja de cartón de una estantería de la nevera.

—¿Y pizza? —preguntó al niño.

Kelly iba a intervenir cuando vio que su hijo agarraba la pizza y la tiraba sin dejar de gritar y protestar. Se dio cuenta de que estaba gritando porque estaba enfadado. Las cosas no estaban saliendo como él quería. La única persona más cabezota que Will era James. Sus pensamientos volvieron a volar a aquella noche, en la que habían concebido al pequeño. Tras la segunda vez, James le había dicho que tenían que parar porque no quería hacerla daño. Kelly sonrió al recordarlo. Pero ella había insistido y había conseguido convencerlo. Aquella noche fue la única que pasó con él y así debía ser.

James agarró la caja de la pizza y la puso sobre la mesa. La misma mesa en la que descansaban otras cosas que el niño había ido desechando. La misma mesa en la que le había hecho el amor por primera vez.

—Te has bebido el único refresco que tenía. Solo hay cerveza y tú no puedes tomar cerveza —Will se tiró al suelo y pataleó. Cuando quería algo, lo quería al momento—. Lo siento mucho, pequeño, pero eres un poco joven para beber cerveza.

Will balbuceó y se agarró a James a la altura de la rodilla.

Kelly sintió que le daba un vuelco el corazón. Había imaginado que volver a ver a James iba a ser difícil, pero no había previsto cómo se sentiría al ver a padre e hijo juntos. Sintió remordimientos. Tragó saliva e irguió los hombros.

Kelly se recordó que James siempre había sido, y probablemente seguiría siendo, un espíritu libre que no había deseado nunca atarse. Más le valía no olvidar por qué se había ido. Pero no era el momento de pensar en ella.

No sabía si James le echaría en cara haberle cargado con la responsabilidad de criar a un niño. Por eso, precisamente, no había querido decirle que estaba embarazada.

Pero no había nadie más que pudiera ocuparse de Will si llegaba el momento.

—Muy bien, Will —dijo James cerrando la nevera y sentándose en el suelo junto al niño—. Me parece que ha llegado el momento de despertar a mamá.

Will fue gateando hasta su regazo y el vaquero lo agarró dubitativo.

—Estoy despierta —Will corrió hacia ella. Sus piececillos desnudos retumbaron en el suelo de madera. Ella soltó el marco de la puerta y tomó al niño en brazos. Will pareció calmarse—. Hola, cariño, ¿has sido bueno?

Con la cabeza escondida en su cuello, el niño asintió.

Kelly sintió que James la estaba mirando e intentó no mirarlo, pero no pudo evitarlo. Aquel hombre seguía desarmándola con tan solo una mirada… Aquella mirada le recordó la cama sobre la que cayeron la tercera vez que hicieron el amor.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, James la miró con más intensidad, comenzando por los pies y subiendo, parándose aquí y allá, haciendo que se acalorara y se le acelerara el pulso. Sus ojos se endurecieron como aquella noche.

Aquella noche que había intentado olvidar tantas veces. Nunca lo había conseguido.

Sus caricias sin prisas y sus interminables besos la habían acompañado todo aquel tiempo.

Kelly tomó aire. No quería recordar la suavidad de sus manos callosas, la manera en la que su cuerpo había respondido a sus caricias ni cómo su boca había encendido llamas que la habían consumido.

No. Se negaba a volver a recordar aquella noche, pero ¿cómo iba a conseguirlo si James no paraba de mirarla así?

—Lo siento. No podía más de sueño. Gracias por cuidar a Will.

James se encogió de hombros y se levantó sin dejar de mirarla.

—Me voy a duchar y vamos a desayunar a la ciudad. He estado toda la noche pensando en nosotros y en lo que pasó.

—No hay un nosotros. James. Nunca lo hubo —mintió amargamente—. Lo que hubo entre nosotros solo fue sexo entre adultos. Solo eso y solo una noche —añadió enferma ante la mentira. Intentó pasar de largo a su lado, pero él se puso en medio —.

Si no te importa, tengo que dar de comer a Matilda.

Él la agarró de la muñeca y deslizó la mano hasta su antebrazo. Kelly sintió una descarga eléctrica.

—La sacamos ayer del remolque y la metimos en el establo con mis caballos.

Esta mañana, el niño y yo la hemos dado de comer. Parece que a Will se le da bien.

—Gracias —contestó ella con voz débil.

—Kel, quiero respuestas —le dijo con los ojos nublados como una tormenta de verano—. No creo que puedas convencerme de que hiciste lo correcto, pero estoy dispuesto a escucharte, después de la ducha. No tardo nada —añadió pasando junto a ella.

La cabeza le daba vueltas. Kelly agarró una silla con mano temblorosa y se sentó en la mesa de la cocina con cuidado para no despertar al niño, que se había quedado dormido en sus brazos. Se había intentado convencer a sí misma de que podría con la arrolladora sensualidad de James. Agarró un sobre que había sobre la mesa y se abanicó mientras admitía que se había equivocado. Aunque había cambiado un poco, había hecho bien yéndose. James seguía siendo demasiado guapo. Exhalaba más sensualidad de la que debería estar legalmente permitida. Aun así, era el padre de Will.

Se encogió. Sabía que no podía echarle la culpa de todo a James. Él no la tenía de tener el físico que tenía, ni de que las mujeres se le abalanzaran. Ella misma lo había visto intentando quitárselas de encima sin herir sus sentimientos. Era un buen hombre. Vivir con él sería mejor que ver a su hijo en un orfanato, en el que sus compañeros lo rechazarían y marginarían, si a ella le pasaba algo.

Ella era una experta en el tema de la soledad. La soledad había hecho que se arrojara en brazos de James aunque había visto que no se quería comprometer con ninguna mujer. Después de haberse acostado con él, había decidido no colgarse de su cuello como habían intentado otras. Antes de tener que soportar que se alejara de ella, decidió ser ella, por una vez en su vida, la que diera el primer paso y se fuera.

Había hecho lo único que podía hacer: irse.

Kelly acomodó al niño en su regazo y aspiró el aroma de James en las ropas de su hijo. El hijo de los dos.

Le resultaba raro verse allí, pidiendo ayuda al hombre al que

tanto había intentado olvidar. Pero, después de todo, era el padre de Will. No tenía nadie más a quien recurrir. Durante toda su vida, se había impuesto unas normas que cumplía a rajatabla. Volver y hablar con James era incumplir la número dieciséis y la número diecisiete, pero no había tenido opción. No podía soportar la idea de que su hijo se quedara solo. Quería que conociera el amor de James.

Aunque ella jamás lo conociera.

Capítulo 2

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó James recostándose en el café—. Creo que me lo tendrías que haber dicho.

El dolor y la rabia que sentía dentro de sí iban dirigidos tanto a ella como a él.

Poco tiempo después de que se fuera, había intentado encontrarla. No sabía nada de su familia. Tal vez, si se hubiera molestado en preguntarle más cosas sobre su pasado, la habría encontrado. Tal vez, si hubiera contratado a un detective privado tras haber fracasado él, se habría enterado de que tenía un hijo.

—Sé que he cometido errores y que os he herido a ti y a Will —dijo Kelly con tristeza—. Solo puedo decir que no fue una decisión fácil. Lo siento, James, mi intención no fue…

—¿Lo sientes? Eso valdría si te hubieras olvidado de preguntarme si quería la hamburguesa con cebolla o por dejar la puerta abierta y que la yegua se escape, pero no vale cuando es algo que te cambia la vida. Te olvidaste de decirme que tenía un hijo.

Kelly puso sirope sobre las tortitas del niño y dejó el frasco en el carro.

—Tienes razones más que de sobra para estar enfadado conmigo.

—Desde luego que sí.

—Te aseguro que me costó mucho decidir si debía o no decírtelo.

—¿Dos años?

—No estaba segura de que quisieras saberlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Por favor, no levantes la voz. A Will, le molesta.

Varios clientes los estaban mirando, así que James apretó los puños y contó hasta cinco. Se dio cuenta de que el niño estaba haciendo pucheros, como si estuviera a punto de ponerse a llorar, pero Kelly le dijo algo y consiguió calmarlo.

Levantó la mirada y se encontró con la de James. Se llevó la taza de café a los labios y la agarró con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—Cuando volví a la universidad, comencé a encontrarme muy

mal. Me levantaba vomitando y me tenía que quedar en la cama. Tuve que dejar tres asignaturas para poder sacar notas decentes en el resto.

—Si me lo hubieras dicho…

—Por favor, déjame terminar. Voy a ser sincera contigo y me gustaría que tú hicieras lo mismo. Si lo hubieras sabido, ¿habrías ido a buscarme? ¿Te habrías casado conmigo y habrías sentado la cabeza? —le preguntó con los ojos llenos de una tristeza que a James le partió el corazón—. Si hubieras hecho todo eso, ¿habría sido porque lo habrías querido de verdad o porque no te quedaba más remedio? ¿Y luego me habrías culpado de haberte arruinado la vida?

James se pasó una mano por el pelo. No le gustaban las conclusiones a las que había llegado Kelly, ni entonces ni en aquellos momentos. Tal vez, esas fueron las únicas posibles conclusiones teniendo en cuenta su historial con las mujeres.

—Como no te molestaste en decirme que estabas embarazada de mí, sabes que no sé cómo había reaccionado. Pero tú, tampoco lo sabes.

Kelly lo miró a los ojos.

—James, eres un amigo estupendo. Mi mejor amigo… por lo menos, lo eras. A pesar de lo que puedas creer, le di muchas vueltas antes de tomar una decisión. No creí que te quisieras casar conmigo, así que me concentré en Will.

—Dime la verdad, Kel. ¿Te paraste a pensar alguna vez lo que yo hubiera querido?

—¿Habrías sido capaz de responsabilizarte de Will para toda la vida? No me refiero a pasarte a verlo de vez en cuando, de camino a algún rodeo o cuando te pillara de paso para ir a alguna monta. No, me refiero, a ir a verlo a él y solo a él. Ser padre quiere decir tener tiempo, aunque llegues tarde al rodeo y no puedas competir.

—Ese no es el tema ahora. No tenías derecho a tomar esa decisión por mí —dijo sin preocuparse de si los demás clientes los estaban oyendo o no.

—Hace poco, me di cuenta de que me había equivocado al no decírtelo. No puedo deshacer lo que hice ni devolverte el tiempo que te has perdido con Will, pero te ofrezco su futuro. Voy a pasar aquí el verano para que tengas la oportunidad de conocer a tu hijo.

James no estaba seguro de si había oído bien. ¿Por qué habría cambiado de opinión? Hasta aquel momento, echarle la culpa a ella había apaciguado de alguna manera la furia que sentía, pero aquellas palabras le sentaron como una patada en el estómago. En lugar de sentirse contento de que admitiera que se había equivocado y de que le diera la oportunidad de ser un padre para Will, se preguntó si podría hacerlo, si podría ser un buen padre.

Su relación con el suyo era malísima. Su padre ladraba órdenes, no pasaba ni un solo error y esperaba que James fuera como un soldado. Siempre había dicho que lo había hecho por él, para que fuera mejor, más fuerte.

A pesar de que no coincidían en nada, lo llamaba cada dos semanas. Siempre terminaban peleándose. Su padre decía que un hombre de verdad era el que quería defender a su país. A James le dolía aquel recordatorio de que su padre le consideraba un desastre y un irresponsable.

Observó a Kelly ayudando a beberse la leche a Will. El niño protestó cuando lo limpió con una toallita, con sus manos delicadas, pero firmes, como ella.

La había echado de menos, su amistad, su apoyo, la manera en la que siempre había creído en él. No entendía qué había ocurrido para que todo se liara tanto entre ellos.

—Kel, ¿cómo estás tan segura de lo que habría hecho si no lo sé ni yo? ¿Qué ha cambiado ahora para que me veas con otros ojos?

—James, por favor —dijo sentando al niño en su regazo—. Esto me ha dado muchos quebraderos de cabeza desde el principio. Quería decírtelo, tenía la esperanza de que si lo sabías…

—¿Qué?

Kelly se mordió el labio inferior.

—Quería hacer lo que fuera mejor para todos. Para ti, para mí y para nuestro hijo. Debí llamarte un millón de veces —confesó. James frunció el ceño. Era cierto que en aquello tiempos era un tanto salvaje, pero quería creer que habría sido capaz de hacerse cargo de su hijo. Era cierto que siempre tenía que demostrarse a sí mismo que era el mejor, tanto montando el caballo más fiero como conduciendo el coche más veloz como bebiendo cerveza, pero el incidente de Fort Worth que había sufrido hacía un año le había hecho plantearse que estaba poniendo en peligro su carrera como

veterinario. Ya solo competía los fines de semana y solo si alguien necesitaba compañero en el equipo de derribo. Kelly debería haber sabido que, a pesar de eso, no era un hombre sin principios.

—Me tendrías que haber llamado —le dijo—. Habría ido a buscarte.

—Te llamé.

—¿Cuándo?

—Cuando nació Will —contestó Kelly apoyando la cara en la cabeza de su hijo y acunándolo mientras el niño se empeñaba en no soltarle la trenza.

—No lo entiendo. ¿No dejaste un mensaje? —preguntó él sin poder dejar de mirarlos a los dos. Recordó que él también había jugado con aquella trenza una vez.

—No. Me contestó una mujer.

—¿Cómo?

—Sí, supuse que tenías novia o que te habías casado y no quería complicarte la vida.

James frunció el ceño e intentó dilucidar quién sería.

—No he vivido con ninguna mujer. ¿Cuándo llamaste?

—A las siete de la mañana del cinco de mayo de hace dos años.

—Era mi hermana pequeña, Lindsey —contestó James cayendo en la cuenta.

—¿Lindsey?

—Sí, vino con su marido y sus dos hijos a visitarme. A Joe lo destinó el ejército cuatro años a Alemania y, antes de irse a Houston para tomar el vuelo, estuvieron aquí una semana.

—No lo sabía. Supuse…

—Te equivocaste.

—Sí, pero no me negarás que fue de lo más normal haber pensado lo que yo pensé.

—¿Por qué?

—James, eres como un reclamo para las mujeres. No sería raro que alguna te hubiera cazado.

—¿Por qué no iba a hacerlo? De todas formas, me estás echando la culpa de algo que no hice —protestó. No le gustaba cómo lo estaba haciendo sentir. Él no tenía la culpa de las chicas que iban a los rodeos a ligar. Las dudas lo invadieron y, aunque le costaba creerlo, no pudo evitar preguntárselo—. ¿Por eso pasaste aquella

noche conmigo? ¿Para ver si me podías cazar tú?

Kelly abrió los ojos como platos.

—¿De verdad crees que lo hice solo para ver si yo conseguía lo que otras no habían logrado?

James se encogió de hombros.

—Si me preguntas eso, es porque no me conoces de nada —dijo Kelly.

—Ese es el problema, Kel. Me estoy dando cuenta de que no te conocía de nada.

Kelly lo miró exasperada.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Me utilizaste para dar celos a alguien?

Kelly se quedó mirándolo un buen rato.

—No —susurró cuando James creía que no podía aguantar ya la pena que veía en sus ojos.

James sintió un enorme alivio. Apoyó los codos en la mesa y pensó que realmente no importaba por qué se hubiera ido a la cama con él. Aquello pertenecía al pasado. Su historia personal le había enseñado que era mejor no dar vueltas a lo que no se podía cambiar. Sin embargo, le costaba dejar de pensar en lo que Kelly le había hecho.

James dio un trago al café y recordó algo que ella le había dicho.

—Has mencionado el rodeo. Sé que nunca te gustó esa parte de mi vida. ¿Tuvo eso algo que ver?

—No. No me gustaba que compitieras porque me daba miedo que te lesionaras o algo peor.

No quería decirle que precisamente un accidente era lo que había hecho que dejara de competir.

—Ahora ya casi no tengo tiempo para nada más que para la clínica.

—James, sé que estás muy enfadado conmigo, pero me gustaría que me hicieras un favor. Me gustaría que pensaras en lo que te he dicho de responsabilizarte de Will y que me dieras una contestación. No lo hagas por mí sino por ti. Quiero una respuesta sincera. No he vuelto para ponerte una soga al cuello. Nada me haría más feliz que descubrir que me equivoqué al juzgarte.

Kelly tenía razón. Admitirlo lo fastidiaba. Ella había tomado sus decisiones en función de lo que había creído para Will y él debía hacer lo mismo, pero era muy difícil con ella tan cerca. Reaccionó ante su proximidad aunque sintiera su orgullo herido.

El oír a Kelly hablar de su falta de compromiso le había abierto viejas heridas en las que llevaba años sin pensar. Aunque las había intentado tapar, descubrió que estaban allí, sin cicatrizar.

James tragó saliva.

—Te equivocaste sobre mí y sobre todo lo demás. Puedo ser un buen padre y te lo voy a demostrar.

James salió del establo todavía molesto por la conversación que había mantenido con Kelly aquella mañana. Oyó su furgoneta y, para cuando llegó a la casa, se la encontró sacando a Will de su sillita.

—¿Has encontrado piso para el verano? —le preguntó.

—Nada interesante —contestó ella quitándose de la cara los mechones que se le habían soltado de la trenza—. Como sigo pagando el alquiler del campus universitario, no me puedo permitir nada muy caro. Hay muchos sitios baratos si estoy dispuesta a vivir con cucarachas y ratas, pero no me apetece mucho, la verdad.

James agarró los paquetes de pañales del maletero e, ignorando las protestas de Kelly, tomó al niño en brazos.

—Dame, deja que te ayude. Estás como si te fueras a caer. Tendrías que haberme dejado que fuera contigo.

Ella se giró para mirarlo.

—Como dijiste antes, tenías que trabajar y yo no soy una inútil.

James volvió a ver aquellas ojeras bajo sus ojos y deseó no haber dicho nada sobre lo que tenía que hacer en casa. Sí, era cierto que tenía cosas que hacer, pero su negativa a acompañarla había sido más bien consecuencia de su orgullo herido.

Seguía sin poder creer que ella hubiera dado por hecho que, si se lo hubiera contado todo, él le habría dado la espalda a su hijo.

Darse cuenta de que no lo necesitaba era difícil de aceptar. La verdad era que siempre había sido una mujer tan independiente como para no necesitar a nadie.

Aquello siempre lo había molestado y seguía molestándolo.

—De todas las personas que conozco, tú eres la menos inútil, pero Will pesa lo suyo, así que deja que te ayude.

—De acuerdo —contestó ella. James vio en sus ojos preocupación y remordimientos. No debería sentir deseos de consolarla, pero no podía evitarlo.

Aquello lo indignaba tanto como no conocerla tan bien como había creído. Claro que ella siempre había estado dispuesta a sentarse y escucharlo. No debía de haber nada que ella no supiera sobre él. Se dio cuenta de que ella no solía hablar mucho de sí misma. Lo que sabía de ella, lo había averiguado tras años de observación.

—Si se supone que debo acostumbrarme a Will, lo más normal es que os quedarais aquí. Después de todo, solo es el verano.

Kelly frunció el ceño. A James no le importó. No le importaba que le gustara o no la idea. Él estaba decidido a pasar todo el tiempo que pudiera con su hijo.

—Sabes que no puedo hacerlo —contestó ella subiendo los escalones del porche.

—¿Por qué? —preguntó él siguiéndola mientras intentaba obviar los vaqueros apretados que llevaba. Le abrió la puerta y la dejó pasar. Luego se maldijo a sí mismo por observarla mientras cruzaba la estancia.

—Porque no hace falta que estemos todo el día pegados a ti —contestó. Para entonces, James ya estaba empapado en sudor—. Sabes que te volvería loco.

Tenía razón. Lo estaba volviendo loco ya... La necesitaba, necesitaba besar aquella boca.

La miró y vio que ella evitaba su mirada.

—Tonterías. Antes, nos llevábamos perfectamente.

—Eso era en el trabajo. No estás acostumbrado a vivir con nadie. Creo que es mejor.

—¿Mejor para quién? ¿Para ti?

—Para Will, por supuesto. Todo lo que hago es por él.

—No sé si tú lo creerás así, Kel, porque yo, no.

James sabía perfectamente por qué no se quería quedar en su casa y, desde luego, no tenía nada que ver con no querer molestarlo. Obviamente, creía que no era un buen ejemplo para el crío. De repente, se sintió inquieto e, inmediatamente, furioso—. Estás empleando las mismas excusas que cuando no me dijiste nada de su existencia —su tono hizo que el niño se pusiera casi a llorar

—. Maldita sea.

Kelly le dedicó una horrible mirada y agarró al niño. Lo calmó con bonitas palabras y caricias en la espalda. Cuando el niño dejó de llorar, Kelly lo miró a los ojos.

—¿A qué te refieres con eso de las excusas?

—Venga, Kel. Sabes perfectamente a lo que me refiero. Crees que, para cuando tenga tres años, le habré enseñado a mascar tabaco y a correr detrás de las mujeres —

contestó él más calmado aparentemente aunque, por dentro, estaba que estallaba.

—Me parece que va a ser mejor que me vaya porque esto no nos está llevando a ninguna parte. Si te parece bien, te dejo a Matilda aquí hasta que encuentre un lugar donde guardarla. Hay comida en el remolque, pero te pagaré.

—No lo hagas, Kel —dijo él pasándose los dedos por el pelo.

—Me parece que ha quedado demostrado que no podemos estar en la misma habitación sin que salten chispas. Tenemos que tranquilizarnos. Ya he hecho varias cosas que me había jurado que no haría. No pienso hacer que esta situación, que ya es lo suficientemente difícil, se convierta en algo peor —objetó agarrando los pañales y poniéndoselos a la espalda.

—¿Dónde vas? —preguntó James sabiendo que no debería importarle.

—A un motel —contestó ella yendo hacia la furgoneta.

James sintió ganas de pararla y de estrecharla entre sus brazos. No tenía sentido, pero las cosas con Kelly nunca lo habían tenido. Maldijo y la siguió—. ¿Me llamarás para decirme dónde estás?

—Quiero ver a Cal y conocer a su mujer, así que me pasaré mañana por la clínica —contestó sentando a Will en su sillita y dando la vuelta al vehículo.

No quería que se fuera. Agarró la puerta justo antes de que se cerrara.

—Kel, espera. ¿No podemos hablar?

Ella tragó saliva y miró por el parabrisas.

—No sé si eso sería de ayuda.

—Estoy aquí, dispuesto a escuchar. ¿Qué te parece si lo intentamos?

—Estoy demasiado cansada como para hablar hoy —contestó.

—Al menos, llámame para decirme el motel en el que estáis —le pidió cerrando la puerta.

Kelly lo miró con tristeza, encendió el motor y se fue.

James se quedó allí, de pie, hasta un buen rato después de que hubiera desaparecido tras la curva. Recordó todo lo que le había dicho Kelly aquel día y no le gustó lo que había oído ni los ojos con los que ella lo veía.

Hacía mucho tiempo que no tenía una sensación así. No debería importarle que los planes de futuro que Kelly había hecho para su hijo no lo incluyeran a él; de hecho, no había sabido que tenía un hijo hasta hacía veintiuna horas. El hecho de que se preocupara por ella lo irritaba tanto como la necesidad que tenía de estar con su hijo… y con Kelly.

Fue hacia su furgoneta intentando dejar de ver su cara. Tal vez, unas cuantas cervezas lo ayudaran a olvidar lo guapa que estaba y lo bien que olía. Lo dudaba.

Necesitaba olvidar que, a la hora de luchar para traer a su hijo al mundo, Kelly había preferido estar sola que apoyarse en él.

Kelly cerró con llave la puerta del motel y echó la cadena. No le gustaba ni la habitación ni el lugar donde estaba ubicado el establecimiento, pero, después de haber ido a otros cinco, todos completos por el rodeo del fin de semana, se había tenido que conformar. La otra opción era irse a casa de James. No sabía si sería capaz de hacerlo sin delatarse y confesar lo mucho que lo seguía queriendo.

—Vamos a ver, cariño, vamos a buscar tu caballito —le dijo al niño dándole un caballo de peluche. El niño se puso a jugar en el suelo con su juguete preferido.

Después del tiempo que había pasado con James, la habitación le pareció de lo más solitaria. Era curioso porque había vivido sola hasta que había nacido Will y, luego, habían sido solo dos. Tras un día con James, se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos hablar con un adulto, casi tanto como lo echaba de menos a él.

Había salido con otros estudiantes, pero solo para ir a conferencias. Después de clase, tenía que trabajar y, además, tenía a Will.

Kelly volvió a pensar en James. Le habría gustado quedarse en

su casa, pero no se fiaba de sí misma. Por eso había inventado la regla número quince, para evitar que pasara nada. La verdad es que le había sorprendido la reacción de James. No había hecho nada de lo que ella había previsto que haría cuando le dijera que tenía un hijo.

No había protestado demasiado ni se había enfadado en exceso. Además, la había llevado a su casa y, a pesar de que se había hecho un lío intentando explicarle las cosas, les había ofrecido quedarse allí.

Se preguntó si el vaquero que ella conoció habría aguantado tan estoicamente que cuestionaran de esa forma su personalidad. Aunque lo hubiera hecho, desde luego, no la habría invitado a quedarse en su casa.

Al recordar todo lo que le había dicho, no pudo decidir cuándo había querido algo tanto como estar con él. Había decidido no quedarse en su casa por lo mismo por lo que había decidido irse de la ciudad tres años antes.

Volver a verlo había sido una conmoción. El dolor que le había producido creer que estaba casado casi la había matado. Se había preparado porque sabía que iba a ser difícil verlo de nuevo. Había formulado varias reglas nuevas, especiales para la ocasión. Aun así, le había costado un inmenso esfuerzo no correr a sus brazos, que era el único lugar en el que quería estar.

Tal vez, debería llamarlo. Le había pedido que le dijera dónde estaban. ¿Qué mal podía hacerle eso? Así, las cosas se suavizarían y ella se cercioraría de que no se ofendiera ante su negativa de quedarse en su casa. Si se enfadara, podría cambiar de opinión en cuanto a conocer a Will y, precisamente para eso, los había hecho pasar a ambos por aquello.

Kelly se sentó en el borde de la cama y marcó el número de James. Se lo sabía de memoria, lo había marcado cientos de veces. Agarró con tanta fuerza el teléfono que le dolía la mano. Tras el sexto timbre, colgó, como había hecho tantas veces.

Se levantó y se paseó por la habitación. Estaba tan cansada que solo quería dormir. ¿Y si se había enfadado? ¿Y si había tenido un accidente? ¿Y si había salido con otra? Kelly acarició la cabeza de su hijo y descolgó el teléfono rápidamente para llamarlo al móvil.

James respondió al cuarto timbre. Oyó música *country* de fondo

y decidió colgar, pero miró a su hijo y cambió de opinión.

—¿James?

—¿Kelly?

Se lo imaginó sentado en un bar con una rubia en cada rodilla.

—Quería decirte dónde estamos, por si me necesitas.

—Un momento —le indicó. Kelly oyó un ruido de papeles—. De acuerdo.

Dímelo.

—Estoy en la Posada Campestre.

—¿En qué habitación? —Kelly no contestó. No sabía si debía decírselo. Si había una emergencia, tenía que poder localizarla. Además, lo había echado de menos y esperaba que pudieran recuperar la amistad que tenían, aunque secretamente ella siempre quisiera algo más. La amistad era mejor que nada. Nada era lo que había tenido durante los tres últimos años. Lo había echado de menos más de lo que jamás habría podido imaginar. Había cosas peores que ser solo su amiga—. ¿Kelly? ¿Sigues ahí?

—Sí. En la veintidós.

—¿Has cenado? —le preguntó. Su tono seductor hizo que ella temblara.

—No, había pensado cenar después de instalarnos.

—¿Te apetece que os invite a cenar?

Kelly sintió que se le aceleraba el pulso. Quería aceptar, pero temía que volvieran a discutir.

—Estoy muy cansada y mañana tengo que seguir buscando casa.

—¿Y si compro unas hamburguesas y me paso por ahí?

Kelly sabía que debía negarse, pero estaba más cansada de lo que creía.

—Muy bien. ¿Te importaría traer un emparedado de queso para Will?

James no contestó y, si no hubiera sido por la música de fondo, Kelly habría pensado que se había cortado la llamada.

—De acuerdo. Dame un cuarto de hora —contestó por fin.

—Bien —concluyó ella. James colgó y Kelly se quedó oyendo el ruido del teléfono como un minuto antes de poder reaccionar.

Invitarlo a ir había sido una locura. El saber que iba a llegar pronto la hizo sentir la adrenalina corriendo por las venas. Tenía una responsabilidad hacia su hijo.

Le había hecho una promesa a Will y a sí misma y estaba decidida a cumplirla. No iba a dejar que una revolución hormonal y un vaquero guapo interfirieran en el futuro de su retoño.

Cuando llegara James, agarraría la comida, le daría las gracias y lo ignoraría mientras veía al niño. Ya se había dejado arrastrar una vez por su belleza. No, no era cierto. Habías sido por mucho más. Se recordó para qué había vuelto.

Kelly lo había invitado a pasar por allí porque estaba demasiado cansada como para salir a comprar ella la cena. Cualquiera podía cometer un error… una vez.

Desde ese momento, estaría única y exclusivamente pendiente de su objetivo. No iba a fallar. El futuro de su hijo era lo que estaba en juego.

Aunque James Scott entrara desnudo en su habitación, no lo miraría. Solo era cuestión de disciplina y concentración.

Claro que, de todas formas, nunca había conseguido mantener la cabeza fría cuando estaba con él.

Con o sin ropa.

Capítulo 3

James aparcó delante de la habitación veintidós de la Posada Campestre y apagó el motor.

Abrió la puerta, agarró la bolsa con la comida y la bandeja con las bebidas y cerró la puerta de una patada.

Había dos tipos con no muy buena pinta sentados sobre el capó de un coche unas cuantas habitaciones más abajo. Había otros tres con motos. Todos miraron a James. Se les veía con ganas de armarla, algo de lo que él sabía mucho. Sin darles la espalda en ningún momento, llamó a la puerta. Después de cómo se habían desarrollado las cosas con Kelly, no le importaría en absoluto tener una buena pelea, pero primero debía asegurarse de que ella y el niño estuvieran bien.

Cuando le abrió la puerta, entró sin esperar a que Kelly se lo dijera.

—Recoge tus cosas —ordenó. Kelly se quedó con la boca abierta —. ¿Has visto los macarras que hay por aquí? Hay cinco fuera que lo más probable es que estén planeando lo que te van a hacer cuando yo me vaya. No te puedes quedar aquí.

James se dio cuenta de que Kelly había pasado de la sorpresa al enfado cuando vio que apretaba las mandíbulas y sus ojos se volvieron fríos como el estanque que había al sur de sus pastos en enero. Además, difícilmente podría tensar más la columna vertebral.

—Por si no te has dado cuenta, James, la puerta tiene cerradura y cadena.

—Sí, pero probablemente esos tíos de ahí fuera tardarían menos en abrirla desde fuera que tú desde dentro. Seguramente, le darían una patada y listo. Esa estúpida cadena no sirve de nada. Cedería con un buen golpe.

James miró hacia abajo cuando sintió que algo le tiraba de la pernera. Will quería que lo agarrara en brazos. James se agachó para hacerlo. Qué raro le parecía sentir aquella necesidad de protegerlo.

Agarrarlo era tan natural como respirar. El niño apoyó la cabeza en su hombro y comenzó a jugar con los cuellos de la camisa.

James intentó no ponerse a analizar en esos momentos lo que le hacía sentir el niño. Miró a su alrededor.

—Recoge tus cosas. Nos vamos.

Kelly se paseó por la estancia y se giró para mirarlo.

—Hay rodeo y no hay ni una habitación libre en la ciudad.

—Pues os quedáis en mi casa —dijo viendo que Kelly dudaba—. Te prometo que no me voy a meter en tu cama mientras duermes, si eso es lo que estás pensando.

—No, no estaba pensando en eso —contestó ella levantando un poco el mentón.

—Bien porque si insistes en quedarte aquí, me quedo yo también. Francamente, no sé si esa cama será lo suficientemente grande para los tres, pero no me importaría probarla.

—Supongo que, dadas las circunstancias, no pasa nada porque nos quedemos en tu casa una noche —comentó ella preocupada—. Espero encontrar algún sitio mañana.

James se sintió molesto al sentir que ella quería poner distancia de por medio.

—Como dijiste antes, Kel, hay que hacer lo que sea mejor para el niño.

Kelly asintió y bostezó.

—Voy a hacer las maletas.

James los acompañó a la furgoneta de Kelly y se aseguró de que estuvieran a salvo los dos dentro y con los seguros echados antes de subir él al suyo. Los cinco hombres de antes seguían allí, pero estaban ocupados charlando con dos mujeres.

Cuando Kelly paró en la recepción para devolver la llave, James le dijo que no se bajara. Aunque Kelly frunció el ceño, fue él quien agarró las llaves y fue al mostrador.

James volvió a montarse en su furgoneta y le hizo una señal a Kelly para que pasara delante. No le gustaba la idea de verla sola de noche. Quería tenerla vigilada hasta que llegaran a su casa.

Se alegraba de que no hubiera opuesto demasiada resistencia para quedarse en su casa. Seguro que no le había gustado lo de compartir la cama del motel con él. No tendría que haberlo dicho. No pasaba nada porque ya tenía una opinión muy baja de él. De hecho, seguramente no podría empeorar. Aquello lo molestó.

Se negaba a hacerse sangre con ello. Prefirió recordar la

agradable sensación que lo había invadido cuando su hijo le había pedido que lo agarrara en brazos.

Su hijo.

Kelly enrolló la manta que James le había dado y la metió en el hueco que quedaba entre la cama y la pared.

—No me gusta volverte a robar la cama, James. No me importa dormir en el sofá.

—No. Ayer por la noche estuve todo el rato despierto para que el niño no se cayera del sofá. Prefiero dormir yo en él hasta que vengan a limpiar la habitación de invitados.

A pesar de que lo decía con total seguridad, Kelly sabía que el sofá era pequeño para él y que le iban a colgar las piernas. No iba a poder dormir. Sin embargo, también sabía que era mejor que el niño durmiera con ella en la cama. Will estaba acostumbrado a su camita y se movía de un lado a otro constantemente. Aunque ella iba a dormir en el lado de fuera para actuar como barrera, tendría suerte si no se le caía el niño de la cama en algún momento de la noche.

James tomó a Will, apoyó una rodilla en la cama y lo colocó en su sitio. Kelly enrolló otra manta y la puso en la mitad de la cama para evitar que el niño fuera muy lejos.

—Buenas noches —le deseó James desde la puerta—. Perdona si he sido un poco brusco, pero no quería que te quedaras en ese motel.

Kelly sabía que lo había hecho por su bien.

—No sabía que esa parte de la ciudad se hubiera degradado tanto. Si lo hubiera sabido, no me habría ido a ese motel.

James no hizo amago de irse. Se agarró una de las hebillas del pantalón y la observó. Estaba estupendo.

—James —dijo Kelly en voz baja—. Nunca me has preguntado si Will es tuyo.

A él se le llenaron los ojos de una tristeza que ella no llegó a comprender.

—¿Quieres que te pida pruebas?

La verdad era que sí, quería que gritara y pidiera pruebas porque, así, ella no se sentiría tan mal por no haberle contado la verdad antes.

—Creí que lo harías.

—Sé que fui el primero con el que te acostabas —comentó él quemándola con la mirada—. Pero solo pasamos una noche juntos y pusimos medios.

—Sí, eso creía yo, pero es obvio que… —dijo mirando al niño— algo falló. No recuerdo que leyeras las instrucciones. Tal vez, te los pusiste mal.

James se rió.

—¿Yo? Kel, por favor, que no soy un niño. Que ya me había puesto unos cuantos antes. Sé ponérmelos bien sin necesidad de leer las instrucciones.

—Pues yo solo he estado con un hombre en mi vida —le aseguró. Maldición.

¿Por qué le había dicho eso?

James sonrió ante aquella confesión. Kelly deseó tragarse sus palabras.

—¿Por qué huiste de mí, Kel?

Ella detectó dolor en su pregunta, pero sabía por experiencia que la gente olvidaba las promesas que hacía según su conveniencia. Sabía lo que dolía esperar a alguien que nunca llega. En algún momento de su vida, había decidido que la gente no suele volver.

Tras la noche que habían pasado juntos, no podía soportar no saber si él también acabaría yéndose. Su pasado le había hecho irse para no tener que enfrentarse a ello. Pero no podía decírselo. No lo entendería. Ni ella estaba muy segura de entenderlo. Ya, no. No después de lo mucho que lo había echado de menos.

Kelly se encogió de hombros.

—Tenía que volver a la universidad.

James se apoyó en la otra pierna y ella percibió cómo los vaqueros le marcaban los poderosos muslos y la camisa se deslizaba por sus musculosos hombros.

James la miró con aquellos ojos tan intensos haciendo que Kelly recordara la noche que habían pasado en aquella habitación, después de que él hubiera ganado el rodeo.

No habían hablado. Se habían comunicado con dulces caricias que la habían hecho arder, apasionados besos que la habían dejado sin aliento y una sed insaciable que los había mantenido despiertos hasta el amanecer.

Cuando se despertó, estaba sola. Aun después de que le hubiera explicado que había sido porque se había tenido que ir a la clínica, no había dejado de sentirse abandonada.

De repente, se sintió muy cansada.

—Si no hay nada más que quieras saber, me voy a ir a dormir.

James se miró la puntera de la bota un momento y cruzó la habitación de tres zancadas. Lo tenía demasiado cerca, así que Kelly retrocedió, pero se chocó con la cama.

James levantó una mano y le acarició la mejilla.

—Siento mucho que tuvieras que tener a Will tú sola.

—Ya ha pasado —contestó ella intentando ignorar el calor que su caricia había despertado en su tripa.

Vio que los ojos de James se posaban en su boca. Ella se mojó los labios intentando no percibir su olor ni recordar todas las noches que se había pasado despierta pensando en él.

James le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y ella sintió un escalofrío por la espalda.

—Buenas noches, James —le deseó con las piernas temblorosas.

Él la agarró de la nuca.

Kelly ahogó un grito al ver que se inclinaba sobre ella. Sus labios la rozaron una vez, dos, y James se apoderó de su boca. Cuántas veces había soñado Kelly con aquel beso. Y estaba ocurriendo. Sin pensar en las consecuencias, le pasó los brazos por el cuello y se acercó a él.

Abrió la boca y lo dejó entrar. Aceptó su calor, su lengua y su mano bajo el pecho. Sus corazones latían acompasados. Kelly ladeó la cabeza y se concentró en el beso, sus lenguas entrelazadas, quería más.

James dejó de besarla y le quitó los brazos del cuello mientras la miraba.

—Buenas noches, Kel. Que duermas bien —le dijo dándose la vuelta y yéndose.

Kelly se tuvo que sentar en el borde de la cama porque las piernas no la sostenían. La pasión se tornó enfado. Maldición. La había besado y ella le había devuelto el beso.

Al garete la regla diecisiete.

Kelly buscó algo a lo que agarrarse cuando James rodeó otro bache que había en la carretera. Iba entre la sillita de su hijo y él.

No tenía otro sitio donde apoyarse que su muslo.

—No estamos en una carrera, James. ¿Te importaría ir más despacio?

—Creí que querías acelerar un poco las cosas —contestó él mirando la mano de Kelly que reposaba sobre su muslo. Sonrió con una de esas sonrisas suyas que decían

«te llevaría a mi cama a toda velocidad».

—Olvídalo —sonrió ella quitando la mano—. Somos solo amigos, ¿recuerdas?

—Ayer por la noche no me besaste como se besa a un amigo.

Kelly hizo como que se quitaba el sudor de la frente.

—Menos mal que me lo has dejado claro porque no sé si me gustaría mucho que besaras así a Cal cuando lleguemos a su casa.

—Muy graciosa.

—Además, lo de anoche no fue un beso. Estábamos practicando el boca a boca.

—De acuerdo. Lo dejaremos así si te hace sentirte mejor.

Kelly sintió que se estaba ruborizando. Intentó controlar su corazón, que ya iba al galope. Se moría por tocarlo, pero aquello conllevaba un precio muy alto que ella no podía pagar. Y, menos, cuando todas sus decisiones afectaban a Will. Iba a tener que aprender a ignorar los atractivos de James.

Bajó la mirada y se concentró en la camisa, que llevaba desabrochada. Estaba moreno y la hilera de vello que nacía en el pecho se perdía bajo la cinturilla de los vaqueros. Su mirada se fijó en la gran… hebilla.

Tragó saliva y se puso a mirar por la ventana. No hacía mucho tiempo que había acariciado aquellos hombros. Conocía perfectamente todos y cada uno de sus músculos.

Dos minutos y no podía apartar los ojos de él.

James se bajó la visera de la gorra para protegerse del viento que entraba por la ventana abierta.

—¿Qué vas a hacer este verano?

—Nada, de momento. Durante los dos últimos años, he tenido un horario de locos en la universidad, he tenido que cuidar de Will y trabajar media jornada. Estoy exhausta, tanto física como mentalmente. Por eso, decidí no dar clase en verano.

—Me parece que necesitas un respiro.

—Confío en encontrar un trabajo que no exija demasiada dedicación, pero en el que me paguen suficiente para poder vivir los dos.

James paró delante de la casa de Cal y apagó el motor.

—Yo te ayudaré con Will para que tú puedas descansar. Estás destrozada.

—Gracias —contestó ella. Rezaba para que solo fuera cansancio, pero temía que fuera algo más. Debía averiguarlo, pero le daba miedo.

James bajó de la furgoneta, se abrochó la camisa y le abrió la puerta. Kelly aceptó la mano que le tendía. Al entrar en contacto con él, experimentó una agradable sensación. No le hubiera importado pasarse así el resto del día.

Shep, la perra de Cal, salió disparada a saludarlos. James se agachó para acariciarla, pero el animal lo esquivó y se fue derecho a por Kelly, a la que lamió de arriba abajo.

—No me puedo creer que se acuerde de mí.

—No eres fácil de olvidar —dijo él.

A Kelly se le paró el corazón. ¿Qué había querido decir? Seguramente, nada.

Estaba demasiado sensible después del maldito beso de la noche anterior. Estaba demasiado pendiente de ver cosas donde no las había porque nunca las había habido. Era una locura dejar que se volviera a acercar a ella. Había cometido el error de enamorarse de su mejor amigo y lo había perdido. Al menos, tenía a su precioso hijo. Quería volver a ser su amiga, así que debía ignorar lo que sentía por él. No iba a ser fácil.

Ser amigos era lo mejor para Will.

—¿Quieres que saque al niño? —preguntó James.

—No, gracias, ya lo hago yo.

James se dirigió al porche.

Cal, su socio, le abrió la puerta seguido por una bella mujer que sostenía en sus brazos a una niña de unos trece meses.

James se paró y se giró hacia Kelly.

—Kelly, ya conoces a Cal.

—Me alegro de volver a verte —dijo el aludido.

—Esta es Sara, su mujer, y Jessie, su hija.

Sara sonrió.

—Llegáis justo para desayunar —dijo apoyándose a la niña en una cadera—. Le voy a decir a Hattie que ponga otra cafetera al fuego.

—Voy por Will y te ayudo —se ofreció Kelly abrazando a Shep. Mientras daba la vuelta a la furgoneta, vio que Jessie le tiraba los brazos a James. Por si fuera poco, él la abrazó contra su pecho.

—¿Qué tal está mi niña? —le preguntó dándole un beso en la mejilla.

Kelly no podía dar crédito. Se tropezó, pero consiguió cerrar la boca y abrir la puerta de la furgoneta. Antes, habría pensado que eso no era propio de James. Era como verlo de chaqueta y corbata.

Mientras soltaba al niño, se volvió a preguntar por enésima vez si no se habría equivocado con James. Tal vez, el vaquero hubiera cambiado, pero, desde luego, había habido un tiempo en el que había huido de los compromisos como de la peste.

Levantó al niño en brazos y le dio un beso en el pelo mientras agarraba la bolsa de pañales e iba hacia el porche. Observó a James con la pequeña. Era evidente que estaba muy acostumbrado a tenerla en brazos y que le gustaba.

Kelly miró hacia otro lado. No podía soportar verlo. Se había preguntado tantas veces cómo habría sido si se hubieran casado. Había intentado imaginarse cómo estaría James con su hijo. Ya lo sabía.

Subió los escalones a toda velocidad. Tenía que irse de allí.

—Por cierto, el niño que lleva Kelly en brazos es Will, mi hijo.

Cal se quedó con la boca abierta y Sara abrió los ojos como platos.

Tras las correspondientes felicitaciones, Kelly siguió a Sara a la cocina con una gran zozobra en su interior.

Supuso que los cambios que se habían operado en James habían sido el resultado del contacto de la niña de Cal y Sara.

La otra posibilidad era que ella se hubiera equivocado de cabo a rabo, pero no podía ser. ¿Verdad?

—¿Qué te parecería que Kelly trabajara con nosotros este verano? —preguntó James a Cal en cuanto cerraron la puerta.

—¿Qué te parecería a ti? —le preguntó Cal—. Ya antes de que se fuera, me fijé en que estabais muy unidos. Obviamente, después de saber lo de tu hijo, estaba en lo cierto.

—A mí me parece bien. Me ha dicho que necesita trabajar y, como ya estuvo antes con nosotros, he pensado que…

—¿Y tú? ¿Formas parte de sus planes?

—No lo sé. Puede que no, pero se va a quedar aquí todo el verano. No lo ha pasado bien y me gustaría hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarla.

—¿Y el crío? ¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque me he enterado hace dos días —contestó James sintiendo un inmenso dolor—. Tengo mucho tiempo que recuperar.

—¿Con el niño o con Kelly? Tenéis un hijo. A veces, hacer lo correcto no es fácil.

—¿A qué te refieres?

—Debes pensar en el niño antes de tomar ninguna decisión. Vamos.

Seguramente, Hattie ya haya servido el desayuno.

James lo siguió. Iba a preguntarle a qué se refería, pero no pudo porque apareció Sara para llevarse a Jessie.

Hattie, el ama de llaves de Cal, saludó a James cuando pasó a su lado para dejar la gorra detrás de la puerta y ocupar su sitio en la mesa.

—Ese niño es como usted en miniatura —le dijo.

James sintió un gran orgullo. Se sentó y sonrió a Kelly.

Hattie dejó una bandeja sobre la mesa y le indicó a Kelly su sitio. Cal y Sara se sentaron enfrente.

James untó una galleta con mantequilla y mermelada. Miró a Will, que tenía una cuchara en una mano y con el dedo índice de la otra intentaba montar un trozo de huevo en ella y le ofreció la galleta. El niño la tomó sin dudarlo. James sintió una punzada en el pecho. Se había perdido sus primeros pasos, sus primeras palabras y muchas otras cosas, pero lo que más lo molestaba era ser un desconocido para su propio hijo. Tenía que recuperar el tiempo perdido.

—James, le estaba diciendo a Kelly que la casa de Martin se alquila —comentó Sara poniendo a Jessie en su trona—. Me ha dicho que le gustaría ir a verla después de desayunar. Está vacía. Podría mudarse inmediatamente.

—Ni por asomo —contestó James con un trozo de galleta en la boca. Sabía que a Kelly no le iba a gustar aquello. Había tomado

todas las decisiones que habían afectado al pequeño ella sola, pero eso iba a cambiar.

—¿Perdona? —preguntó Kelly con el tenedor a medio camino de la boca.

Cal miró a James.

James miró a Kelly.

—No vas a alquilar ninguna casa. Tú y Will os quedáis conmigo.

—Ya hemos hablado de esto, James —contestó ella con el mentón levantado.

—Perdón —dijo Sara—. Me parece que he dicho algo que no tendría que haber mencionado.

James solo tenía ojos para Kelly.

—No, no lo hemos hablado. Tú me has dicho cuáles eran tus planes, pero

¿cómo voy a familiarizarme con Will si vives en la otra punta de la ciudad?

Kelly dejó el tenedor en el plato. Se limpió las manos en la servilleta y le dio al niño un vaso de plástico.

—No quiero molestar.

—Mira, Kel, he hablado con Cal. Queremos que trabajes con nosotros mientras estés aquí.

Kelly miró a ambos.

—Gracias. Os lo agradezco. Así, tendré las horas necesarias de prácticas, pero tendré que buscar a alguien que cuide a Will.

—Yo os ayudaría —se ofreció Sara—, pero vamos a tener otro niño y estoy un poco cansada.

—Vaya, enhorabuena a los dos —les deseó James. Nunca había conocido a una pareja tan feliz. Y pensar que Cal había estado a punto de perderla por no entrar en razón.

Cal sonrió y abrazó a su mujer.

—Felicidades —dijo Kelly.

—Lo sabía —intervino Hattie—. Lo sabía hace semanas. Incluso antes de que lo supiera Sara.

Sara sonrió.

—¿Y si lo llevas a la guardería? —sugirió Sara—. Hay una muy buena.

Kelly tomó un trago de café.

—No me apetece nada separarme de él, pero sé que debo

hacerlo.

—Está hecho —sentenció James—. Os quedáis en mi casa. Hay sitio de sobra y, así, yo te podré echar una mano con el niño.

—No, no me voy a ir a vivir contigo.

—¿Por qué no?

—Porque no me parece una buena idea.

—Si lo que te preocupa es que, al vivir conmigo, tu reputación quede por los suelos, me parece que ya es un poco tarde —dijo él llegando al límite de su paciencia.

Cal y Sara se miraron.

Hattie, que estaba poniendo el lavaplatos, hizo como que no lo había oído.

Kelly se puso en pie y arrojó la servilleta sobre la mesa.

—Sabes muy bien que nunca me ha importado lo que piensen los demás.

—Muy bien. Entonces, ya está.

—No, no está. Will es lo primero en mi vida. Los niños necesitan una rutina y una vida familiar. Traérmelo aquí ha sido duro para él. No quiero hacérselo todavía más difícil. Y, encima, en otoño tendrá que volverse a acostumbrar al campus cuando nos vayamos.

—La guardería será un sitio nuevo para él y un piso nuevo, también. ¿Por qué no se iba a acostumbrar a mi casa? —insistió James—. Deja de poner excusas —Kelly abrió la boca para contestarle, pero James se levantó y plantó las manos sobre la mesa —. Me impediste estar allí cuando nació. No he podido abrazarlo, ni darle de comer ni despertarme por las noches para atenderlo.

La tensión se mascaba en el ambiente.

—No me pongas como si fuera la mala de la película —protestó Kelly con los puños apretados—. Intenté hacer lo correcto.

—¿Para ti o para Will? —Will se puso de pie en su silla y James lo agarró en brazos. Aspiró su olor de bebé, mezclado con el de la mermelada. El niño lo miró con sus ojillos oscuros. James sabía que, si Kelly se salía con la suya, el niño lo iba a pasar mal en el futuro —. Se ha terminado el que seas tú sola la que decide sobre la vida de Will. Si te crees que me voy a quedar de brazos cruzados mientras intentas volverlo a apartar de mí, te equivocas.

—¿Cómo? —preguntó ella pálida.

Tal vez, Kelly no lo necesitara, pero su hijo, sí y no tenía intención de defraudarlo.

—Nada conseguirá que me aparte de mi hijo. Nada.

Capítulo 4

Kelly se tambaleó ante la amenaza de James y miró a Cal y a Sara, que desviaron la vista como avergonzados. Había rezado para que aceptara al niño, pero no quería que se lo quedara a menos que a ella le ocurriera algo.

—¿No creerás que me vas a impedir que vuelva a la universidad? Lo hago por Will.

James se pasó una mano por el pelo mientras con la otra sostenía al niño.

—Maldita sea, Kel, también es mi hijo. ¿Es que no tengo ningún derecho?

Will toqueteó el botón de nácar de la camisa de su padre, aparentemente al margen de su discusión.

Kelly suspiró. Sabía que James se ocuparía estupendamente de su hijo.

—Sí, los tienes. Supongo que creerás que te estoy intentando castigar por lo que pasó entre nosotros, pero no es así.

Cal se levantó y agarró a Sara del codo para que se levantara también.

—Bueno, Sara y yo tenemos que ir a mirar una ventana a la parte de atrás —dijo levantando a la niña—. Hattie, vamos a necesitar su ayuda.

Hattie se secó las manos en un trapo.

—No es cierto. Lo que pasa es que no quieren que oiga nada… ni que me hubiera yo dedicado nunca a cotillear.

Cuando todos salieron de la cocina, James dejó a Will en el suelo y se cruzó de brazos.

—Me parece que no quieres hablar de lo que pasa. Me has robado dos años de estar con mi hijo. Me dices que quieres que forme parte de su vida, pero te empeñas en separarnos. Lo que quiero saber es por qué has vuelto en realidad.

Kelly no se había planteado verlo tan furioso. No estaba gritando, pero su tono de voz evidenciaba su disgusto. Bueno, no era el único que había salido mal parado.

Nada de lo que pudiera decir, podría quitarle a ella el dolor de haberse tenido que ir.

—Piensa lo que quieras, James. Yo ya te he dicho para qué he vuelto.

James se acarició la nuca.

—Aunque tú no lo creas, quiero a mi hijo y quiero pasar el mayor tiempo posible con él, pero tú no paras de ponerme obstáculos.

Kelly se sentó. James no había dicho que quisiera estar con ella. Se odió a sí misma por sentirse decepcionada. James tenía razón. Nunca había pensado que iba a querer formar parte permanente de la vida de Will. Solo había pensado en que James se quedara con el niño si a ella le ocurría algo, como le había ocurrido al hombre que había sido como un padre para ella. Sintió un inexplicable miedo, como si James le fuera a quitar a su hijo.

Obviamente, no había tenido en cuenta todas las posibilidades. Si lo hubiera hecho, tal vez pudiera haberse anticipado a sus demandas. Había intentado no pensar demasiado en él porque le hacía mucho daño.

Todavía se lo hacía.

A James le cayó un rizo sobre la frente y Kelly sintió el impulso de retirárselo.

—Admito que di por hecho que no querrías ocuparte de Will.

—Pues te equivocaste. Te lo habría dicho si me lo hubieras contado todo. ¿Qué tenías pensado decirle cuando preguntara por su padre?

—Como solo tiene dos años, no me he preocupado de eso todavía —contestó.

La verdad era que se había hecho muchas veces aquella pregunta, pero ninguna contestación le había parecido adecuada.

—Vamos, Kel. Tenía un hijo del que no sabía nada. No puedo cambiar el pasado, pero ahora que sé que existe quiero ayudar, quiero formar parte de su vida, pero tú te empeñas en dejarme fuera. Ya me he perdido suficientes cosas. No voy a dejar que te interpongas en mi camino. Quiero estar si mi hijo me necesita.

—No… no pensé que lo fueras a querer —contestó Kelly agarrando al niño.

Necesitaba abrazarlo para calmarse—. Lo siento. Puede que me equivocara, pero hice lo que creía que estaba bien.

El dolor que vio en los ojos de James la quemaba.

—Nunca me diste la oportunidad de decidir.
—He vuelto para que lo conocieras.
—Entonces, déjame que lo conozca —suspiró James—. Por favor, Kelly, acepta trabajar en la clínica y vivir en mi casa.
—Prefiero la clínica a ponerme de camarera en una hamburguesería.
—Bien, pues acepta el trabajo y quedaos en mi casa.
—No sé.
—Venga, Kelly —dijo él dejando la taza de café en la mesa y mirándola fijamente—. Te ofrezco un trabajo y una casa. ¿Quieres que te siga rogando o es que no quieres tenerme cerca?
Kelly no contestó, así que él atravesó la habitación, agarró la gorra y salió al jardín.
El portazo hizo que Kelly se estremeciera. Se dio la vuelta al oír pasos detrás de ella.
Era Cal.
—¿Lo has oído? —le preguntó.
—Como para no hacerlo, con los gritos que estabais metiendo los dos —
contestó él con cara de preocupación—. Es un buen hombre, Kelly.
—Lo sé.
—Creo que deberías darle una oportunidad de demostrar de lo que es capaz.
Por vuestro hijo.
—No sé. Esto es más difícil de lo que yo creía.
Apareció Sara y sentó a Jessie en el suelo.
—Si encontrara a la mujer adecuada, seguro que James sentaría la cabeza. No estoy diciendo que sea fácil, pero se puede hacer. Lo sé por propia experiencia. Yo conseguí casarme con Cal. Los vaqueros son difíciles de domar, Kelly. Es difícil estar con ellos. No te suelen dejar que mires en su interior. Conozco a James lo suficiente como para saber que está sufriendo.
Kelly, sorprendida, no contestó. Tenía la esperanza de que no siguieran hablando del tema porque no podía soportar más el sentimiento de culpa que la estaba invadiendo.
Querían que le diera otra oportunidad a James, que le volviera a abrir su corazón. Ella nunca había creído que James fuera de los

que sentaban la cabeza porque era un espíritu libre. Le había costado dos años sobreponerse a aquel encuentro con el vaquero.

La verdad es que nunca se había sobrepuesto del todo.

No debería dejar que el rechazo de entonces influyera en su decisión. James se merecía poder conocer a su hijo. Vivir en su casa sería la ocasión perfecta antes de tener que volver a la universidad.

Kelly se puso en pie.

—He cambiado de opinión sobre ir a ver esa casa.

Sara sonrió.

—Me alegro. Cal y yo nos quedamos con Will mientras tú vas a decírselo a James.

Kelly fue hacia el salón y vio a James en el corral con una yegua. Se agachó para mirarle una pata y el animal le apoyó la cabeza en el hombro para que le hiciera caricias. James le rascó el hocico y se dirigió al establo.

James apretó el vendaje alrededor del cuarto trasero del caballo, satisfecho de que se estuviera recuperando bien. Oyó pisadas y se dio la vuelta.

Vio la silueta de Kelly recortada en la puerta al trasluz del sol. No dejaba de retorcerse las manos. Al darse cuenta, se las metió en los bolsillos traseros de los vaqueros. Dio varios pasos hacia él.

—Nos vamos a quedar en tu casa, James, si la invitación sigue en pie.

No se lo podía creer. Había aceptado su propuesta después de haberla besado la noche anterior y de haberle dicho lo que le había dicho hacía un rato. No había sido su intención besarla, sabía que era lo último que debería haber hecho, pero, al verla en su habitación, había perdido el sentido común.

El que ella respondiera a su beso lo había sorprendido completamente. Le había resultado muy difícil irse y dejarla allí sola después de que se hubiera suavizado al final y se hubiera entregado a él. Se había pasado la mayor parte de la noche pensando en ella, maldiciéndose a sí mismo por ello y volviéndola a desear.

Exactamente igual que cuando se fue.

Había vuelto y quería que fueran amigos de nuevo.

James se levantó y se limpió las manos en el pantalón. No debería sentir una imperiosa necesidad de estar cerca de ella, de

tocarla y de amarla después de que le hubiera ocultado la existencia de su hijo, pero no podía evitarlo.

—La invitación sigue en pie —contestó deleitándose en su cuerpo.

—Gracias —dijo ella. Le daba el sol en el pelo y le arrancaba reflejos dorados.

Kelly se acercó, pero se puso del otro lado del caballo para que le sirviera de barrera.

James percibió su olor. Aquel aroma dulce impregnó sus pulmones y llenó el vacío que había sentido desde que se fue. La reacción de su cuerpo fue inmediata y poderosa, pero consiguió controlarla. Seguía habiendo demasiadas preguntas sin respuesta entre ellos.

James estaba muy sorprendido ante el instinto de protección que sentía hacia ella. Nunca le había gustado que las mujeres se le pegaran. Solo las aguantaba un par de horas. Hasta que llegó ella.

Frunció el ceño e intentó ignorar su reacción ante la presencia de Kelly.

—Quiero ayudar de verdad, Kel. Si necesitas algo, lo que sea, dímelo. Solo quiero lo mejor para Will. Y para ti.

Kelly acarició a la yegua en el cuello.

—Sé que sigues enfadado por el pasado y todo eso.

—No lo tengo en cuenta, Kel —contestó él deslizando la mano por las crines del equino y alcanzando la mano de ella. Sus ojos se encontraron y James le acarició el reverso de la mano con el pulgar. Se moría por tocarla.

Kelly se estremeció, pero retiró la mano y levantó el mentón.

—¿Y te crees que yo sí?

James no podía apartar la vista de su boca. Parecía como si estuviera pidiendo un beso a gritos.

—Sí. No paras de recordarme los errores que cometí. Eres como Shep cuando tiene un hueso y no lo suelta por nada del mundo.

—Te equivocas —se defendió indignada.

Kelly se dirigió hacia la puerta para irse, pero él le cerró el paso.

—Dime una cosa —le pidió apartándole un mechón de pelo de la cara—.

Cuando decidiste volver, ¿cuántas reglas nuevas inventaste para que no me acercara demasiado ni a ti ni a Will? —Kelly abrió los

ojos como platos. Si no hubiera estado mirándola de cerca, no se habría dado cuenta, pero lo había visto y supo que la había pillado. Se quitó la gorra, se pasó la mano por el pelo y suspiró antes de volvérsela a poner—. Lo que me imaginaba. Si queremos que esto funcione, vamos a tener que firmar la paz.

Kelly se ruborizó. Levantó el mentón y se giró hacia la yegua.

—No he venido a buscar problemas, pero no sabía cómo nos ibas a recibir a Will y a mí. Solo quiero proteger a mi hijo.

James se preguntó si algún día dejaría de lado sus estúpidas reglas y confiaría en él.

Una vez lo había hecho. Tal vez, lo hiciera de nuevo. Lo malo es que no tenía mucho tiempo para lograrlo. Le puso las manos sobre los hombros y le dio la vuelta.

—¿De verdad crees que sería capaz de hacer daño a mi propio hijo? ¿O a ti?

Kelly se quedó mirándole el pecho.

—Hacía tiempo que no nos veíamos. No sabía lo que pensar.

—Quiero ayudar, de verdad, pero no puedo si no me dejas —le dijo deseando que lo mirara a los ojos—. ¿Qué te parece? ¿Firmamos una tregua?

—Sí. No quiero volver a discutir.

—Yo, tampoco. Otra cosa, me tienes preocupado. Para ser sinceros, tienes un aspecto horrible. En cuanto el médico te diga que no tienes nada, podrás empezar a trabajar.

A Kelly no le resultaba fácil admitir su sensibilidad. Cuando vivía en el orfanato, de pequeña, muchas veces tuvo que ser fuerte, tuvo que aprender a ocultar sus sentimientos y sus puntos débiles. No quería que James supiera ciertas cosas.

Regla número uno: los puntos débiles nunca se revelan porque los pueden emplear en tu contra.

Estaba tan cerca de él que veía las motitas doradas de su iris y se sintió más vulnerable que nunca. El niño estaba dentro, pero necesitaba verlo para recordarse a sí misma por qué estaba accediendo a quedarse en casa de James.

—Me parece que estás exagerando. No es para tanto —James protestó—. Te lo prometo.

—Normas de la empresa —insistió él.

Kelly suspiró y deseó que no la mirara así, como si le estuviera

leyendo el alma.

Tenía que encontrar la manera de satisfacer su curiosidad sin decirle que tenía miedo de que su salud no estuviera bien. ¿Podría confiar en él? La última vez que se le había ocurrido hacerlo, no había salido muy bien parada.

Intentó ignorar la intensidad de su mirada.

—Desde que nació Will, no he parado. Tenía que ir a clase, estudiar, trabajar y cuidarlo. He intentado sacar buenas notas y estudiar todo el tiempo que tenía libre, que no ha sido mucho. Tenía la sensación de que iba por detrás de los demás. A veces, me quedaba a estudiar por las noches. Me parece que, para los finales, me he pasado.

James le levantó el mentón y la miró a los ojos.

—Tienes ojeras y estás pálida. Estás tan delgada que podrías salir volando con una buena ráfaga de viento. No vas a empezar a trabajar hasta que vayas al médico

—le dijo acercándose más.

Su cercanía la abrumaba. Kelly dio un paso atrás para intentar que su corazón dejara de galopar y se dio contra la yegua.

—Está bien, pero no me pasa nada, de verdad.

—Tienes que cuidarte. ¿Quién cuidaría de Will si te pasara algo?

El hecho de que pensara en su hijo la sorprendió. Era precisamente para eso para lo que había vuelto, pero no quería presionarlo. Quería que tuviera tiempo de quererlo.

—No me pasa nada que no arregle una buena noche de sueño.

James la miró.

—Has dormido bien esta noche y sigues estando feísima.

—Vaya, muchas gracias —contestó ella intentando no reaccionar ante su escrutinio—. Siempre has sabido decir cumplidos.

—Dices que siempre tomas decisiones pensando en lo que es mejor para Will.

—Exacto.

—¿Crees que ponerte al límite de la extenuación es lo mejor para él?

Kelly apartó la mirada.

—Estoy bien, James. De verdad. Los finales han terminado y tengo tres meses para descansar antes de volver a la universidad.

—Claro —contestó él volviéndose a acercar—. Dime el día y la

hora de la cita porque te voy a acompañar.

—¿Cómo?

—Si tú no te ocupas de ti misma, lo haré yo. ¿Qué futuro tendría nuestro hijo si te matas? —le preguntó apartándole unos mechones de la cara. Aquello la asustó y sintió que el estómago y el corazón le daban un vuelco—. Quiero ayudaros, Kel. Deja que te cuide.

Kelly se quedó sin aliento. No sabía si por sus palabras o por su caricia. Quería alejarse de sus dedos, pero hizo todo lo contrario.

—¿A qué te refieres?

James se encogió de hombros.

—No lo sé exactamente, pero quiero ayudarte. No solo estos tres meses. No quiero que te mates para salir adelante —Kelly lo miró sin poder pensar. Él le puso la mano en la nuca. Le acarició la mejilla con el pulgar haciendo que Kelly sintiera el fuego en su piel —. Lo habría hecho antes si me hubieras hablado de la existencia de Will.

—¿Por qué?

—Porque me importas.

Inclinó la cabeza y sus labios se rozaron. Aunque quería besarlo, se apartó de él.

—¡Espera! Hace quince minutos estábamos hablando de Will. ¿Cómo hemos llegado a esto?

—Supongo que es la fuerza de la naturaleza —contestó él sonriendo levemente.

Kelly se quedó mirándolo cuando se dio la vuelta y se fue. ¿La fuerza de la naturaleza? Aquello la inquietó. Casi tanto como la necesidad que tenía de sentir sus caricias y sus besos, de estar en sus brazos, como si fuera lo más natural del mundo.

Como si fuera donde tuviera que estar realmente.

James hojeó las instrucciones de la cuna y frunció el ceño al ver que le habían sobrado tornillos y arandelas. Se encogió de hombros y le pasó el papel a Will.

—Mira, socio, a ver si tú lo entiendes —le dijo mientras apretaba los últimos tornillos de la cuna que había comprado a la vuelta de casa de Cal.

Will se sentó en el suelo y lo miró.

—¿Ya lo tienes? —preguntó James agarrando el martillo y guardándolo en la caja de herramientas para quitarlo del alcance

del niño.

Will gateó por debajo de la cama y fue hacia él. Al levantarse, se golpeó en la cabeza. Se cayó al suelo haciendo mucho ruido.

James lo miró con el rabillo del ojo y vio que estaba bien.

—Mida ezo —dijo el niño.

Kelly ya le había puesto al corriente de que eso lo decía cuando quería que alguien mirara algo.

—Vaya, vaya —dijo poniendo otro tornillo.

Will se puso a dar vueltas y le pegó una patada en el estómago.

—Hay que tener cuidado contigo —le dijo cuando consiguió volver a respirar.

Will asintió y señaló en destornillador que tenía James.

—Mida ezo.

—Sí. Ya casi hemos acabado con esto y tenemos que ir a dar de comer a los caballos.

—Caballoz —repitió el niño.

—Te gusta darlos de comer, ¿verdad?

—Come —repitió el niño volviéndose a golpear con la cuna.

—¿Te has hecho daño? Esta vez, te has dado bien —le preguntó retirándole el pelo para ver si se había hecho algo. Sintió un nudo en la garganta. Se alegraba de que Kelly hubiera accedido a que se quedaran en su casa. Así, Will tendría recuerdos haciendo cosas con él, algo que él no tenía de su padre.

El niño se le puso en el regazo. Intentó esquivarlo, pero acabó dándole en la barbilla.

—Ay.

James se tocó la barbilla y miró a ver si Will se había hecho algo. Miró a su hijo, que iba vestido con unos vaqueros pequeñitos, una camisa del Oeste y botas. Will. Su hijo. Sintió que un calor como de agosto le llenaba el pecho.

Su padre, a su edad, lo vestía de uniforme y pretendía que fuera un soldado que obedeciera sus órdenes. James quería que su hijo fuera un niño. Según él, los niños no debían cumplir un estricto código que rigiera sus vidas como si fuera una cárcel.

De niño, nunca le habían dejado acompañar a su padre cuando iba a la base. Ni siquiera con los deberes hechos y las tareas domésticas terminadas, le habían dejado hacer lo que había querido con su tiempo libre. Eso era lo que quería para Will. Que fuera

libre.

—¿Está Will aquí contigo? —preguntó Kelly frunciendo el ceño y restregándose los ojos todavía somnolienta.

James se dio la vuelta para que viera al niño, que estaba sentando en su regazo.

—Will me ha estado ayudando a montar la cuna mientras tú te echabas la siesta. Solo queda poner el colchón y lista.

Kelly se apresuró a agarrar al niño.

—Lo siento, James, intentaré que no te moleste. No creía que me fuera a quedar dormida. Aunque esté despierta, sale corriendo a toda pastilla y me cuesta seguirle la pista.

James se levantó.

—No te disculpes. Tenías que dormir. Además, Will no me molesta. He pasado bastante tiempo con la hija de Cal y, aunque Jessie es más pequeña, estoy acostumbrado.

—De acuerdo, pero, si te molesta, me lo dices.

—Nos vamos a ir a dar de comer a los caballos —contestó James mirando el reloj.

Will abrió los ojos como platos.

—Caballoz —repitió encantado, logrando que su madre lo dejara en el suelo y corriendo hacia James con los brazos abiertos.

James lo agarró.

—Cuando termine, me encargaré de tu cama —le dijo a Kelly—. A no ser que hayas cambiado de opinión.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—Los amigos no duermen juntos.

Él se encogió de hombros y pensó que él quería ser mucho más que su amigo.

Los siguientes tres meses iban a ser duros. Sería más fácil si Kelly y él no estuvieran de acuerdo en casi todo y se pasaran los días discutiendo, pero no era así. Por lo menos, no había sido así antes. Ahora que sabía lo que había hecho, los dos estaban tensos, desconfiados y cautos. James odiaba aquello.

Las cosas que Kelly le había hecho sentir lo asustaban. Eso sí que no había cambiado, aun después de saber de la existencia de Will. No podía culparla por no haber confiado en él. Era cierto que nunca había sido de los que se casaban y tenían hijos.

Kelly no sabía lo mucho que aquella noche lo había cambiado.

Había vuelto, pero solo quería su amistad.

Una vez, había huido de él, pero eso no iba a volver a suceder. James tenía la intención de volverse a ganar su respeto. Le costara lo que le costara. A juzgar por cómo se estaban desarrollando las cosas, le iba a costar mucho más que cuidar de Will.

Si lo lograra, tal vez pudiera convencerla para que fueran algo más que amigos.

Lo había conseguido una vez. Quizás pudiera volver a hacerlo.

Capítulo 5

A la mañana siguiente, James levantó la mirada al oír la campanilla que había sobre la puerta de la clínica. Era Kelly y llegaba con tal cara de tristeza que cualquiera habría dicho que se había quedado sin amigos.

James rodeó el mostrador, dejó la carpeta que tenía en la mano y la agarró de los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Will?

—En la guardería —contestó ella con voz temblorosa—. Me dieron cita en el médico a las once, así que fui a apuntarlo esta misma mañana.

—Si estás preocupada, te acompaño al médico.

—No es eso —contestó lloriqueando—. Es que, parece una tontería, pero no ha llorado cuando lo he dejado.

James frunció el ceño. No entendía nada.

—¿Te refieres a Will? ¿Por qué tenía que llorar?

—Will siempre protesta cuando me alejo de él. Hoy, cuando entramos en la habitación donde están los niños de su edad, se puso tan contento que prácticamente se tiró de mis brazos. Además, cuando le he ido a dar un beso de despedida, me empujó y se fue corriendo con sus nuevos amigos —añadió intentando sonreír. No lo consiguió, se derrumbó y corrió a los brazos de James.

James lo vio claro entonces y la abrazó con fuerza.

—Cariño, el niño solo quiere jugar con gente de su edad. Tendría que hacerte ilusión.

—Sí, me hace ilusión, pero yo siempre he sido lo más importante en su vida.

Siempre se enfada cuando le dejo y hoy se moría por perderme de vista. Me parece que ni siquiera se ha enterado cuando me he ido.

—¿Y te crees que es porque ya no te quiere? —le preguntó levantándole el mentón con el dedo.

—No es que no me quiera, pero sí que ya no me necesita tanto —contestó ella mordiéndose el labio inferior.

James no conocía aquel lado de Kelly, aquella inseguridad, aquella incertidumbre.

—Confía en mí. Cuando vayas a buscarlo, estará loco de contento de verte —la tranquilizó agarrándole la cara con ambas manos—. ¿Estás más tranquila?

Kelly lo miró a los ojos. James se sintió tan perdido como un potro recién parido. Se inclinó sobre ella y se prometió que no la volvería a besar, pero eso fue exactamente lo que hizo.

Entonces, decidió que sería un beso entre amigos, de esos que no importan, pero también en eso se equivocó.

Sintió los labios de Kelly, húmedos y voluminosos, dulces y sensibles. El beso se hizo más profundo. James necesitaba saborear su suavidad, su respuesta. Gimió y dejó que su lengua se deslizara entre los labios entreabiertos de ella. Kelly gimió también y, entonces, él se olvidó de todos sus buenos propósitos.

Le puso las manos en las caderas y la acercó a su cuerpo, muriéndose por sentir su roce, su piel. Siguió jugueteando con la lengua hasta que ella se rindió y se apoyó en él. Su olor, su sabor, James se estaba volviendo loco. La puso contra la pared, no podía despegarse de ella… necesitaba más…

En ese momento, oyó la campanilla de la puerta de nuevo.

Soltó a Kelly y dio un paso atrás, pero la tuvo que agarrar porque le flojeaban las piernas.

Sara estaba en el umbral.

—Uy. ¿Interrumpo?

—¿Cómo? —preguntó Kelly parpadeando.

—¿Llego en mal momento?

Kelly miró a James con recriminación y se limpió los labios, todavía humedecidos con su saliva, con el reverso de la mano.

—No, en realidad, llegas en el momento perfecto.

A James se le ocurrían varios adjetivos, pero, desde luego, perfecto no era uno de ellos.

Se maldijo a sí mismo por no controlarse cuando la tenía cerca. Lo irritaba aquella falta de control. Cuando estaba con ella, no pensaba con claridad. No podía dejar de tocarla. Nunca se convencería de que había cambiado si no aprendía a controlarse.

—La guardería era tal y como me dijiste —le comentó Kelly a Sara—. Creí que Will se iba a enfadar cuando lo dejara, pero ni se dio cuenta.

—Yo llevo a Jessie una vez por semana para que esté en

contacto con otros niños. Así, puedo poner al día los libros de la clínica.

—¿En qué guardería está? —preguntó James.

—En la de la señorita Clancy —contestó Kelly agarrando una taza de café con manos temblorosas. Se le cayó y se rompió contra la mesa—. La que dijimos ayer por la noche —añadió recogiendo los pedazos.

—Si tienes tiempo, Kelly —intervino Sara—, me gustaría enseñarte lo de los libros.

Kelly se sirvió otra taza de café y tiró un bote de endulzante sin abrir a la basura. Terminó de limpiar el estropicio y siguió a Sara a la habitación de al lado.

James estaba encantado de comprobar que Kelly también estaba afectada por el beso.

Había vuelto hacía poco tiempo, pero había invadido su vida. Su barra de labios estaba presente en sus tazas preferidas. Su jabón perfumado había ocupado su ducha. Había metido la mano en la secadora en busca de unos vaqueros y había sacado una tanga de seda que lo había puesto a mil.

Aquello de ser su amigo y de mantener las distancias durante tres meses le iba a costar Dios y ayuda.

James se puso en pie y dejó sobre la mesa la tercera revista que se leía desde que había entrado en la sala de espera. No entendía por qué Kelly no había querido que pasara con ella. Ya la había visto sin ropa otras veces. Según ella, solo aquella noche.

Entonces, él le había echado en cara si tenía algo que esconder. James estaba convencido de que había exagerado.

Al final, Kelly se había salido con la suya. Una enfermera como un toro le había indicado que esperara fuera.

Miró el reloj por quinta vez y se puso a pasearse. ¿Por qué tardaban tanto?

Cuando se disponía a preguntar en el mostrador de la entrada, se abrió la puerta del otro extremo del pasillo y salió Kelly a toda prisa. Pasó de largo a su lado, le tiró la factura y no se paró. Vio que estaba llorando.

—Kel, espera.

Pero ella abrió la puerta y salió.

James sacó la cartera y pagó en el mostrador. Quería ir tras ella

y se impacientó ante la lentitud con la que la enfermera le hizo el recibo.

Salió a toda prisa al aparcamiento, miró a su alrededor y no la vio. Entonces, oyó lloros, rodeó la furgoneta y la descubrió allí.

Kelly estaba doblada por la mitad y no paraba de llorar. Ver aquello hizo que sintiera el imperioso deseo de consolarla.

Tenía que conseguir que dejara de llorar porque no podía soportar verla así.

Tenía que ser algo muy grave porque no había visto a Kelly así más que un par de veces en todos aquellos años. No estaba muy seguro de querer oír lo que le había dicho el médico.

La tocó y ella se abalanzó a sus brazos. Lloró sobre su pecho y le mojó la camisa con sus lágrimas, pero a él no le importó. Solo le importaba ella. La abrazó durante cinco minutos, hasta que se hubo serenado.

Le levantó la cara y le secó las lágrimas con el pulgar. Tenía la nariz roja de llorar y las pestañas pegadas unas a otras.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó.

—Sí.

Tras abrirle la puerta y ayudarla a subir, James se apresuró a dar la vuelta al vehículo y ponerse al volante. Sin mediar palabra, encendió la furgoneta y salieron del aparcamiento. Le pasó el brazo por los hombros y la deslizó a su lado.

Ninguno habló hasta que no llegaron al estanque que había detrás de su casa.

Antes de que ella lo abandonara, solían ir allí a menudo. Apagó el motor y la ayudó a salir. Se dirigieron hacia el agua y sus dedos acabaron entrelazándose.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado?

—Estoy feliz.

James se paró y la miró.

—¿Cómo?

—No me voy a morir.

—¿Creías que te ibas a morir? —ella se soltó de su mano y fue hasta el borde del agua. James se acercó y le puso las manos en los hombros—. Kel, sé que te encontrabas mal, pero ¿creías que era tan grave? —Kelly asintió. James le dio la vuelta—. Cuéntamelo.

—No te va a gustar —contestó ella mirándolo.

—Siempre me ha gustado que me lo cuentes todo.

—Tienes razón.

James la hizo ir a la parte trasera de la furgoneta y bajó el portón para sentarse los dos.

—Muy bien, dispara.

—Hace mucho tiempo, me hice amiga de una pareja, el señor y la señora Mathews. Eran muy buenos, pero se estaban haciendo mayores. El señor Mathews comenzó a encontrarse mal. Comenzó a estar siempre cansado y a tener problemas de orientación y mareos. Mientras estudiaba para los finales, empecé a tener los mismos síntomas.

—¿Qué tenía? —preguntó James agarrándola de la mano.

—No lo sé. Yo era todavía adolescente y no me acuerdo.

—¿Qué le pasó? —le preguntó acariciándole la palma de la mano.

—Murió.

James se dio cuenta, por el dolor que percibió en su voz, de que aquel señor Mathews había sido algo más que un amigo.

Pensar que Kelly podía morir hizo que se tensara. Se levantó y la levantó a ella.

La miró de frente y la agarró de la cintura para que no pudiera irse.

—¿Qué te ha dicho el médico? Quiero saberlo todo.

Kelly se ruborizó.

—Me siento como una tonta. Me parece que me asusté y me equivoqué.

—¿Cómo?

—Me ha dicho que tengo anemia. Me ha hecho un análisis para confirmarlo.

Por eso, he tardado tanto.

James sintió que las piernas le fallaban y deseó gritar de alivio.

—Me alegro de que solo sea eso. ¿Te ha dicho que tomes hierro?

—Sí, tengo la receta en el bolsillo. Tengo que pagarte la factura. Perdona por mi reacción, pero es que ha sido un gran alivio porque estaba convencida de que iba a terminar como el señor Mathews.

—Kelly, pero has dicho que no me iba a gustar lo que tenías que contarme. ¿Eso es todo, que creías que te ibas a morir?

Kelly tragó saliva con fuerza.

—Volví porque creía que estaba muy enferma. Y quería que me prometieras que tú te ocuparías de Will.

James se sintió como si le hubiera dado una patada en el estómago.

—¿En tan baja consideración me tienes que creías que no me iba a hacer cargo de él?

—Hay miles de niños en orfanatos porque sus padres no los quieren.

—No será mi hijo —contestó él quitándole las manos de la cintura y dándose la vuelta hacia el agua—. Nunca jamás me desentenderé de Will.

Sabía que Kelly iba detrás de él antes de que le posara la mano en el hombro.

—Me daba miedo pensar que no harías lo correcto. Te he juzgado y te pido perdón.

James pensó que debería sentirse satisfecho, pero no lo estaba.

—¿Y ahora qué, Kelly?

—¿A qué te refieres?

—¿Te vas a ir, ahora que sabes que no te estás muriendo? —le preguntó girándose para mirarla.

—No, James. Sé que me equivoqué al no contarte que estaba embarazada.

Quiero que Will conozca a su padre. Nos vamos a quedar todo el verano, como estaba previsto.

James asintió. No podía hablar porque se le había formado un gran nudo en la garganta al pensar que podría perder al hijo que acababa de encontrar. Y perderla a ella de nuevo.

Si la sola idea lo mataba ya, ¿qué iba a hacer cuando se terminara el verano?

Kelly miró a Will, que había dejado de hablar desde que lo había recogido de la guardería.

—Creo que te lo has pasado muy bien hoy y que has hecho muchos amigos nuevos para jugar, ¿verdad? —le preguntó poniéndole delante el emparedado de mantequilla de cacahuete.

Will asintió y tomó la mitad.

—Jugar.

No se había dado cuenta de lo que parecía a su padre hasta que los había visto juntos. Tenían el mismo color de pelo y de ojos, eso

era obvio, pero, además, todo hacía prever que el niño iba a ser tan alto como su padre y su belleza, la que hacía que las mujeres se dieran la vuelta por la calle. Por no hablar de su boca, una boca que invitaba a que la besaran. Kelly frunció el ceño y se giró hacia la encimera para preparar otro emparedado.

Oyó que se abría la puerta y se giró para ver entrar a James, que se agachó sobre el niño. Will comenzó a contarle en su lenguaje ininteligible lo que había hecho aquel día. Kelly intentó ni fijarse en su nuca ni en sus hombros.

Will le puso el emparedado bajo la nariz para que le diera un bocado.

Kelly observó a ver qué hacía James y, para su sorpresa, le dio un mordisco.

—Mmm. Mantequilla de cacahuete y mermelada. Otra vez.

Will dejó el emparedado sobre la mesa y levantó los brazos hacia él.

—Caballoz.

—¿Ha terminado? —preguntó James a Kelly.

Era una pregunta de lo más inocente, pero la intensidad de su mirada, que parecía acariciarle el cuerpo, no la dejaba pensar. Siempre había tenido ese efecto sobre ella. No sabía con quién enfadarse. Si con él por mirar, con ella por darse cuenta… o con su cuerpo por reaccionar.

—Will no suele terminarse nunca la comida de una vez. Se levanta, se da una vuelta, vuelve, da un par de bocados más y así.

James agarró al niño en brazos y se acercó a ella.

—¿Te ha dicho algo el médico del trabajo?

—Sí, que puedo trabajar tranquilamente. Con los comprimidos de hierro y una dieta saludable, basta. ¿Puedo volver mañana al trabajo? —preguntó nerviosa ante su mirada. Le limpió las manitas a Will. Lo que fuera, con tal de no mirarlo, de no ver lo guapo que estaba, de no percibir su olor, de no admitirse a sí misma que se moría por perderse entre sus brazos.

—¿Por qué no te quedas mañana descansando y vas pasado? —sonrió James besándola en la mejilla.

Kelly sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas y se agarró a la encimera para no caerse.

—¿Qué haces?

—Tenías mantequilla de cacahuete. Creo que te la he quitado toda —contestó él sonriendo.

Ella se pasó el trapo por la mejilla para intentar borrar el rastro de sus labios, pero no le dio resultado.

—¿Quieres que te prepare un emparedado?

—No, he tomado algo al volver de casa de McCarthy —contestó él colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

Kelly deseó que diera un paso atrás, o dos, o diez. Se dio la vuelta y agarró un cuaderno.

—He hecho una lista de cosas.

—No sé por qué, no me sorprende —comentó mirando a Will, que parecía encantado de estar en brazos de su padre—. No sé de qué será, pero olvídate. La casa está bien y, mientras estés aquí, te vas a dedicar a descansar.

Kelly sabía que no debía mirarlo, pero no podía evitarlo. Se arrepintió en cuanto sintió sobre ella su mirada de chocolate, capaz de derretir a cualquiera.

—No me refiero a una lista de cosas para limpiar —le explicó—. Son cosas que tengo que comprar. Pañales, por ejemplo.

—¿Algo más? —preguntó él agarrándola de la mano donde tenía la lista.

—No —contestó Kelly con esfuerzo.

—Iré mañana, cuando vuelva del trabajo. Voy a hacer la cena —dijo él metiéndose la lista en el bolsillo. Will aprovechó para quitarle la gorra y ponérsela él

—. Quiero que te sientas como en tu casa.

—Gracias —contestó sintiendo que, en realidad, no era cierto. Aquella casa no era la suya y nunca lo sería. Solo era temporal, como todo en su vida.

Se dio la vuelta y se puso a limpiar la encimera.

—¿Has querido alguna vez algo tanto que hubieras estado dispuesto a sacrificar lo que fuera necesario para conseguirlo?

—Sí —contestó James—, lo malo es que, a veces, haces el sacrificio y no consigues nada.

Kelly percibió tristeza en su voz.

—Supongo —contestó preguntándose a qué se referiría. Siempre había tenido la impresión de que ella debía esforzarse para conseguir las cosas más nimias mientas que él lo conseguía todo sin

esfuerzo.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó él.

Kelly se dio la vuelta.

—Bueno, algún día, cuando pueda permitírmelo, me gustaría comprarme una furgoneta nueva.

—Si la quieres de verdad, te la compro yo.

—No, no es para ahora. La mía puede aguantar todavía cinco o seis años más.

James la miró con escepticismo.

—Ya que hablamos de tu furgoneta, no me gusta que conduzcas de noche porque no está muy bien —le dijo sacándose las llaves de la suya del bolsillo. Al hacerlo, Kelly no pudo evitar fijarse en la hebilla del cinturón. Aquello le recordó la noche en la que habían concebido a Will.

Qué orgulloso estaba de aquella hebilla. Atraía a las mujeres como la miel a las moscas. Si hubiera podido, Kelly se habría ido para no tener que ver el asedio al que lo sometieron, pero no podía porque había ido con él en su coche, así que esperó.

Tal vez, había sido la mezcla de haber escondido sus sentimientos y la alegría de su victoria, pero de vuelta a casa habían terminado con las manos agarradas y soltando chispas.

—¿Kelly?

Se dio cuenta de que James había comentado algo sobre su furgoneta.

—Lo siento —dijo sorprendentemente calmada.

—Si tienes que salir por la noche, te llevas la mía.

—¿Tu furgoneta? —lo que faltaba. El interior de su furgoneta era donde había comenzado todo.

—O te puedo llevar yo.

—No —gritó. No era su intención alzar el tono, pero la idea de estar con él en su furgoneta le hacía pensar en cosas que debía olvidar. Cosas como que la acercara para que se sentara a su lado, como que le pasara el brazo por los hombros a la salida de la autopista o aquel beso que no había sido un beso de verdad sino, más bien, un roce, pero que ella había esperado tanto tiempo que la había desmadejado por completo.

Él había parado el coche en el arcén y la había besado con tanta pasión que Kelly no se dio cuenta hasta pasado un buen rato de

dónde habían ido a parar las manos de James. Ni las suyas.

No, lo último que necesitaba era verse de nuevo en su furgoneta.

—No voy a salir a ningún sitio.

—Si lo haces, dímelo porque, de lo contrario, me preocuparía —le pidió quitándole la gorra al niño y calándosela él. Agarró a Will y se dirigió a la puerta de atrás.

Kelly cerró los ojos. Sintió deseos de correr tras él, pero no lo hizo. ¿Qué podía decirle que no le hubiera dicho ya? Ya era demasiado tarde para cambiar lo que había pasado entre ellos.

Ya había cometido una vez el error de dejarse llevar por sus ansias de que la amara y le había costado su amistad. No estaba dispuesta a volver a cometer el mismo error. Por mucho que lo deseara.

Incluso después de haber limpiado y haber puesto heno en todas las cuadras, James seguía sintiéndose frustrado.

Nunca se había preocupado por una relación. No le costaba tener chicas con las que salir. Las había a montones en los rodeos. Nunca le había supuesto un problema encontrar a alguna dispuesta a cambiar los planes que tenía para la noche. Hasta ese momento.

Eso era parte del problema. No tenía ni idea de cómo empezar con Kelly, no sabía qué hacer ni qué decir para volverse a ganar su respeto, para conseguir que olvidara lo ocurrido y lo viera como antes de irse.

Estaba acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, como le daba la gana y cuando le daba la gana. No estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados mientras una mujer se dedicaba a hacer listas y a imponer normas. Su padre se había empeñado en que fuera soldado y lo único que había conseguido había sido hacerlos a los dos unos infelices. Si su padre no había conseguido que se atuviera a las normas, ¿qué posibilidades tenía Kelly?

Además, a él le gustaban las cosas tal y como estaban. Cal y él tenían una clínica. El banco y él eran dueños de su casa y del ganado. Tenía todo lo que un hombre podía desear.

Lo único malo era que tenía una mujer que quería que solo fueran amigos.

Bueno, la deseaba, pero eso no significaba que la necesitara. Necesitaba más competir en algún rodeo de vez en cuando para demostrarse a sí mismo que seguía estando en forma.

La había buscado cuando desapareció porque eran buenos amigos. Había compartido cosas con ella que no le había contado antes a nadie. Con ella de vuelta, debía admitir lo que no había querido confesar antes. Había intentado olvidarla por todos los medios, pero no lo había conseguido.

Él no quería que fueran solo amigos, pero si eso era lo que ella quería, tendría que encontrar la manera de conseguirlo.

La noche que habían pasado juntos, él estaba pletórico por la victoria. Se preguntó si no sería por eso por lo que todo había sido tan maravilloso. ¿Volvería a ser igual si se repitiera? Así, tal vez, consiguiera que su vida volviera a ser como antes, desordenada. Lo malo es que quería que Will formara parte de su vida.

Miró a su hijo. El niño le hacía sentir emociones que nunca había sentido, ver ciertas cosas como si fuera la primera vez que las viera y querer cosas que nunca había deseado.

Will tiró un montón de heno al aire y se puso a bailar mientras le caía encima.

Le seguía a todas partes e imitaba todos sus movimientos sin dejar de hablar en su peculiar idioma. Al principio, todo el ruido que hacía le había molestado, pero había aprendido a comprenderlo e incluso habían llegado a mantener conversaciones.

Cuando lo veía jugar, le recordaba a un potro recién nacido que descubriera el mundo. Le gustaba verlo ensuciarse y hacer todo lo a que él no le habían dejado. Se preguntó si Kelly se enfadaría cuando viera que se había llenado los pantalones de césped, pero se dijo que para eso habían inventado la lejía. No quería que nadie coartara a su hijo como su padre había hecho con él.

Se arrodilló junto a Will.

—¿Quieres que volvamos dentro?

El niño negó con la cabeza y se agarró a él para no caerse porque había perdido el equilibrio después de dar tantas vueltas. James le puso una mano en la espalda y se maravilló de su diferencia de tamaño. Le costaba creer que un día sería tan alto como él.

El niño lo miró con ojillos traviesos y salió disparado del establo. James lo siguió y lo alcanzó sin problema. Lo agarró y lo metió en casa como si fuera un saco de patatas. Seguramente, a Kelly le habría dado un paro cardíaco si hubiera visto lo sucedido porque no

le dejaba dar un paso sin agarrarlo de la mano o sin ponerle el arnés especial de niños que tenía, pero James se negaba a atarlo con correa corta.

La verdad era que Kelly nunca le había dicho nada por sacarlo de la casa ni le había dicho que le pusiera el arnés.

—¿Kelly? —dijo dejando al niño en el suelo.

No le contestó, así que fue a mirar en el salón y en su habitación. Allí estaba, dormida, con el cuaderno y un boli al lado.

No quiso despertarla, así que le quitó el cuaderno y el boli y los dejó sobre la mesilla. Miró el cuaderno y pensó que solo serían esas listas suyas. Además, no era asunto suyo.

Seguramente, Kelly hubiera preferido que la despertara para meter a Will en la cama, pero James decidió no hacerlo. Apagó la luz y salió sin hacer ruido.

A Kelly siempre le había gustado hacer listas. Si había lago que cambiaría de ella, era esa acuciante necesidad de crear normas para vivir.

James vio que eran las nueve y supuso que Will se tendría que ir a la cama. El niño estaba corriendo por ahí y no parecía estar cansado en absoluto.

Lo agarró en brazos y el niño pareció dudar, pero le echó las manitas al cuello y lo abrazó. James sintió un inmenso instinto protector hacia su hijo. Estaba decidido a protegerlo de cualquier peligro… y de las reglas de Kelly.

Al menos, su hijo lo tendría de su lado cuando su madre lo agobiara. Ojala él hubiera tenido lo mismo de pequeño, pero su madre temía tanto a su padre que no rechistaba. Lo único que hacía era pedirle a él que obedeciera a su padre para tener la fiesta en paz. Aun en silla de ruedas como estaba, seguía dando órdenes.

James jamás impondría normas restrictivas a su hijo. Quería que pudiera crecer pensando lo que quisiera, siendo independiente y haciendo lo que le dictaran sus sueños.

Y las normas de Kelly, fuera.

Capítulo 6

—La yegua de Spencer Jefferson está pariendo y está teniendo problemas.

¿Quieres venir? —preguntó James entrando por la puerta de atrás.

A Kelly se le cayó el boli con el que estaba escribiendo.

—Ah —exclamó tapando la hoja.

—Perdona, no quería asustarte.

—Creía que ya te habías ido.

—¿Qué haces? —preguntó acercándose.

Kelly lo cerró y puso la mano encima.

—Nada.

James no la creyó. Se estaba comportando como si la hubiera pillado con las manos en el bote de mermelada.

—¿No será tu cuaderno de reglas?

Kelly se levantó.

—¿Has dicho que la yegua de Spencer Jefferson tiene problemas?

—Sí —contestó él olvidándose del cuaderno—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Es la yegua que compró por una fortuna antes de que yo me fuera?

—Sí. La ha criado para cruzarla con el semental de Sam Dunlap.

—De acuerdo. Voy contigo. Will está en la guardería, así que no hay problema

—dijo agarrando el cuaderno y corriendo hacia la habitación de invitados. En un abrir y cerrar de ojos, había vuelto y ya estaba saliendo por la puerta—. Me muero por ver al potro. Seguro que es precioso.

James la siguió intentando no fijarse en lo bien que le quedaban los vaqueros que llevaba. Era como para… guau. Debía aprender a controlarse.

Kelly se paró y lo miró incómoda.

—Vamos en mi furgoneta.

—No. Tengo todo el equipo en la mía. Venga.

Parecía como si Kelly fuera a objetar algo, pero se encogió de hombros y subió.

Mientras conducía hacia casa de Spencer, James intentó concentrarse en los arbustos que había a ambos lados de la carretera y en las hojas verdes de los robles.

Pero no paraba de pensar en Kelly. ¿Qué se traería entre manos? Todo eso del cuaderno, tanto secretismo.

Cinco minutos después, estaba aparcando en casa de Spencer. Aunque tenía las piernas más largas que Kelly, le costó seguirla dentro.

Al entrar en el establo, le dio la mano a Spencer y se dirigió a la cuadra. Había visto hoteles cuyas habitaciones eran más pequeñas y elegantes.

Examinó a la yegua y se giró hacia el dueño.

—¿Cuánto lleva así?

—Creo que unas cuatro horas —contestó acariciando al animal en el cuello—.

Me la encontré así esta mañana.

James sacó una jeringuilla.

—Le voy a inyectar oxitocina para provocarle contracciones más fuertes.

—¿Podría eso dañar al potro? —preguntó Spencer preocupado.

—Hay más posibilidades de que se muera ella si la dejamos todo el día empujando para sacar al pequeño.

—Bien. Debo ocuparme de unos asuntos que no puedo retrasar, pero voy a tener el móvil encendido —dijo Spencer yendo hacia la puerta—. Llámeme si pare o si tengo que volver.

—La cosa va para largo, pero lo llamaré.

En cuanto Spencer se fue, Kelly se acercó a la yegua y comenzó a acariciarle la cabeza.

—Preciosa, yo te entiendo, sé por lo que estás pasando.

—¿Cuántas horas estuviste tú de parto?

—Doce horas. Fueron doce horas muy duras.

Por su cara, James se dio cuenta de que estaba recordando el parto de Will, algo de lo que él no tendría nunca recuerdos.

—¿Lo pasaste mal?

—Bueno, no pedí que me pusieran nada, si te refieres a eso — sonrió ella—, pero hubo un par de ocasiones en las que habría

pegado a alguien —James sonrió. Se la imaginaba con el pelo mojado del esfuerzo, los nervios a flor de piel y su hijo en la tripa —. Ya que estoy confesando, te diré que grité una vez. Bueno, puede que dos. La verdad es que creo que, más bien, fueron cinco —sonrió—. En realidad, me asombra que no me oyeras desde aquí.

—Me parece horrible que tuvieras que pasar todo eso tú sola. Si lo hubiera sabido, habría estado contigo.

Ella lo miró sin rastro de rencor.

—Lo sé, pero me las apañé yo sola bien.

—Kelly, sé que eres fuerte, pero no tendrías que haber estado sola en un momento así.

—Eso ya no lo puedo cambiar.

Después de comer, el potro asomó al mundo el hocico y las patas delanteras.

—Vamos allá —dijo James ayudándolo a salir en la siguiente contracción.

James y Kelly se aseguraron de que el recién nacido respiraba con normalidad.

Mientras la madre lo limpiaba y el potro intentaba dar sus primeros pasos, ellos se apartaron para observar. James le pasó el brazo por los hombros.

—Me habría gustado ver los primeros pasos de Will —dijo James—. Me he perdido tantas cosas, ha hecho tantas cosas sin que yo estuviera allí para verlas… no quiero que eso me vuelva a ocurrir con mi hijo.

Ni con ella.

—James, lo siento —le dijo mirándolo.

—No te lo digo para echártelo en cara. Solo te digo cuáles son mis sentimientos.

Tras una mirada larga y persistente que le llegó al corazón, Kelly giró la cabeza y volvió a mirar al potro.

Era la misma expresión que la que tenía en la cara aquella mañana cuando la había pillado con el cuaderno. Pensó que, tal vez, no se tratara de una lista de reglas.

Era curioso que estuvieran allí, juntos de nuevo. A pesar de sus reglas, la había echado de menos horriblemente. A veces, le había parecido como si ella se hubiera llevado una parte de él al irse. No podía dejar de pensar si ella se habría acordado de él. Aunque solo

hubiera sido una vez.

—Has hecho un buen trabajo —dijo Kelly.

—Tú, también. Siempre has trabajado bien, la verdad. Gracias.

—Hacemos un buen equipo. Siempre había sido así. Aparentemente, eso no había cambiado.

Kelly llevaba un buen rato observando al objeto de su deseo durmiendo en el sofá con su hijo en brazos cuando James se despertó aturdido.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las doce.

—¿Qué haces despierta?

—No me podía dormir.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —contestó agarrando al niño para meterlo en la cama. Así, podría alejarse de James.

Al pasarle al niño, los dedos de James rozaron su pecho. Kelly ahogó un grito y notó que se le tensaba todo el cuerpo.

Él sonrió y soltó al niño.

—Antes de quedarme dormido, estaba pensando en ti y en el niño en tu furgoneta. ¿Llevas móvil por si te quedas tirada?

—No lo necesito. Mi furgoneta no se va a estropear —contestó acercándose a su hijo y aspirando su aroma a bebé para tranquilizarse—. ¿Qué te pasa últimamente con mi furgoneta? Nunca me ha dado problemas.

—Solo me preocupo por ti. Quédate con mi teléfono hasta que te consiga otro.

—Me parece ridículo. Ya me lo compro yo —contestó alejándose por el pasillo para meter al niño en la cama.

—Lo pagará la clínica.

Kelly se paró y se dio la vuelta.

—No seas tonto. No necesito un móvil.

—¿Por qué? ¿Quizás porque te lo he sugerido yo?

—Por supuesto que no —contestó ella intentando no alterarse—. Mira, James, me las he apañado muy bien yo sólita hasta ahora. No necesito que te preocupes por mí.

—Dame ese gusto, anda.

—No —sonrió ella alejándose. Cerró la puerta y se apoyó en la pared.

Kelly sabía que él se había dado cuenta de lo que había pasado cuando la había tocado. De hecho, seguía temblando. Maldijo su cuerpo traidor.

James le seguía pareciendo tan guapo como hacía unos años, pero no se lo pensaba decir nunca. Todo lo que había hecho con respecto a él había sido un error.

Se había ido a la cama con él y había acabado con su amistad. No estaba dispuesta a volverlo a hacer.

Lo deseaba todo de él, incluido su amor, pero si no podía tendría que conformarse con ser su amiga y la madre de su hijo.

A la mañana siguiente, mientras levantaba al niño del suelo de la cocina, percibió la presencia de James detrás de ella. Allí estaba, apoyado en el marco de la puerta, mirándola. Kelly intentó ignorar el subidón de adrenalina.

—¿Qué?

—Solo estaba mirando lo guapa que estás. Cualquiera diría que has tenido un hijo.

Aquello hizo que se le acelerara el corazón.

—¿Tienes hambre?

James fue hacia la cafetera.

—Ya sabes que lo primero que necesito por las mañanas es un buen café para conseguir abrir los ojos. ¿Te acuerdas de todas aquellas urgencias que atendimos de buena mañana antes de que te fueras?

Kelly consiguió controlar un quejido y el instinto de taparse los oídos con las manos. Se había pasado toda la noche sin pegar ojo pensando en él y lo último que necesitaba era ponerse a recordar los tiempos que habían pasado juntos.

A él le dio igual.

—Tú recibías las llamadas y venías a buscarme. Tenías que sacarme de la cama porque me acababa de acostar. A veces, ni siquiera me había dado tiempo a deshacerla.

Kelly recordaba todo al milímetro, pero él no tenía por qué saberlo. Intentó controlarse.

—También he comprado café y huevos. ¿Quieres?

Él se calló. Lo tenía demasiado cerca.

—Te acuerdas de las mañanas que pasamos juntos, ¿verdad? —insistió.

Kelly negó con la cabeza porque no quería hablar. Sabía lo que estaba haciendo.

La estaba tanteando, estaba intentando hacerla recordar.

—Me dejas hecho polvo. ¿Y no te acuerdas de que yo siempre te decía que te olvidaras de la llamada y que te metieras en la cama conmigo? —preguntó tocándole la mejilla—. Entonces, te lo decía de broma, pero, si hubiera sabido lo bien que nos lo podíamos haber pasado, te aseguro que habríamos llegado tarde a todas las urgencias.

Kelly tuvo que hacer un esfuerzo para que no le fallaran las piernas y se apoyó en la mesa con la mano que tenía libre. ¿Qué le había hecho pensar que dos años iban a haber cambiado las cosas? Su cercanía la seguía afectando tanto o más que entonces.

—¿Te he dicho alguna vez lo guapa que estabas por las mañanas? Me encantaba despertarme y verte —añadió él en voz baja.

Kelly sintió que le daba un vuelco el corazón. No le estaba gustando nada aquello, así que puso al niño en la trona y sirvió los cereales.

—No, James, nunca me lo dijiste. De hecho, me sorprende que recuerdes haberme visto siquiera porque solías acostarte muy tarde y te costaba bastante concentrarte recién levantado.

—Así que te acuerdas —dijo él herido—. Sabes perfectamente que la mayoría de esas noches me acostaba tarde porque estaba atendiendo a algún caballo enfermo.

—No todas las noches.

James se encogió de hombros.

—No estoy diciendo que no saliera de vez en cuando, pero, aunque me hubiera emborrachado la noche anterior, cosa que no solía hacer, recuerdo perfectamente verte a la mañana siguiente. Llegabas con el pelo mojado de la ducha —continuó tocándole el pelo—. Te sentabas en el borde de mi cama a peinártelo y a secártelo mientras me dabas codazos en las costillas para que me levantara. Y siempre olías muy bien, como a flores silvestres.

Kelly apartó la trenza de sus zarpas e ignoró sus bonitas palabras, para las que siempre había tenido facilidad.

—¿Seguro que no quieres nada de comer?

—Te recuerdo, Kelly —insistió rozándole el óvalo de la cara—.

A veces, incluso más de lo que me habría gustado. Antes incluso de que hiciéramos el amor —dijo tocándole el labio inferior.

A Kelly se le disparó el pulso.

Dio un paso atrás y se encontró con la mesa. No podía pensar. Las mariposas que había sentido en el estómago hacía unos instantes estaban ya en su cabeza y se habían convertido en grandes buitres.

—Yo, eh…

James la agarró de la nuca y la acercó a él. Su mirada la consumía.

—No deberías haberte ido, Kel. Estábamos muy bien juntos.

No quería mirarlo.

—Solo estuvimos juntos una vez. Y casi no me acuerdo —mintió.

James la agarró con más fuerza de la nuca haciendo que lo mirara.

—¿Ah, no? Tal vez, debería refrescarte la memoria.

—Yo… tengo que ponerle el desayuno a Will —protestó Kelly. No iba a aguantar mucho más. Tenía las piernas de barro y estaba casi tumbada de espaldas sobre la mesa que tenía detrás. Deseó haber olvidado de verdad aquella noche, pero sabía que no había podido y que quizás nunca pudiera.

James dejó caer la mano y suspiró.

—¿Te has preguntado alguna vez qué habría sido de nosotros si no te hubieras ido?

—No —contestó maldiciéndose por hablar entrecortadamente—. Solo éramos dos amigos que se pasaron de la raya.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó tragando saliva y recomponiéndose el rostro. Miró a James.

James cambió el peso de pierna y le dedicó una de sus sensuales sonrisas que hacían que Kelly perdiera el sentido común.

—Demuéstramelo —la retó enarcando una ceja.

—Olvídalo —contestó ella mirando a Will, que se estaba comiendo los cereales.

James volvió a sonreír y la miró de forma que la hizo temblar.

—La verdad es que estás estupenda, Kel. Mejor de lo que te recordaba.

Kelly tomó aire y buscó algo que la distrajera. Se fijó en una foto

de un caballo que había en la pared detrás del niño.

—¿Quieres algo más?

—Sí —contestó James.

—¿Qué?

—A ti.

—James… —dijo ella ruborizada.

Él sonrió y levantó las manos.

—Lo sé, lo sé, solo somos amigos.

James se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa.

—¿Sabes una cosa? —preguntó dándole al pequeño más cereales —. He pensado que, ya que no me dijiste nada de Will, me debes una.

—¿Qué quieres decir? —preguntó temerosa.

James sonrió cuando Will le agarró los dedos.

—Vamos a dejarlo en que comprarte un móvil podría ser una buena forma de empezar a compensarme por no haberme dicho que tenía un hijo.

Kelly se quedó con la boca abierta.

—Eso es chantaje.

—Puede —dijo él encogiéndose de hombros—, pero, así, te podrían llamar de la guardería si te necesitaran y no estuvieras ni en casa ni en la clínica.

Kelly consideró sus palabras mientras preparaba los huevos. Tenía razón.

—Muy bien, pero págalo de mi sueldo.

—Ya veremos.

—No, nada de ya veremos. Si tengo teléfono, lo pago yo.

—Kel, los…

—Puedo perfectamente…

—Kel…

—… hacerme cargo de mi hijo, así que deja de gastar saliva.

—Kel, creo que deberías saber…

Ella levantó una mano decidida a dar por terminada la conversación.

—No hay nada más que decir.

—Muy bien —dijo encogiéndose de hombros y levantándose—. Me llevo al niño fuera para que no se asuste con el ruido.

—¿Qué ruido?

—El que va a hacer la alarma anti incendios cuando salte —contestó abriendo la puerta y saliendo.

Kelly se dio la vuelta y vio que los huevos se habían quemado. Efectivamente, un ruido ensordecedor se adueñó de la cocina mientras ella quitaba la sartén del fuego y abría la puerta para ventilar la habitación. Al salir, vio a James que se alejaba con el niño.

—Vamos a dar de comer a los caballos, Will. Al menos, su desayuno no está quemado.

Kelly agarró otros dos huevos y se los escondió a la espalda.

—James, ¿puedes venir un momento?

James se paró, dejó a Will en el suelo y fue hacia ella.

—Claro. ¿Qué quieres, cariño?

En ese momento, Kelly le tiró los dos huevos, que le explotaron en los pies.

James se quedó mirando y sonrió.

—Primero, los quemas y ahora se te han quedado crudos. ¿Quieres que te haga el desayuno?

Kelly agarró la sartén con los huevos quemados y salió corriendo tras él, que agarró al niño y corrió hacia el establo.

—James Scott, te la estás jugando.

Aquello era un alto el fuego.

James se dio cuenta de que Will andaba como si hubiera estado dos días enteros cabalgando. Había llegado el momento de cambiarle los pañales.

Kelly no estaba porque había salido a hacer una visita con Cal, así que le tocaba a él. Quería tener la cena lista para cuando ella llegara, así que, antes de cambiar al niño, puso el hígado y las cebollas en el horno.

Agarró a Will y lo puso sobre la cama. Le quitó las botas y los vaqueros y rebuscó en la bolsa en busca de un pañal limpio. Antes de encontrarlo, salieron todo tipo de instrumentos que no había visto en su vida.

Todos sus años de experiencia como veterinario no le habían preparado para lo que vio y olió cuando le quitó el pañal sucio.

—Dios mío, ¿qué te dan de comer en esa guardería?

Will sonrió e intentó darse la vuelta. James lo agarró del tobillo.

—Espera un momento, socio. Hay que limpiarte.

Will se rió y pataleó.

—Venga, hombre —dijo James agarrando las toallitas.

Will siguió dando patadas.

—Creía que éramos amigos.

El niño tiró las piernas por alto. James le quitó los calcetines y la camiseta y lo llevó al jardín. Allí, encendió la manguera y lo regó.

El niño se puso a bailar encantado de la vida de rebozarse por el barro. James pensó que no era para menos. Olía mucho mejor allí fuera.

Will estaba fascinado con el agua, pero James lo metió en la bañera porque se había hecho tarde. Kelly llamó para decir que iba de camino a casa, así que James se apresuró a secarlo para ponerse con la cena. El niño no quería salir.

—Tengo que hacer la cena. Mamá viene de trabajar y quiero darle una sorpresa.

—Mamá —repitió Will como si se fuera a poner a llorar.

—Tú también la echas de menos, ¿verdad? James se preguntó qué podría hacer para acercarse a Kelly. La había notado de lo más introvertida, pero físicamente estaba mejor gracias al tratamiento.

Tras secar y vestir a Will, puso dos latas de espinacas a calentar.

Aunque intentó mantener la mente en otras cosas, no podía dejar de recordar aquella noche que habían pasado juntos. Pero Kelly no quería que se repitiera. Él, sí.

Tenía que convencerla.

¿Cómo?

La puerta se abrió y entró ella, que fue directa a saludar al niño.

—¿Qué es eso que huele tan bien?

—Hígado con cebollas y espinacas.

—A ti no te gustaba el hígado —dijo ella con las cejas levantadas.

—No —contestó él encogiéndose de hombros—, pero tiene mucho hierro, que es lo que tú necesitas. Has estado trabajando mucho y quería prepararte algo sano.

—¿James?

—¿Sí, cariño?

Lo miró con tristeza.

—A mí tampoco me gusta. Tuve una mala experiencia de pequeña con el hígado y me hace vomitar.

—No será cierto.

—Ya que te has molestado en hacerlo, intentaré comérmelo, pero tú me acompañas.

James miró la sartén y la miró a ella. Quería ayudarla a recuperar la salud, pero él no se iba a comer aquello.

—¿Qué te parece si vamos por unas hamburguesas con patatas y batidos?

Kelly suspiró.

—Maravilloso.

James la siguió a la furgoneta con Will en brazos. Aquella mujer era fuerte.

El cielo la estaba ayudando.

Capítulo 7

Kelly apartó de un manotazo lo que le estaba haciendo cosquillas en la nariz.

Entonces, sintió el cosquilleo en el cuello.

—Mamá dodó.

—Ya, no.

Abrió los ojos y vio a Will de pie junto a su cama y a James detrás sonriendo y con una pluma en la mano.

—¿Te vas a pasar el día entero durmiendo?

—¿Es de día?

—Sí, suele serlo cuando ha salido el sol. Son las doce —contestó James mirando el reloj.

Kelly pegó un respingo.

—No puede ser.

—No pasa nada, Kel —la tranquilizó él poniéndole la mano en el hombro—. Es domingo. Hoy no tienes que ir a trabajar. ¿Qué te parece si nos vamos de excursión?

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el jardín.

—Estupendo.

—Muy bien. Will y yo vamos al centro a comprar pollo frito y otras cosillas.

Volveremos para cuando te hayas duchado y vestido. Te esperamos en el jardín.

Sonrió de manera arrebatadora. Kelly sintió una punzada de excitación.

Siempre le había encantado aquella habilidad de James para montar planes en un momento.

—Me apetece mucho —le dijo sonriéndole también.

Will se acercó y le dio un beso pegajoso. James lo agarró y se quedó mirándola como si él también quisiera besarla.

Kelly sabía que no debería, pero ella también quería.

Al final, Will le agarró la mano a James y le dijo algo de los caballos.

Cuando se fueron, Kelly apartó las sábanas y se dispuso a ducharse. Sin maquillaje, en vaqueros cortos, camiseta y zapatillas de deporte bajó al jardín.

Media hora después estaba con ellos. James había puesto una manta sobre el césped y la comida encima.

James llevaba al niño a hombros y estaban acariciando a Matilda. Se acercó y la abrazó.

—Con todo lo que he tenido que estudiar, no he tenido mucho tiempo de montarla. Lo echo de menos.

—No me puedo creer que la sigas teniendo.

—Ya te dije que es como de la familia. La quiero mucho. No tiene la potencia de una yegua joven, pero tiene un gran corazón.

Matilda le puso la cabeza en el hombro.

Al darse la vuelta, se encontró a James mirándola.

—¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

—No, solo estaba pensando que a mí también me gustaría hundir la cara en tu cuello y me estaba preguntando qué harías si lo hiciera.

Aquello hizo que el calor corporal de Kelly subiera varios grados. No quería arruinarle el día porque él se estaba esforzando para que lo pasaran bien.

—Te regaría con la manguera.

Vio aquel brillo diabólico en sus ojos y supo lo que se le estaba pasando por la cabeza. Salió corriendo y él la persiguió. No tenía intención de alcanzarla porque llevaba al niño a hombros, pero estuvieron persiguiéndose mientras el niño se reía un rato. Al final, Kelly se tumbó exhausta en la manta para comer.

James sacó la comida de sus recipientes mientras ella le limpiaba la cara y las manos a Will. Comieron pollo y mazorcas de maíz, que resultaron ser las favoritas del niño.

—¿Cómo te sientes ahora que estás a punto de ver tu sueño hecho realidad? —

le preguntó James.

—No me lo voy a creer hasta que no tenga el título en la mano. He visto cómo se evaporaban otros sueños, así que no me quiero hacer ilusiones.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntó James masticando.

—Bueno, nada importante —contestó ella encogiéndose de

hombros—. Cosas de crios.

—¿Como querer que a tu hermana le salga una verruga en la punta de la nariz o tu hermano se quede calvo?

—No, nada parecido —contestó ella sonriendo.

—Nunca me has hablado de tu familia. Ni siquiera sé si tienes hermanos.

—No hay nada que contar —contestó mirándolo a los ojos y perdiéndose en ellos.

Will, que había terminado de comer, quiso jugar con la manguera. James se levantó a dar el agua mientras se tumbaba y observaba las nubes.

James terminó su batido, se quitó las botas y se tumbó a su lado.

Kelly le miró los pies descalzos. Le hubiera gustado ser tan espontánea como él.

La única vez que había estado cerca había sido cuando se había acostado con él.

—James, quiero darte las gracias por dejar que me quedara aquí contigo. Es como si siempre tuvieras que sacarme las castañas del fuego —dijo arrancado una hierba y dándose la vuelta para hacerle cosquillas en la oreja.

James le agarró la mano.

—Bueno, tú lo has hecho por mí varias veces.

—Nos hemos divertido mucho juntos.

—Desde luego —dijo él mirando a Will—. Eh, tú, vuelve aquí. Es maravilloso.

Cuando nosotros éramos pequeños, no nos dejaban ir descalzos. Mi madre estaba obsesionada con que no nos quitáramos los zapatos.

—Yo, a veces, iba descalza porque no tenía zapatos.

James giró la cabeza y la miró.

—¿Cómo?

Kelly se dio cuenta de que se había ido de la lengua.

—Momentos malos en los que faltaba dinero.

—Supongo que a todas las familias les pasa. ¿Cuántas veces nos hemos tumbado a ver el cielo de Texas, Kelly, dejando que las horas pasaran como si nada importara?

Treinta y cinco.

—Demasiadas como para contarlas.

—¿Recuerdas cómo íbamos?

—204 a 198.

—¿A mi favor?

—No —contestó Kelly mirando a Will, que estaba regando una piedra cerca de ellos.

—Mira, ahí está Matilda —señaló James.

—¿Dónde?

—Ahí. Justo al lado de la nube grande —contestó él acercando la cabeza—. A las once en punto.

Kelly giró la cabeza.

—No es cierto. Matilda no es tan gorda.

—Cariño, siento decirte que sí lo es.

—Lo sé, pero la quiero de todas formas.

—Eso es una de las cosas que más me gusta de ti. Que siempre intentas ver lo positivo. Siempre te las apañabas para encontrar algo bueno en mí. Por lo menos, antes. Vamos 204 a 199 —dijo besándola suavemente. Se apartó tan asombrado como ella. Se miraron y la volvió a besar con suavidad. Sentir sus labios hizo que Kelly sintiera muchas cosas. Era un beso nacido de la necesidad, pero no de la necesidad física. Era un beso diferente, que rozaba la desesperación.

Kelly lo abrazó aunque sabía que no debería haberlo hecho. No podía evitarlo.

¿Qué daño podía hacerle que la abrazara? Solo una vez.

Oyó a Will reírse y sintió el agua.

James se levantó y agarró al pequeño, que pretendía huir.

Kelly se rió a carcajadas, feliz de ver a padre e hijo, los dos amores de su vida, juntos.

Aquel olor a heno y animales sudados que conocía tan bien la golpeó mientras saludaba a conocidos en el Coliseo de Fort Worth.

Había dejado a Will con James en casa y había ido a hacer unas compras. En el camino, se enteró de que Cal había tenido que ir al rodeo a atender a una yegua que se había cortado y decidió ir para allá.

—Y ahora van a ver algo bueno de verdad —estaba diciendo el comentarista por los altavoces—. Son los últimos en participar en la prueba de derribo. El compañero de Shorty Green ha tenido que abandonar para ir a llevar a su hijo al hospital, pero le va a

acompañar un hombre que hace dos años ganó el título al mejor vaquero. Señoras y señores, un aplauso para Shorty Green y James Scott.

Kelly miró y vio a James montado, con el sombrero bajo y la cuerda preparada.

Miró nerviosa a un lado y a otro y se preguntó dónde estaría Will.

Oyó el ruido metálico y supo que la vaquilla había salido. Luego oyó el rugido del público indicando que James había conseguido echarle el lazo. Un segundo rugido le dejó claro que Shorty había conseguido atarla.

Se subió a una de las vallas y miró a ver si veía a su hijo entre la multitud.

Nada. Se bajó y corrió hacia el lugar donde James iba a estar cuando abandonara la arena.

—Bien —dijo el comentarista—, vamos a ver lo que dice el cronómetro: 6,50.

Los nuevos ganadores son Shorty y James.

Kelly se abrió paso entre el público furiosa y preocupada. ¿Habría llevado James a Will a aquel lugar? Confiaba en que no porque allí se podía producir un accidente con un animal en un abrir y cerrar de ojos. «Dios mío, que no le haya ocurrido nada».

Cuando llegó junto a James, él estaba rodeado ya de chicas y vaqueros. Sintió que se le salía el corazón del pecho.

—¿Dónde está Will?

—Está bien —contestó agarrándola del brazo—. Lo dejé con Sara para venir a ayudar a Cal.

—Gracias a Dios —dijo mirando al caballo del que acababa de desmontar James

—. ¿Era esta la emergencia?

—Sabes que no. Cal me dijo que podía coser él solo a la yegua y Shorty necesitaba un compañero. Así de sencillo.

—De sencillo no tiene nada —contestó ella sintiendo una ira que no sabía de dónde le llegaba. Era como una bola de nieve, pero no sabía dónde se había originado—. ¿De verdad lo has hecho por tu amigo o por el peligro que necesitas sentir de vez en cuando?

James la condujo entre la gente hacia las puertas que daban fuera.

—No vine a participar. Cuando Cal venía para acá, pensó que el animal podría necesitar grapas internas y externas y me llamó para que lo ayudara. Entonces, sucedió lo del hijo de Marty y se lo tuvieron que llevar a urgencias. Cal me dijo que se las apañaba solo, así que me ofrecí a ser el compañero de Shorty para que no perdiera el dinero que había pagado por participar. Tú habrías hecho lo mismo.

—No. Si quieres ser de verdad el padre de Will, deberías empezar a acordarte de tu hijo y dejar de poner a todo el mundo antes que él.

Kelly vio algo parecido al dolor en sus ojos, pero se evaporó tan rápido que se preguntó si no habría sido un efecto de la luz.

—Sé perfectamente que tengo un hijo. Llevaba un mes sin participar en ningún rodeo y no iba a participar en este.

Kelly había creído que había cambiado. Creía que no había sido por ella, pero esperaba que hubiese sido por su hijo.

—¿Qué harás cuando Will crezca y haga cosas porque le dé la gana?

—Depende de lo que sea. Hablaré con él. Estás rabiosa porque no tenías previsto que participara. No estaba en ninguna de tus listas.

Kelly deseó dejar de sentir aquel nudo en el estómago.

—Vine para que pasaras tiempo con tu hijo y tú mira lo que te dedicas a hacer.

¿Qué quieres que piense?

—No lo sé, Kelly. Hace tiempo que no me escuchas. Quiero que Will crezca sabiendo lo que es la amistad, es decir, dispuesto a ayudar a los demás cuando lo necesiten, quiero que aprenda a dar y a recibir. Me parece que tú deberías empezar a aprender esa lección también —contestó apretando las mandíbulas —Kelly intentó controlarse tomando aire—. ¿Qué pasa, Kel? No creo que te hayas enfadado tanto por que tenga amigos.

Kelly no podía hablar de lo sola que se sentía. Intentó hacer resurgir de sus cenizas aquella indiferencia que había mostrado tantas veces de pequeña cuando tantas parejas que le habían prometido quererla siempre la devolvían al orfanato. Esa vez, no le sirvió para que el dolor desapareciera. Seguramente, porque ya no creía en los milagros ni en nadie más que en ella.

James le levantó la cara agarrándola del mentón.

—He dejado a Will con Sara para que no le pasara nada. Al hijo de Marty se lo han tenido que llevar porque un caballo le ha golpeado. No podría soportar que a Will le pasara lo mismo. Si hubiera venido conmigo, jamás habría participado.

Maldición, Kelly, lo quiero.

Aquella confesión la pilló por sorpresa. No había previsto que lo quisiera tan pronto. Aunque había aprendido hacía mucho tiempo que las palabras no siempre eran ciertas, quería creer a James. Muchas parejas adoptivas le habían dicho que la querían y no había sido cierto. No quería que su hijo conociera ese dolor nunca, así que se aferró a las palabras de James como a un clavo ardiendo.

Siempre había confiado en él. Debía admitir, aunque le costara, que se había portado como un padre responsable no llevándolo allí. Lo único con lo que debía lidiar era la inseguridad que sentía en todo lo que tenía que ver con James.

—Vamos a recoger a Will y vámonos a casa —propuso él—. Tenemos que sentarnos a hablar largo y tendido.

—No pienso cambiar de opinión. Lo que he dicho sobre Will, lo he dicho muy en serio. No quiero que se pase la vida esperando a que tú termines de hacerles favores a tus amigos y tengas tiempo para él. Se merece algo más. Se merece todo tu tiempo.

—Estoy de acuerdo, pero me estás juzgando según una serie de prejuicios que te has formados sobre mí y siento decirte que te has equivocado.

Kelly suspiró.

—James, vengo aquí y te encuentro desmontando de un caballo. ¿Qué quieres que piense?

—Que he hecho algo honrado y bueno. Me estaba yendo para ir a buscar al niño.

Kelly lo miró, demasiado cansada para seguir discutiendo.

Un vaquero pasó a su lado y felicitó a James.

—Muy bien —le dijo mirando a Kelly—. Ya veo por qué tenías tanta prisa por irte.

—¿A qué se refería? —preguntó ella cuando el hombre hubo entrado.

—Jed me había dicho que nos fuéramos a tomar unas copas luego, pero le dije que no podía.

—¿Por qué?

—Porque no quería dejar a Will demasiado tiempo en casa de Sara —contestó mirando el reloj—. Si nos damos prisa, llegaremos a tiempo para meterlo en la cama a su hora.

—Me has dicho que ya no participas, ¿no? —preguntó sintiéndose menos enfadada y más culpable. Quizás, se había pasado—. Me he preguntado muchas veces cómo iba a afectar nuestra presencia a tus rodeos.

—No es ningún problema. Hacía tiempo que no participaba en serio.

Kelly recapacitó y se dio cuenta de que no había mencionado nada de los rodeos en el mes que llevaban allí. Se preguntó si no se habría equivocado en más cosas.

—James, lo siento. No tenía derecho a decirte todo lo que te he dicho. He tenido un día muy duro y estoy cansada.

—No pasa nada.

James se inclinó para besarla, pero ella dio un paso atrás.

—Voy a buscar a Will —dijo entrando en su furgoneta repitiéndose que era una cobarde. Se quedó allí sentada un rato en la oscuridad. ¿Tendría razón James? No sabía qué pensar. Se había equivocado muchas veces con él.

Antes de amantes, habían sido amigos y él la había ayudado muchas veces, como había hecho con Marty. No tenía derecho a enfadarse por eso. La preocupación por Will no era excusa.

Decidió pedirle perdón otra vez y pensar, de ese momento en adelante, lo que iba a decir antes de abrir la boca.

La noche siguiente, cuando entró en la cocina, se encontró a James dándole un plato de macarrones con queso a Will.

Kelly llevaba unos pantalones vaqueros cortados y una camiseta muy grande que escondía más de lo que revelaba. Tenía el pelo recogido en un moño extraño parecido a un nudo e iba descalza.

Cuando vio que James había hecho la cena mientras ella se duchaba, se paró y sonrió.

—Vaya, ¿debería ponerme contenta? ¿Otra vez hígado con cebolla? —preguntó riéndose. Su risa iluminó la estancia.

James nunca la había deseado tanto como en aquello momentos.

—No, señorita Sabelotodo. De vuelta a casa he comprado barbacoa. Recuerdo que te gustaba mucho.

—Mmm. Qué bien. Estoy muerta de hambre.

James sintió un imperioso deseo de abrazarla y estrecharla entre sus brazos, pero tuvo que contentarse con recoger la cuchara que Will acababa de tirar al suelo.

—Me han dicho que la barbacoa aporta más hierro que el hígado.

Kelly se paró ante las cajas de comida, cerró los ojos y aspiró el maravilloso aroma.

—Eso seguro porque, por mucho hierro que tenga una comida, si no te la comes, poco hierro te va a aportar.

Kelly se sirvió un buen plato y se sentó a la mesa al lado de Will. James deseaba que entendiera que se preocupaba por el futuro de su hijo, pero parecía estar ya condenado y sentenciado. Desde que ella había vuelto, le parecía estar montado en una montaña rusa descontrolada.

—No me apetece nada que vuelvas a la universidad y dejar de veros. ¿Por qué no lo dejas?

—Siempre he querido ser veterinaria. Me encanta trabajar con caballos. Quiero volver a la universidad y terminar mis estudios, pero Will es lo más importante. El año pasado, me excedí. El estar aquí contigo y con el niño me ha hecho darme cuenta de que he caído en una espiral de estudio demasiado dura. He creído estar gravemente enferma y eso me ha hecho abrir los ojos. No pienso volver a hacerlo.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Sus ojos se encontraron.

—Ya has hecho mucho más de lo que creía. Me has ayudado a ver lo que de verdad importa en la vida… estar con Will. La próxima vez podría no ser anemia. Si alguna vez me pasara algo, me gustaría que no me recordara como una adicta al estudio.

James se puso de pie y sirvió una taza de leche a la que añadió chocolate en polvo.

—Me gustaría que la universidad estuviera más cerca. Me preocupáis.

Kelly frunció el ceño.

—No hay motivos para ello. Me alegro de haber venido y de que Will pase tiempo contigo, pero no hace falta que te preocupes por nosotros porque estamos bien.

—Tu mamá es muy cabezota —dijo dándole la taza al pequeño.

Will asintió y señaló a Kelly.

—Mamá.

James se quedó mirándolos. No quería que se fueran. Quería estar con su hijo. Y

quería ver a la Kelly de antes y volverla a besar. Y, si lo hacía, no iba a ser un beso entre amigos.

Necesitaba alejarse de ella para recuperar el control, así que se fue hacia la puerta trasera.

—Ahora vuelvo. Voy a dar de comer a los caballos.

—Caballoz —gritó Will—. Con papá.

A Kelly se le cayó el tenedor y ahogó un grito de sorpresa.

James se paró en seco con un nudo en la garganta e invadido por un gran orgullo.

—No creí que supiera esa palabra —comentó Kelly.

—Soy su padre, Kel. Cuando estamos solos, siempre me refiero a mí mismo como «papá». Papá le lleva fuera, ayuda a papá a dar de comer a los caballos. Nunca me lo había llamado antes.

—Es que me ha sorprendido oírselo.

—¿Por qué? —preguntó él levantando al niño—. Al fin y al cabo, soy su padre.

—Ya lo sé. Simplemente, me ha tomado por sorpresa. Sé que es una tontería, pero, por un momento, he sentido como si lo estuviera perdiendo. Es absurdo.

James nunca había pensado hasta aquel momento cómo se estaría sintiendo ella. Había tenido al niño para ella sola durante dos años y, de repente, debía compartirlo.

—Porque me llame papá, no quiere decir que te quiera menos.

—Ya lo sé. Me alegro mucho de que Will esté aquí contigo, pero no quiero que sufra.

—¿A qué te refieres?

—Cada día que pasa, más tiempo pasa contigo y más te quiere. Bien. Para eso lo traje.

—¿Pero?

—¿Qué pasará cuando volvamos a la universidad? ¿Qué pasará el mes que viene? ¿Y el año que viene? ¿Vas a seguir estando ahí cuando te necesite?

—Nadie sabe lo que el futuro nos depara, pero, sí, pretendo

estar ahí todos los días.

Kelly lo miró aliviada.

—No quiero que Will se sienta nunca atrapado entre nosotros dos. Quiero que sea feliz y creo que lo será si nosotros somos amigos.

Will se rió y James lo dejó en el suelo.

—¿De verdad quieres que seamos amigos?

—Por supuesto —contestó ella sin mirarlo a los ojos—. ¿Qué más podría pedir?

—Una relación.

—¿A qué te refieres?

—Yo no quiero ser tu amigo.

—¿Cómo?

—No sé —contestó sin saber lo que estaba diciendo.

—¿A casarnos?

—No exactamente.

Kelly se rió nerviosa, sin ganas.

—Menos mal. Me había asustado. ¿Si no hablabas de boda qué propones?

—No lo sé, pero no puedo dejar de darle vueltas a lo que pasó entre nosotros antes de que te fueras.

Kelly se mordió el labio inferior.

—¿Te refieres a aquella noche?

—Sí, Kel, me refiero a eso.

—No me parece una buena idea. Si no funcionara, Will pagaría los platos rotos.

Yo tengo que volver a la universidad y tú sigues con los rodeos.

James seguía sin entender qué problema le planteaba que compitiera de vez en cuando. El rodeo era un buen deporte. Había muchos equipos de padre e hijo en el circuito. Era un deporte duro, que requería talento y dedicación.

Sonrió.

—Tal vez, tendríamos que intentarlo y ver qué pasa.

—James, de verdad, me parece que sería meternos en un problema. Mira lo de anoche. Quiero decir, siento cómo reaccioné —frunció el ceño—. Sí, admito que me pasé. Sé que obré mal, pero no sabía dónde estaba Will y me asusté mucho.

—Siempre va a haber momentos en los que no estemos de

acuerdo.

—Pero si no somos capaces de arreglarlo, Will estará en mitad de un fuego cruzado —dijo agarrando al niño—. Voy a bañarlo.

James la miró mientras salía de la cocina a toda prisa y se preguntó si podrían tener alguna vez una conversación entera sin que ella saliera huyendo.

De repente, recordó la palabra que empezaba por *m* que había dicho Kelly.

Matrimonio.

La idea de compartir su vida, como ya estaba haciendo, con ella y con el niño, con la diferencia de despertarse todos los días a su lado no lo asustó tanto como lo habría hecho unos años atrás.

El problema era que, si se casaba con ella, Kelly iba a querer más. Querría que viviera según sus reglas.

Y eso era algo que nunca había podido hacer.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, Kelly bajó de su furgoneta y se dispuso a esperar a Cal.

Tenían que ir a ver qué tal estaba el potro de Spencer Jefferson.

No podía dejar de recordar la conversación de la noche anterior. La propuesta de James la había sorprendido casi tanto como la había tentado.

No se planteaba ni por asomo vivir para siempre con James porque no era un buen ejemplo para Will. Aunque su relación fuera completamente platónica, la gente hablaría. A ella le daba igual lo que dijeran los demás, pero no quería que su hijo sufriera por comentarios malintencionados.

Cal salió de su casa y Sara le siguió con Jessie.

Kelly se acercó a Sara, sonrió y tocó los dorados rizos de su hija.

—Es una muñeca. Debes de estar tan orgullosa de ella.

—Lo estoy, casi tanto como James de Will —contestó Sara—. Se le dan muy bien los niños.

—James es el padrino de Jessie —puntualizó Cal.

—¿Confías tanto en él que crees que podría educar a Jessie? ¿Y los rodeos? —

preguntó asombrada de estar diciendo en voz alta sus preocupaciones.

Cal la miró sorprendido.

—James tiene buen corazón. Sé que haría todo lo que fuera necesario para encargarse de mi hija.

Mientras Cal besaba a su mujer y a su hija, Kelly fue hacia su furgoneta. Sabía que James era un buen hombre. Cal y Sara no tenían la menor duda sobre su capacidad para hacerse cargo de su hija. Y, desde luego, se había portado de cine con ella y con Will.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó a Cal.

—Primero, ir a ver al potro de Jefferson y luego al rebaño de Duffy. Va a ser una dura jornada.

Kelly se colocó el móvil en el cinturón.

—Una cosa más. Cuando te fuiste, James lo pasó muy mal. No quiero saber lo que está pasando entre vosotros, pero espero que pienses lo que estás perdiendo antes de volverlo a abandonar. Por ti

y por Will.

Kelly se había pasado toda la vida buscando a alguien que la quisiera de verdad. Creyó encontrarlo en James, pero lo sacrificó todo por pasar una noche en sus brazos.

Y su mundo se tambaleó.

Tras escuchar a Cal y a Sara, se preguntó si no habría dejado que las heridas del pasado le impidieran ver al verdadero hombre que había tras el guaperas.

James había ido a ver a un caballo al que había puesto un tratamiento que había resultado ser idóneo. El animal estaba mucho mejor. Cuando se estaba lavando las manos, sonó el teléfono de la clínica.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con Kelly Mathews, por favor?

—No está en este momento. ¿De parte de quién?

—La llamo de la guardería —contestó la mujer visiblemente preocupada—.

¿Sabe dónde podríamos encontrarla?

—¿Hay algún problema?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Lo siento, pero no estoy autorizada a decírselo.

—Soy James Scott, el padre de Will. Puede decírmelo.

—Bueno, no sé. No está usted en la lista de contactos.

—Señorita, le aseguro que soy su padre. ¿Qué pasa?

—¿Le dará el mensaje a la señorita Mathews?

—Por supuesto —contestó perdiendo la paciencia.

—Dígale que venga a recoger a su hijo cuanto antes.

—¿Por qué?

—Está enfermo.

—Esta mañana estaba bien.

—Tiene fiebre. Cuando ha entrado de jugar, lo notamos demasiado acalorado y tiene 39,9°C. Es muy alta, podría ser peligroso, hay que llevarlo al médico.

—Voy para allá.

—Pero usted no está en la lista.

—Señorita, su lista me da igual.

Ya en carretera, llamó a Kelly al móvil. Le saltó el contestador y

le dejó un mensaje diciéndole que el niño estaba enfermo. Llamó a Sara, pero no estaba. Lo intentó también en el móvil de Cal, pero nada. En ambos sitios, también dejó un mensaje.

Veinte minutos después estaba entrando en la guardería a toda prisa.

—Hola, soy James Scott. He venido a buscar a mi hijo, Will Scott. ¿Podría decirme dónde está?

La señorita de la recepción sonrió.

—Lo siento, pero no tenemos ningún niño con ese nombre.

—Pero si me han llamado para decirme que estaba enfermo.

—Ah, se refiere usted a Will Mathews.

¿Mathews? El apellido de soltera de Kelly. James se sintió herido y furioso. ¿Por qué no llevaba su apellido? Will tenía que llevarlo, era su derecho y su herencia. Ya hablaría con Kelly sobre ese tema, pero primero debía ocuparse del niño.

Le condujeron a una habitación donde había varios niños jugando. Una mujer que estaba apartada en un rincón tenía a Will en brazos.

Se acercó y lo agarró. Se asustó al ver la languidez del niño y salió corriendo del edificio sin decir palabra.

Al salir, la mujer con la que había hablado por teléfono le siguió y le dijo que no podía llevarse al niño. James le aseguró que era su padre, que Will estaba enfermo y que se lo llevaba al médico.

Metió a Will en la furgoneta, encendió el motor y se alejó. La mujer se quedó en la acera, tras haberlo amenazado con llamar a la policía porque su nombre no estaba en la maldita lista y no le podían entregar al niño sin permiso de su madre.

James confió en que no lo hiciera. Le tocó la frente a su hijo y rezó para que le diera tiempo de llegar al hospital antes de que lo detuvieran.

Volvió a llamar a Kelly y le dejó otro mensaje diciéndole que estaba en el médico de Jessie. Agarró al niño y lo sacó de la furgoneta rápidamente. Estaba ardiendo. A James se le hizo un nudo en la garganta.

Al entrar, lo informaron de que el doctor Parker estaba con otro paciente, así que una enfermera joven se hizo cargo de Will.

Pasaron a una sala de exploración y le indicó que lo pusiera sobre la camilla y lo desnudara.

Comenzó a hacerlo, pero le temblaban las manos, así que la enfermera lo hizo por él. Le puso el termómetro y esperó. El aparato pitó y la mujer comprobó la temperatura.

—Salga al pasillo y diga a la primera enfermera que vea que necesitamos inmediatamente al doctor Parker. A este niño hay que bajarle la fiebre como sea.

James salió a toda velocidad sin decir palabra, agarró a la primera que vio vestida de blanco y le dio el mensaje.

Volvió dentro junto a su hijo. La enfermera le estaba pasando una toalla húmeda por el cuerpo y le indicó que la reemplazara. El niño estaba ardiendo y James se sintió morir. En ese momento, entraron dos agentes de policía.

—¿Es usted James Scott? —preguntó uno de ellos.

—Sí —suspiró él.

—¿Es este el niño que se ha llevado usted de la guardería?

—Sí, es mi hijo.

—Perdonen, pero van a tener que solucionar esta cuestión fuera de aquí —

interrumpió el doctor Parker.

—No pienso separarme de mi hijo.

—No puedo curar al niño si están todos aquí discutiendo. Hagan el favor de salir.

James accedió de mala gana. Una vez fuera, los agentes le pidieron que se identificara y que les contara lo sucedido.

Cuando iba por la mitad, entró Kelly corriendo.

—¿Dónde está Will? ¿Qué ha pasado?

Sin importarle lo que pensaran los agentes, la abrazó con fuerza. Estaba pálida y temblando. Lo necesitaba.

Y él también la necesitaba.

Kelly se apoyó en él. Necesitaba su fuerza.

—¿Dónde está Will? —preguntó viendo a los dos policías—. ¡Oh, no! ¿Qué le ha pasado? —añadió cayendo al suelo.

James la agarró del brazo y la levantó.

—El médico lo está viendo en estos momentos —contestó James secándole las lágrimas.

—Entonces, ¿qué hace aquí la policía?

—La guardería los llamó para denunciar que me había llevado al niño.

—¿Por qué?

—Porque no les dijiste que Will era mi hijo.

Kelly dio un paso atrás.

—Nunca pensé que tuvieras que ir a buscarlo.

—¿Es usted la madre del niño? —preguntó uno de los agentes.

—Sí. Soy Kelly Mathews.

—¿Es este hombre el padre?

—Sí, sí.

—¿Quiere usted interponer una denuncia por secuestro?

—No, claro que no —contestó ella mirando a James, que estaba pendiente de la puerta que ella tenía detrás.

—Bien, entonces, nosotros nos vamos. Suerte.

En el mismo momento en el que los policías salían, se abrió la puerta y apareció el doctor Parker.

James le pasó el brazo a Kelly por los hombros y ambos entraron en la sala.

—¿Qué es? —preguntó James.

—Una infección de oído y garganta —contestó el médico—. Le he recetado antibióticos. Vigílenlo esta noche y, si mañana la fiebre no ha bajado, me lo vuelven a traer.

El doctor Parker se despidió de ellos y se alejó con la enfermera. Kelly se acercó a la camilla. El niño se puso a lloriquear al verla. Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Lo agarró y lo apretó contra su corazón. La había necesitado y no había estado junto a él. Había hecho lo que se había jurado que jamás haría. Le había fallado.

Se dio cuenta de que el niño quería que lo soltara. Quería irse con James.

Aunque quería seguir abrazándolo, se lo dio a su padre. Al ver que el niño reposaba la cabeza en su hombro casi hizo que se cayera al suelo. James cerró los ojos, lo acunó y le dio un beso en la frente. Kelly se sintió como una intrusa y tuvo que sentarse.

Sabía que el que hubiera preferido irse con su padre no quería decir que el niño no la quisiera. Lo importante era que se iba a poner bien.

—Nunca pensé que una infección de oído fuera tan fuerte —dijo James mientras vestía al niño.

Kelly cerró los ojos. Las lágrimas la estaban abrasando y no

podía hablar.

James fue hacia ella con Will en brazos.

—¿Qué te pasa, Kel?

—Mi bebé me necesitaba y yo no estaba a su lado. ¿Qué clase de madre soy? —

preguntó llorando.

—Shh. Eres una buena madre. Nada de esto ha sido culpa tuya.

—Sí, sí es culpa mía.

—No, cariño —le dijo abrazándola y dándole un beso en la frente.

Kelly no quería necesitarlo, pero era así. Se dejó abrazar. Se sentía mucho mejor en sus brazos. Solo un minuto más.

Sus caricias la tranquilizaron aunque no podía dejar de pensar qué podría haber ocurrido si James no hubiera estado allí.

Una enfermera les dio las indicaciones de los antibióticos y James le pasó al niño para ir a pagar.

Kelly recordó que cuando era pequeña y se ponía enferma siempre deseaba que alguien la abrazara y se preocupara por ella. Le partía el corazón pensar que su hijo hubiera llorado porque la necesitaba y ella no había estado allí.

Pero James, sí.

James se acercó de puntillas a la cuna de Will precedido por Kelly. Se inclinó y le tocó la carita. La fiebre había bajado, como había dicho el médico, tras administrarle el antibiótico.

Sabía que, tal vez, no debería hacerlo, pero abrazó a Kelly y, asombrosamente y por primera vez, ella no opuso resistencia. James sintió un inmenso placer.

—Sabes mucho más de niños que yo —dijo él.

—Bueno, eso es porque yo he estado con él dos años y tú has tenido que aprender a pasos agigantados. Seguramente, mañana estará como siempre.

—Yo nunca volveré a ser el mismo —dijo él pensando en el miedo que había pasado.

—Cuando nos vayamos, tu vida volverá a ser la misma de antes.

—¿Crees de verdad que, después de haber pasado tres meses con vosotros, cuando os vayáis me voy a quedar como si tal cosa?

—Lo siento. No he querido decir eso —contestó ella dando un paso atrás con los ojos como platos.

—Will es mi hijo y me preocupo por él… y por ti. Cuando te vayas a la universidad, eso no va a cambiar. ¿No has pensado en buscarte una universidad más cerca?

—Sabes tan bien como yo que solo hay una en todo el estado con licenciatura en veterinaria.

—Lo sé. No sé en qué estaba pensando —dijo él—. Sé que tienes un proyecto de vida y sé que quieres terminar la universidad, pero no olvides que en esta vida hay cosas más importantes que tener una carrera y cumplir objetivos.

—Lo sé, James. Tú me lo enseñaste hace años, pero con el trajín de los estudios se me había olvidado. Volver me lo ha recordado.

—No te planteas cambiar de universidad, ¿verdad? —le preguntó.

Se miraron a los ojos y James no entendió la tristeza que vio en los de Kelly.

—Ojala pudiera. Sé que Will necesita estar contigo, pero estar yendo y viniendo todo el rato no es compatible con mis estudios. Sé que lo entiendes.

—Sí, pero quiero ver a Will. Cuanto más lejos estés, más difícil será.

Kelly se soltó y miró a su hijo, que dormía.

—No sé qué decirte a eso —comentó. Se calló como buscando las palabras adecuadas—. Quiero que veas a Will siempre que quieras, pero cuando me gradúe no sé dónde iré a trabajar. Puede que no puedas verlo tanto como quisieras.

A James no le gustó oír aquello.

—Kel, haré lo que sea para verlo. Me he recorrido el país entero cuando competía. Viváis donde viváis, iré a verlo.

Y a ti.

—No quiero que te sientas obligado.

—Es mi hijo. Claro que estoy obligado.

—Bueno, atrapado es más bien a lo que me refiero. Tú no has buscado todo esto y no quiero que te sientas atrapado.

—No me siento así —contestó James dándose cuenta de que no se había sentido atrapado en ningún momento. Lo que se sentía era frustrado por no conseguir que Kelly entendiera ciertas cosas—. La otra noche te propuse que retomáramos nuestra relación donde la habíamos dejado…

—Mira, James, no sé, no creo que…

—¿Por qué no?

—Porque no es la idea que yo tengo de formar una familia. No creo que nos fuera bien viviendo juntos.

—Ya vivimos juntos y nos va bien.

—Ser amigos no es lo mismo que vivir juntos y lo sabes.

—Me estás contestando con evasivas.

—No sé lo que quieres que te diga —dijo alejándose de él y mirando al suelo—.

Creo que es mejor que sigamos siendo amigos. Es lo mejor para Will.

—Mírame —dijo acariciándole la mejilla.

—Ya te miro —contestó ella dejando que le echara la cabeza hacia atrás.

—Estamos bien juntos.

—¿Te refieres a la cama?

James sonrió y se encogió de hombros.

—Bueno, no iba a hablar de aquello, pero, ya que lo mencionas, es un buen punto de partida para la conversación.

—Mira, James —le dijo mirándolo exasperada—, me estás volviendo loca.

Aquello fue hace tres años y mira lo que pasó.

—Sí, un hijo precioso —apuntó él acariciándole el óvalo de la cara.

Kelly sonrió.

—En eso tienes razón. No te lo voy a negar.

—Dejando a Will aparte. ¿No sientes lo que hay entre nosotros? —le preguntó acercándola a su cuerpo—. Es más que una simple amistad.

—Ya lo intentamos y no funcionó —contestó ella con la respiración entrecortada.

—No le diste tiempo a funcionar. Nos llevamos estupendamente, casi nunca discutimos. ¿Por qué no iba a funcionar?

—Porque, porque… no sé por qué, pero no funcionaría —James la besó en la frente, en la sien y en la oreja. Kelly le puso las manos en el pecho y se apartó—.

Somos amigos y los amigos no se besan.

James vio que dudaba, así que la agarró de la nuca y la volvió a

acercar.

—Este amigo sí te besa.

Kelly gimió mientras lo abrazaba y él la besaba sin parar.

—No podemos vivir así.

—¿Por qué?

—Somos muy buenos amigos. Me conformo con eso —dijo Kelly.

—Eso no es cierto y, si quieres, te lo demuestro —le dijo agarrándola de las caderas y haciéndola ir andando hacia atrás hasta que se dio contra la pared. Se inclinó sobre ella y le demostró lo mucho que la deseaba—. Llevas aquí diez semanas y no he intentado nada. Solo te he besado unas cuantas veces. No es que no me hubiera gustado, me he tenido que dar más duchas de agua fría que en toda mi vida, pero no quería tocarte. ¿Sabes por qué? —Kelly negó con la cabeza—. Porque quería que te dieras cuenta de que no se trata de un revolcón. Quiero que veas que soy un hombre en el que puedes confiar, un hombre responsable. El problema es que no te saltas tus estúpidas normas y no me das la ocasión de demostrártelo. Estoy harto de hablar. Estoy harta de esperar a que percibas lo que es más que obvio. Nada de lo que he intentado ha dado resultado. Cada vez que hago algo que te hace preguntarte si no te habrás equivocado al juzgarme, te sacas una nueva regla de la manga. Solo me queda una sola forma más de llegar a ti, algo que todavía no he intentado. Te voy a besar hasta que no puedas ni pensar. Tal vez, entonces, te dignarás a escucharme.

Kelly no se resistió cuando él se acercó y amoldó su cuerpo al suyo.

—James, por favor…

—¿Por favor qué? —le dijo acariciando sus curvas. Se moría porque ella reconociera lo que él ya sabía—. Dime que quieres que volvamos a tener lo que teníamos antes. Maldita sea, Kel, me estás volviendo loco de deseo —sus bocas se encontraron y Kelly lo besó con pasión—. Dime que no estamos bien juntos. Dime que no funcionaría.

Kelly abrió los ojos de repente. Su mirada azul lo estaba abrasando. Kelly se apoyó en la pared y lo apartó de sí de un empujón.

—Maldita sea, James, no me puedo creer que hayas caído tan bajo como para intentar seducirme. No puedo creer que hayas

intentado utilizar la debilidad que siento por ti para salirte con la tuya.

—Debilidad —repitió él con una sonrisa diabólica—. No sabía que provocaba ese efecto en ti.

—¿Por qué me pides esto ahora?

—Porque te quiero a ti y quiero a mi hijo. Y, por cierto, quiero que mi hijo lleve mi apellido.

—¿Cómo te has enterado?

—En la guardería.

—¿O sea que quieres cargar conmigo solo para ponerle a Will tu apellido?

—Estás tergiversando mis palabras.

—No creo. No tienes que comprarme para darle tu apellido. Un abogado te lo hace por un módico precio. James, eres el padre de Will y mi mejor amigo. Ya puse nuestra amistad una vez en peligro y no pienso volver a hacerlo.

—Soy el único hombre de mi familia. Si Will no lleva mi apellido, morirá conmigo. Puede que a ti no te importe, pero a mí, sí.

Kelly le acarició el brazo.

—No lo he hecho para herirte. Simplemente, no se me ocurrió.

—Sé que no lo has hecho para herirme. Puede que haya exagerado un poco, pero, de verdad, quiero que Will lleve mi apellido.

—Muy bien. Pues se lo cambiamos. vámonos a la cama. Cuando nos queramos dar cuenta, van a ser las seis de la mañana.

James sonrió.

—Estaba esperando que lo dijeras —Kelly negó con la cabeza y señaló la puerta

—. Mira, cuando creo haber entendido por dónde van los tiros, vas tú y cambias las reglas. Para que lo sepas, estoy orgulloso de Will y quiero ser su padre legalmente.

—Es exactamente como tú. Espero que sepas en lo que te estás metiendo.

James cruzó la habitación para irse y se dio cuenta de que las cosas ya nunca volverían a ser igual que antes de que llegaran Kelly y Will.

Se dio cuenta de lo triste que era antes su vida… solo, con los

recuerdos de aquella noche.

No, no pensaba rendirse, no iba a tirar la toalla. De una forma u otra, tenía que conseguir que Kelly cambiara de opinión y quisiera quedarse.

Sin que él se lo pidiera.

Capítulo 9

Kelly se levantó en cuanto oyó llorar a Will. Cuando llegó a la cuna, James entró en la habitación. Agarró al niño y le tocó la frente.

—Está caliente, pero no mucho —suspiró aliviada—. ¿Qué hora es?

—Las dos y media.

Kelly se preguntó si James se habría dado cuenta de que iba en calzoncillos. No podía quitarle los ojos de encima.

—Hay que darle la medicina. Supongo que, además, tendrá sed.

James la siguió a la cocina, le dieron las pastillas y agua, Kelly le cambió el pañal y lo sentó en una silla.

Cerró los ojos y aspiró su olor de bebé, de inocencia y percibió que tenía a James cerca. Al abrir los ojos, no pudo por menos que sonreír al ver que se había puesto unos vaqueros. No podía apartar la mirada del primer botón, que se había dejado desabrochado. Aquel hombre debería tener prohibido llevar vaqueros. Le quedaban demasiado bien.

—Confieso que prefiero vérmelas con un potro salvaje —dijo James— que volver a pasar por lo de ayer. Me sentí inútil y me asusté mucho.

—Yo creo que lo hiciste bastante bien —contestó ella acariciándole la mano—.

Aunque los de la guardería no te lo pusieran fácil.

De repente, lo vio claro. James lo había hecho todo bien. Se había estado sacrificando todo el verano para ayudarla. Habían aparecido de repente, pero él los había aceptado en su casa inmediatamente. Seguramente, después de lo que había hecho, muchos hombres no habrían reaccionado así de espléndidamente. Sabía que se había equivocado. Jamás tendría que haber mantenido a padre e hijo separados.

Menos mal que había recobrado el sentido común antes de que fuera demasiado tarde.

Había cambiado. Aunque siguiera jugándose la vida de vez en cuando, James Scott había crecido por fin.

Se había hecho con Will, que era un niño de lo más travieso. En

cuanto al niño, lo adoraba.

Como ella.

Solo pensar que se tenían que ir, se le partía el alma. Amaba a aquel hombre. Lo amaba tres años atrás y seguía amándolo. Lo único que quería era que la abrazara…

y que también la quisiera.

Suspiró. No podía aceptar lo que él le había propuesto. Si lo intentaban y no salía bien, la relación de Will con su padre se podría ver afectada y eso era lo último que ella querría.

James observó a Kelly acunar al niño. En vez de contagiarle su tranquilidad, le sumió en un maremoto de sentimientos.

Al ver que le tocaba el pelo, recordó cuando él había sido el que había recibido sus caricias. Se moría por que lo volviera a mirar con adoración, por que se perdiera entre sus brazos y por amarla una vez más. Si tuviera la oportunidad de rememorar aquella noche, la abrazaría con fuerza para que nunca se fuera.

Las miradas de reojo que ella le dedicaba le hicieron preguntarse si Kelly no estaría pensando también en aquella noche, que parecía haber tenido lugar hacía una eternidad.

Al pensar que se iba a ir, se desesperaba. Tenía que ver que había cambiado. Él no quería ser su amigo.

Se dio cuenta de que tenía una expresión sombría.

—Kel, cariño, ¿qué te pasa?

—Nada —contestó sin mirarlo. James agarró al niño, que estaba dormido, y lo metió en la cama. Luego, agarró a Kelly y la tomó en brazos—. ¿Qué haces?

—Te llevo a la habitación de al lado para que podamos hablar sin despertar a Will —contestó entrando en el salón y sentándose en el sofá con ella en su regazo.

—No hay nada de lo que hablar —dijo Kelly apoyando la cabeza en su hombro.

James le apartó varios mechones de la cara.

—Entonces, ¿por qué estás tan disgustada?

—Porque lo que pasó ayer hizo que me viera de otra manera y no me gusta la persona que soy.

—No te entiendo.

—En los tres años que he estado fuera de aquí, me he matado. Con todas las clases, los estudios y el trabajo no he tenido mucho

tiempo de estar con Will. No me he dado cuenta hasta que he venido aquí, donde todo va mucho más despacio.

—Yo creo que deberías estar orgullosa de ti misma por haber conseguido tantas cosas en tan poco tiempo. Espero que Will se dé cuenta algún día de lo que has sacrificado por él.

—Ese es el problema… es de lo que me acabo de dar cuenta —dijo con un profundo suspiro. Lo que estoy sacrificando es lo que más anhelo tener: tiempo para estar con mi hijo. No sé si he perdido el norte por completo. Al ver a Will enfermo, me he preguntado si no me habré equivocado con mis prioridades. No sé si dejar la universidad.

James se sintió invadido por mil sensaciones diferentes, de la preocupación a la alegría Pero, no, no podía dejar que tirara por la borda todo. No podía dejar que Kelly hiciera lo que su padre había pretendido que hiciera él.

Kelly apretó la mejilla contra su pecho porque no quería ver su mirada acusadora.

—Siempre he intentado que Will fuera lo primero, pero creo que no he sabido hacerlo. He hecho lo que nunca quise hacer. He descuidado a mi hijo.

—Tonterías —dijo James—. Nadie se ha sacrificado tanto como tú por su hijo.

¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es cierto. Hasta este verano, he pasado muy poco tiempo con él.

Cuando estoy en clase, el niño está en la guardería y, cuando tengo que trabajar, lo dejo con la vecina. Cuando vuelva al campus, me gustaría que la situación fuera diferente, pero no creo que sea posible. Quiero licenciarme. Estoy muy cerca. Lo tenía todo previsto. Sabía que iba a ser difícil, que tendría que hacer sacrificios, pero no me di cuenta de que iba a dejar a mi hijo de lado.

—Estás exagerando. Has hecho lo que debías. Me parece que estás siendo demasiado dura contigo misma por lo que pasó ayer.

—Al final, no pasó nada, así que no te preocupes.

Kelly se levantó y se fue hacia la ventana.

—No, James, sí pasó. Mi hijo me necesitó y yo no estaba allí.

—Estaba yo —contestó él dándole la vuelta y mirándola a los

ojos.

—Sí, pero yo, no.

James dejó caer los brazos a los lados.

—¿Es tan horrible que Will me necesite?

—No —contestó ella con el corazón partido. Aunque se lo quisiera negar a sí misma, se moría por ir tras él.

—Desde que has llegado, no has parado de decir lo que crees que sería mejor para Will. Te guste o no te guste, yo voy a hacer lo que a mí me parece que será mejor para él.

—¿Qué?

James se pasó los dedos por el pelo.

—Decirte que lo mejor que puedes hacer por tu hijo es volver a la universidad y terminar tus estudios.

—Esto es serio, James. Estamos hablando de ser una buena madre.

—No podría soportar que lo tiraras todo por la borda. Mi hijo se merece algo mejor y tú, también.

—James, por favor.

—Cuando quieras irte, yo te ayudaré a hacer la mudanza al campus. No puedes dejarlo ahora. Vas a terminar la carrera. Vas a ser veterinaria.

Kelly no se podía ni mover de lo sorprendida que estaba.

—¿Por qué me animas a que siga estudiando? Creí que querías ver a Will, creía que querías tenernos cerca.

James se encogió de hombros.

—Iré a veros los fines de semana.

—Hablaste de lo que teníamos antes —dijo arrepintiéndose al momento.

—Creo que Will se merece tener dos padres a tiempo completo, pero, como tú dijiste, tal vez lo mejor para él sea que solo seamos amigos.

Aquello la descorazonó, pero se convenció de que era lo mejor.

Sí, era lo mejor.

Aunque, últimamente, se había dado cuenta de que se había equivocado muchas veces.

—No puedes pasarte aquí todo el día metida —dijo James entrando en la cocina.

Kelly acarició la taza de café.

—Ya.

—Aunque tú estés en casa, eso no quiere decir que a Will no le vaya a pasar nada.

Kelly se apretó el tabique nasal y suspiró.

—Ya lo sé, James —dijo de malas maneras. James sabía que le hablaba así porque tenía miedo. Kelly levantó la mirada y James se asustó de ver tanta angustia en unos ojos—. No lo puedo remediar. Mi hijo me necesitó y yo no estuve allí.

James se acercó y le puso la mano en la rodilla.

—Kel, esas cosas no se pueden evitar. No siempre vas a estar delante cuando sufra y yo, tampoco.

Kelly se mordió el labio inferior.

—He estado pensando en eso.

—¿En qué?

—Cuando el médico terminó de examinar a Will, yo lo agarré en brazos, pero no quería estar conmigo —contestó con un nudo en la garganta—. Quería irse contigo.

James se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Bueno, eso sería porque había pasado mucho tiempo con él.

—Lo sé.

—Estaba enfermo. No quiere decir nada.

—Sí, significa que mi hijo ha conectado con su padre —dijo echando la silla hacia atrás.

James la vio pasearse de un lado a otro.

—¿No es eso lo que querías?

—Sí, pero me hizo darme cuenta de algo en lo que no había pensado.

—¿Qué?

—Que Will ya no es un bebé. Cada vez te necesita más. Cuanto mayor sea más te va a necesitar.

James se alegró de ver que Kelly reconocía ese punto.

—Ya te he dicho que iré todos los fines de semana. Nada podrá apartarme de su vida, Kel.

—Sé lo que me has dicho, pero me he pasado toda la noche en vela pensando en lo que has estado intentando decirme. Aunque me cueste reconocerlo, tienes razón.

—¿Sobre qué?

—Will necesita a dos padres a tiempo completo —James la miró

sin saber por dónde iban los tiros—. Voy a dejar la universidad.

James se puso en pie y la miró.

—Creía que había quedado claro anoche que no lo ibas a hacer.

—No. Eso lo dijiste tú.

—No puedo permitir que lo hagas —le dijo agarrándola del brazo.

—Puedo volver a la universidad cuando él empiece a ir al colegio.

—Estoy de acuerdo en que Will crezca con sus dos padres, como nosotros, y creo que, con esfuerzo, lo podríamos conseguir —Kelly intentó darse la vuelta—.

¿Qué pasa? ¿Qué ocurre, Kel?

Ella tragó saliva con dificultad y lo miró a los ojos.

—Yo nunca conocí a mis padres.

—No lo sabía —dijo cuando consiguió reaccionar.

Kelly suspiró y dejó caer los hombros.

—Crecí en un orfanato.

James intentó ocultar su sorpresa.

—Nunca me has contado nada de tu infancia. Supuse que tendrías padres.

—Hombre, no es algo de lo que vaya hablando por ahí como si tal cosa —se rió ella amargamente.

—Me gustaría que me lo contaras, si te apetece.

—¿Por qué?

—Porque me importas y viene bien hablar de las cosas.

—Ya ha pasado, James. No va a cambiar. Ya sufrí bastante en el momento. No quiero revivirlo. Nunca.

James le levantó el mentón y la miró a los ojos.

—Eres la madre de mi hijo y me gustaría saber cosas sobre tu pasado. ¿Te importaría contármelo?

Kelly fue hacia la ventana y se puso a mirar fuera.

—Mi pasado cabría en un sello —dijo encogiéndose de hombros —. No tengo generaciones y generaciones de familiares que metan las narices en mis asuntos o que me envíen tarjetas de Navidad. No tengo ni idea de quiénes fueron mis padres —

James se acercó y la agarró de los hombros para que supiera que estaba allí—. Un barrendero oyó a un bebé llorando y me descubrió en un cubo de basura, donde me había abandonado mi madre.

—Kel, cariño, lo siento. No lo sabía. No tendría que haber preguntado. No quiero que lo recuerdes.

—No pasa nada. Ya lo tengo asumido —contestó con la barbilla levantada—. En mi certificado de nacimiento solo ponía Jane Doe. La mayoría de las casillas estaban sin rellenar porque no tenían los datos. No había nadie para dárselos, nadie a quien le importara que yo viviera o muriera —James no sabía qué decir para consolarla, así que la abrazó—. El orfanato esperaba que alguien acabaría adoptándome, pero eso nunca ocurrió. Estuve a punto de morir varias veces. El primer año de vida pasé más tiempo en el hospital que en el orfanato. Las parejas jóvenes no podían permitirse adoptar a una recién nacida con una salud tan delicada porque costaba mucho dinero.

—¿Me estás diciendo que nunca te adoptaron, que te pasaste toda la infancia en un orfanato?

Ella negó con la cabeza y sonrió tímidamente.

—A medida que fui creciendo, mi salud fue mejorando y hubo muchas familias que me llevaron a sus casas. Todo eran sonrisas y promesas, me decían que los llamara papá y mamá —se le quebró la voz.

—Cariño, no… —le dijo. No podía verla sufrir más.

—Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no me quisieron en ninguna casa. Los trabajadores sociales me decían que tenía problemas porque era una mimada. Luego, cuando cumplí diez años, empezaron a decir que, en realidad, era una rebelde —

James se dio cuenta de que estaba hablando como un autómata, se había puesto una coraza. Deseó que llorara y dejara salir aquel dolor que la tenía atenazada hacía años

—. Siempre había una excusa, siempre hacía algo mal. Llegó a tal punto que, al final, ni deshacía la maleta porque sabía que en una semana o un mes, tal vez dos…

—¿Quién te dio tu apellido?

—Cuando tenía catorce años, una pareja mayor me llevó a su casa hasta que me dijeran dónde tenía que ir. Ambos eran profesores jubilados —sonrió Kelly—. Me hablaban, ¿sabes? Al principio, intenté ignorarlos. No los contestaba, pero ellos no se rindieron. Ellos hablaban aunque yo callara. Recuerdo que llegué a pensar que estaban seniles. Un sábado, yo estaba viendo la tele y

ellos llevaban dos horas hablando. No me dejaban oír la película y me estaban hartando. Entonces, les grité y les dije que se callaran. Nunca olvidaré lo que hizo la señora Mathews —dijo sonriendo abiertamente. James supo que estaba en otro lugar en aquellos momentos

—. Sonrió a su marido y le dijo «Papá, ¿has oído? Parece que nuestra hija sabe hablar» —Kelly se mordió el labio inferior—. Nunca nadie había tenido tanta paciencia conmigo. Después de aquello, empecé a tener un miedo horrible.

—¿De qué?

—De que las autoridades decidieran que me tenía que ir a otro sitio porque, en realidad, no habían dicho que me quedara con los Mathews. Decían que eran demasiado mayores para ocuparse bien de un niño. Por eso, acabaron conmigo, porque a mí nadie más me quería. Era gracioso. A ellos los consideraban inadecuados y yo llevaba esa etiqueta desde hacía años, así que, por primera vez en mi vida, sentí que aquel era mi sitio y no quise irme. Nunca.

—¿Te adoptaron?

—Cuando me preguntaron si quería quedarme con ellos fue como si el cielo hubiera escuchado mis súplicas, pero las autoridades no dieron el visto bueno porque el señor Mathews no estaba bien de salud —contestó Kelly con una inmensa tristeza—. Supongo que pensaron que la señora Mathews no podría hacerse cargo de los dos. Yo la habría ayudado porque los apreciaba mucho. Ellos me dieron su apellido.

—¿Seguiste en contacto con ellos?

—Yo era demasiado joven para conducir y ellos, demasiado mayores. El primer año, hablamos mucho por teléfono, pero luego el señor Mathews murió. Me escapé de la casa en la que estaba en ese momento para ir a su entierro. Quise quedarme con la señora Mathews, pero no me dejaron. Tras la muerte de él, se quedó sola, perdió las ganas de vivir y murió cuatro meses después.

—Lo siento.

—Fueron los únicos que se preocuparon por mí. Pasé poco tiempo con ellos, pero sé que me querían. Lo sé. Ojala… —se le volvió a quebrar la voz—. Nunca les di las gracias por lo que hicieron por mí, no les dije que los quería. Me daba miedo decírselo por si todo se estropeaba.

—Estoy seguro de que lo sabían aunque no se lo dijeras.

James, que siempre había creído que su existencia había sido dura por la relación que había tenido con su padre, se dio cuenta de que, comparada con la de Kelly, había sido un camino de rosas.

—Tienes razón. No quiero que Will sepa jamás lo que es que no lo quieran. Me equivoqué no diciéndote que estaba embarazada. Lo siento —dijo con la misma mirada de desesperación que había tenido años atrás cuando no la habían dejado quedarse con dos personas que la querían.

James se dio cuenta de que, a pesar de que creía que la había buscado cuando se había ido porque no quería perder a una amiga, en realidad, estaba enamorado de ella.

Y le estaba volviendo a ocurrir.

El problema era que, si se lo decía y le pedía que se quedara, temía acabar haciéndole daño.

James llevaba toda la mañana pensando en Kelly. Salió del establo de la clínica y se lavó las manos.

—¿Cuándo va a ir a la universidad? —le preguntó Cal.

—No estoy seguro. Antes de que empiecen las clases.

—Confiaba en que os arreglarais y Kelly se quedara.

—Quería dejar la carrera, pero la convencí para que no lo hiciera.

—¿Le has dicho lo que sientes por ella? ¿Le has pedido que se quede? Sara siempre me dice que los hombres damos por hecho que ellas saben lo que sentimos.

Por lo visto no es así. Hay que decírselo.

James se encogió de hombros. ¿Cómo iba a decirle lo que sentía si no lo tenía claro ni él?

—Kelly tiene que hacer sus sueños realidad. Si hago que se quede, que es lo que a mí me gustaría, temo que acabara echándomelo en cara. Debe terminar la carrera y ser veterinaria.

—¿Vas a dejar que salga de tu vida sin luchar por ella?

—Me debato entre pedirle que se quede y animarla a que persiga su sueño. No tengo derecho a decirle que abandone todo por lo que ha luchado tanto —le dijo pensando que, si se lo pedía y ella accedía, ¿qué? ¿Podría hacerla feliz?

—Mira, toda esta historia entre Kelly y tú es estúpida. Lo importante es Will y cómo lo vas a hacer para seguir viéndolo.

—Iré al campus los fines de semana.

—Nunca pensé que te fueras a dar por vencido tan fácilmente —le dijo Cal poniéndose la gorra—. Normalmente, ante un reto así, estarías agarrando al toro por los cuernos. ¿Qué te pasa?

—Nada. Simplemente no creo que tenga ninguna ventaja seguir discutiendo con Kelly. No quiero que las cosas se estropeen —contestó. «Ni hacer promesas que no pueda cumplir».

—¿Ventajas? Se trata de tu hijo. No de ti y de Kelly. Ese niño no pidió nacer.

Tenéis una responsabilidad hacia él. Si yo fuera tú, me aseguraría de Kelly supiera lo que quieres y lo que esperas de ella.

—Me he pasado tanto tiempo preocupándome por lo que Kelly quería de mí que no me he parado a pensar cómo afectaría eso a mi hijo —comentó James. Quería estar con Will y con Kelly, pero ¿cómo podía saber si eso era lo mejor?

—Bueno, James, los dos sois un poco cabezotas, pero ha llegado el momento de que averigües por qué se fue o de que te olvides del pasado para siempre. Solo así podréis perdonaros. Quizás, así, encontréis la manera de construir un futuro juntos.

—Lo que nosotros hemos hecho con Will es lo mismo que hacía mi padre conmigo cuando tomaba decisiones sobre mi vida sin tener en cuenta lo que yo quería. Le he preguntado a Kelly varias veces por qué se fue, pero nunca me ha dado una contestación.

—Hablando de tu padre, ¿sabe lo de Will?

—No, lo tengo que llamar.

Capítulo 10

La conversación con su padre fue todo mucho mejor de lo que se esperaba. Al decirle que tenía un nieto, el hombre incluso le pidió la dirección para mandarle un traje de faena y unas botas militares. Aunque James siempre había odiado que su padre lo vistiera así, se alegró de que le mandara algo a su nieto.

—Dile que se lo manda su abuelo, ¿de acuerdo? Si puedes, mándanos una foto del pequeño soldado.

—Os mandaré una foto sin falta, pero Will no es un soldadito. Es un vaquero.

Para su sorpresa, su padre se rió. No recordaba la última vez que lo había oído reír.

—¿Le puedes traer para que lo conozcamos?

—Lo intentaré.

—Lo digo de verdad, hijo. Ven a vernos y tráete al niño —James sintió un dolor en el pecho. No creía que Kelly le fuera a dejar llevarse al niño una semana—. Bueno, hijo, tengo que colgar. James, sé que cuando eras pequeño no pasé mucho tiempo contigo y que puede que no hayas aprendido mucho de mí, pero te enseñé a ser honrado.

Tras colgar, James se quedó pensando. Sí, era cierto. La honradez era algo que su padre y él tenían en común y que pretendía pasar a Will.

Desde que había sabido que tenía un hijo, no habían dejado de sucederle cosas buenas. Por ejemplo, hablar con su padre de buenas, se habían escuchado mutuamente por primera vez.

Se preguntó por qué no habrían hablado así antes. Tal vez, él no había querido escuchar. ¿Quizás Kelly se habría quedado si la hubiera escuchado? Le fastidiaba pensar que, a pesar de la cantidad de tiempo que habían pasado juntos hacía tres años, nunca había llegado a conocerla tan bien como la conocía en esos momentos.

En realidad, nunca había mantenido una conversación seria con ninguna mujer hasta el día en el que Kelly apareció con Will.

Le gustaba estar con ella, oír su risa, hablar del día mientras cenaban. Incluso secaba los platos para que les diera tiempo a Kelly y a Will de ir con él al establo. No recordaba cuándo había

cambiado esa rutina, pero, así tenían más tiempo para estar los tres juntos antes de meter al niño en la cama.

Quería que se quedara, pero no se lo iba a pedir. Kelly ya había sufrido muchas promesas incumplidas en su vida y a él no se le daba bien meterse en compromisos.

¿Sería capaz de cumplir con las expectativas de Kelly? Tenía el listón tan alto…

Volver a fallarle, como hacía tres años, sería mucho peor que verla irse.

Kelly dejó su diario y el bolígrafo en la mesilla y se levantó de la cama. No podía quitarse de la cabeza el dolor que había visto en la cara de James cuando le había dicho que no quería volver al punto donde habían dejado su relación tres años antes. Había sido lo más difícil que había hecho en su vida, pero no quería obligarlo a hacer algo de lo que luego se arrepintiera. Ella estaba muy segura de que lo quería, pero no creía que James sintiera lo mismo por ella.

Decidió que al día siguiente haría las maletas y volvería a la universidad. Lo iba a echar de menos, no quería ni pensar cuánto. La verdad era que no se podía ni imaginar que en tres años James hubiera cambiado tanto. Si lo hubiera sabido, nunca se habría ido, se habría quedado con él, si él se lo hubiera pedido, claro.

Pero tres años atrás, James era un vaquero y muy bueno, además. Se preguntó qué le habría llevado a dejar de competir.

Se acercó a ver qué tal estaba Will.

Suspiró. Pronto su vida volvería a estar sujeta a rígidos horarios de estudio. En dos años, tendría su título, podría montar una clínica y buscar una casa para Will y para ella. Una casa sin James. La idea no le atraía en absoluto. Una casa sin él no sería un verdadero hogar.

James. Siempre presente en sus pensamientos.

Sabía que no se iba a poder dormir, así que intentó ponerse a escribir de nuevo, pero James no se le quitaba de la cabeza.

Se moría por perderse en sus brazos de nuevo antes de salir de su vida.

Una vez nada más.

Consideró la idea. No. No, podía ser. Era absurdo. Una noche de pasión no arreglaría nada. Ya habían tenido una y aquello no había hecho que lo extrañara menos.

Tal vez, si le hubiera dicho que lo quería, él habría ido tras ella. Durante tres años, no había dejado de preguntárselo. Necesitaba saberlo, pero ¿sería capaz de revelarle sus verdaderos sentimientos? Era la única manera, pero era exponerse a que la rechazara. No sabía si sería capaz de hacerlo.

Pero, si no lo hacía, ¿podría vivir toda la vida sin saber qué habría contestado él?

Kelly abrió el diario y comenzó a escribir.

James oyó un ruido tras él y se dio la vuelta. Kelly estaba en la puerta.

—¿Le pasa algo a Will?

—No, el niño está bien —contestó acercándose tanto que podía contarle las pestañas y aspirar el olor de su jabón.

James sintió que se le aceleraba el pulso.

—Kelly, he hecho todo lo posible para no ponerte la mano encima, pero, si te acercas más, no respondo.

Kelly sonrió suavemente.

—Aunque te he echado mucho de menos y los recuerdos de aquella noche me persiguen, aunque me muero por que me hagas el amor, no es eso por lo que he venido —dijo mirándolo a los ojos—. Me cuesta mucho decirte lo que te voy a decir porque nunca me ha gustado hablar de mí ni de mis sentimientos, pero no me voy a volver a ir sin contarte la verdad.

—¿Te vas?

—Sí. Mañana por la mañana, pero antes de irme quiero que sepas que te quiero y que siempre te he querido. Antes, creía que era obvio y que lo sabrías, pero me he dado cuenta de que no lo habías notado. Hace tres años, me fui sin decírtelo porque me daba miedo volver a sufrir, que no me pidieras que me quedara contigo. Lo mucho que te he echado de menos estos años me ha enseñado que es peor callar que escuchar la verdad.

James se dio cuenta de lo mucho que deseaba oírla decir que lo quería. Se sintió pletórico y débil a la vez, con unas inmensas ganas de gritar de alegría. Kelly estaba mirándolo, esperando. Quería que se quedara, quería comprometerse con ella, pero no quería que se sintiera decepcionada si no era capaz de vivir según sus reglas.

—¿Me estás preguntando cuáles son mis sentimientos?

—Sí, solo quiero la verdad. Si decides pronunciar las dos

palabras mágicas, espero que sea de verdad, porque, una vez dichas, no habrá marcha atrás.

James se aclaró la garganta. ¿Cómo podía explicarle lo que sentía? Era tan complicado.

—Eh…

—No, espera, no lo quiero saber todavía —le dijo entregándole su cuaderno azul—. Quiero que te lo quedes. Es una parte de mí. Es mi diario y en él encontrarás todo lo que quieres saber sobre Will. Hay cosas que preferiría que no leyeras, pero, esta vez, cuando me vaya, no quiero tener remordimientos, quiero que quede todo bien claro.

—No quiero que te vayas. ¿No podríamos arreglarlo de alguna manera?

—No, a no ser que me des una buena razón que me haga cambiar de parecer. Si no me quieres, lo aceptaré, pero espero que entiendas que necesito saber la verdad y, esta vez, sabré que he hecho todo lo que he podido.

James se sintió como si la vida se le escapara entre los dedos.

—¿Quieres que me comprometa sabiendo que te vas?

—Sí porque el hecho de que quieras a Will ya no es suficiente. Solo te estoy pidiendo una cosa. Si no me la puedes dar, viviré con ello, pero tengo que saberlo.

Me iré a las nueve de la mañana y me gustaría que me dieras una contestación antes

—dijo yendo hacia la puerta. Se paró y se giró—. Una cosa más. Decidas lo que decidas, te querré siempre.

James dejó el diario sobre la mesa de la cocina. No estaba muy seguro de querer leer su contenido. Sacó una cerveza de la nevera y se sentó. Lo miró durante unos minutos y, al final, lo abrió.

A William James, mí querido hijo:

Tras doce horas de espera, has anunciado tu llegada a voz en grito. Tienes buenos pulmones. Sé que, cuando seas mayor, tal vez no te guste leer lo bonito y guapo que eres, pero es cierto. James estaría muy orgulloso de ti. Es tu padre y te pareces mucho a él. Lo echo mucho de menos y me gustaría tanto que estuviera aquí, con nosotros. No está porque no sabe que existes. Quería decírselo, pero no he podido. Puede que no entiendas mis razones para ocultarle la verdad. Yo misma tengo mis dudas. Espero que no me odies por ello. De pequeña, sufrí tantas

mentiras y rechazos que me daba miedo creer que con James fuera a ser diferente.

Mis miedos me han cegado porque él es la excepción a todas mis reglas. Aunque quizás nunca me perdone, es un buen hombre y no lo pagará contigo. Me tiemblan las manos. Espero que puedas leer lo que estoy escribiendo. Voy a llamarlo.

James se arrellanó en la silla, escuchó el tictac del reloj, abrió la cerveza y continuó leyendo.

Will: He llamado a James. Tenía muchas esperanzas de que las cosas salieran bien si sabía de tu existencia. Me ha contestado el teléfono una mujer. Creía que estaba preparada para cualquier cosa, pero no ha sido así. No había pensado que se podía haber casado y haber encontrado la felicidad junto a otra mujer. No puedo causarle problemas. Lo siento, Will.

Ojala…

El resto de la frase no se podía leer porque la tinta estaba mezclada con lágrimas. James dio un trago a la cerveza para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Pasó la página.

Estuvo varias horas leyendo y sintiendo, a través de los ojos de Kelly, la alegría del primer diente de Will, la primera vez que dijo «mamá» y sus primeros pasos.

James siempre había sabido que Kelly era una mujer fuerte. Tenía que haberlo sido para sobrevivir a semejante niñez, pero no se había parado a pensar hasta dónde llegaban su fuerza y su sufrimiento. Sus palabras, escritas para que solo su hijo las leyera, revelaban aspectos de su vida que jamás habría contado a nadie, ni siquiera a él.

A medida que iba leyendo, se daba cuenta de lo sola que había estado Kelly siempre. Excepto durante la época que pasó con él, siempre había estado sola. Hasta que nació Will.

Hoy, te han puesto la primera vacuna. Te has portado como un valiente. No has llorado.

Eres tan fuerte como tu padre.

James parpadeó, dando gracias de que Kelly no lo viera porque estaban a punto de saltársele las lágrimas, algo que no le había pasado en la vida. Mientras ella luchaba sin descanso por y para su hijo, él se había estado dedicando a jugarse la vida en los rodeos por unos segundos de gloria. Sintió náuseas. Miles de personas lo

habían aplaudido por ello, pero a Kelly nadie la había aplaudido ni la había ayudado. Él, tampoco.

James miró por la ventana. Estaba amaneciendo. Se pasó la mano por la incipiente barba. Solo le quedaba un párrafo.

James, ojala tuviera el valor necesario para decirte lo mucho que te quiero. Te he querido desde el día en el que te conocí. Te quería antes de concebir a Will. Te quiero porque ignoras las barreras que me he pasado toda la vida levantando para mantener a la gente alejada.

Aquello me asustaba. Eres guapo, divertido y cariñoso. Eres todo lo que yo no soy y me gustaría ser. Te quiero porque me has enseñado a pasármelo bien. Nunca antes había ido a agarrar lombrices antes del amanecer ni a pescar con una niebla tan espesa que no me veía ni la punta de la nariz. Nunca antes había visto el sol salir y convertir un prado cubierto por el rocío en un campo de diamantes. Tampoco había ido a bañarme desnuda por la noche.

No quería enamorarme de ti, pero te quiero. Siempre te he querido.

De repente, lo vio claro. Se dio cuenta de que nunca había sabido apreciar el amor de su padre. Se había pasado la vida arriesgándolo todo para probarse a sí mismo, pero el diario de Kelly revelaba que a ella nunca le había importado lo superficial, el rodeo, los trofeos, ni nada de ese mundo. Lo quería por cómo era, de manera incondicional, sin pedir nada a cambio.

Lo que más le había emocionado era que en todas las páginas decía «Ojala James estuviera aquí».

Tenía dos opciones: animarla a que cumpliera su sueño y dejarla marchar o ser egoísta y pedirle que se quedara.

Solo le quedaban unas horas para decidirse.

Kelly se negaba a llorar, pasara lo que pasara. Que se sintiera inmensamente triste no tenía que ver con ese vaquero que llevaba a su hijo a hombros hacia el establo.

Mentirosa.

Miró la hora. La iba a hacer esperar hasta el último momento. Se agachó para enganchar el remolque al coche.

—Te quiero, Will, te quiero mucho —le oyó decir arrodillado ante su hijo.

Intentó no mirar, pero no pudo. El niño se acercó a él y apoyó la cabecita en su cuello.

James lo volvió a abrazar, se puso en pie y se lo puso a

hombros, como había hecho aquel día del almuerzo en el jardín.

Se acercó a la furgoneta con paso lento y cabizbajo. Will llevaba puesta la gorra de su padre y parecía pensativo, como si supiera que, tal vez, no volvería a ver a su padre.

Kelly había temido aquel momento. No le gustaba en absoluto tener que separarlos.

Todavía tenía cinco minutos para darle una contestación. Tenía que saberla ya.

La tristeza que vio en sus ojos y su paso dudoso la asustaron. Dejó al niño en el suelo y se puso la gorra mientras Will corría hacia la manguera. Comprobó el enganche y la miró. Kelly sintió que estaba sudando. Rezó para que se acabara aquella tortura.

—Me he pasado toda la noche leyendo el diario.

—¿De verdad? —dijo poniéndose roja como un tomate.

—Sí. ¿Sigues queriendo irte?

—Eso depende de ti —contestó ella. James había insistido en que volviera a la universidad. Era obvio que quería que se fuera aunque quisiera mucho a su hijo.

Había entendido el mensaje, pero había albergado la esperanza de hacerlo cambiar de parecer declarándole su amor y dejándole leer su diario.

La tensión se mascaba en el ambiente. Kelly deseó saber qué decir, pero no se le ocurría nada.

Lo miró a los ojos y vio que estaba triste, seguramente por el niño. Ya no podía más, había que poner punto final a aquello.

—Bueno, vamos, Will. Nos tenemos que ir —dijo abriendo la puerta de la furgoneta—. James, gracias por todo.

James la siguió con expresión seria.

—Bien.

Kelly lo miró y se grabó en la memoria todo, desde el sudor marcado en la gorra hasta los vaqueros y los arañazos de las botas. Aquel era el padre de su hijo, el hombre del que se había enamorado y al que todavía quería. Así lo recordaría…

siempre.

—Va a ser mejor que nos vayamos. Venga, Will.

—Sí, claro —contestó él. Kelly puso al niño en su sillita y James la agarró del brazo—. ¿De verdad que no quieres que os siga hasta la universidad?

—No —contestó ella viendo que tenía ojeras. Lo había oído pasearse toda la noche. Ella tampoco había pegado ojo.

James se quitó la gorra.

—Kel, yo… bueno, sabes que puedes venir siempre que quieras.

—Gracias. Ven a ver a Will siempre que quieras —contestó ella. «Y a mí».

—¿Te has planteado venirte aquí cuando acabes la carrera?

—No lo sé, James. No estoy segura —contestó. Sí, se lo había planteado un par de veces. Sabía que sería bueno para Will estar cerca de él, pero no sabía cómo llevaría ella esa misma cercanía sabiendo que su amor no era correspondido.

—Maldita sea, no puedo dejar que te vayas sin decirte lo que siento, Kelly —

dijo de repente tomando aire—. Sé que te he dicho que persigas tu sueño. Cuando te lo dije, esperaba que tus sueños me incluyeran a mí. Sé que crees que me juego la vida, que me encanta el riesgo. Antes, era cierto, pero ya no. Quiero que tengas presente una cosa. Tú y Will siempre me tendrías, para lo que queráis. Estaré dentro de seis meses y dentro de seis años. Te esperaré siempre, si cambias de opinión.

—Sé que quieres estar con Will…

—Así es, pero esto no tiene nada que ver con el niño. La tarde en la que entraste en la clínica en mayo, sentí algo que ningún rodeo me ha hecho sentir nunca.

—No sé si te entiendo.

—Lo que estoy intentando decirte es que, cada vez que te veo o que te toco, siento como una descarga. Y, cuando te beso, es mejor que sentir a un toro de 500

kilos contra el pecho —le explicó pasándose la mano por la mejilla—. Me dijiste que querías que Will tuviera un hogar. Yo, también. Lo quiero —dijo tomándola en sus brazos.

—¿Qué haces? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Lo que debía haber hecho cuando entraste en la clínica, lo que debía haber hecho hace tres años. No puedo dejar que te vayas. Lo hice la última vez y todavía me estoy arrepintiendo. Esta vez, no voy a ser honrado.

Kelly sintió que le daba vueltas la cabeza. No quería sacar conclusiones precipitadas, pero deseaba que fuera verdad.

—¿A qué te refieres?

—Kel, ¿te lo tengo que deletrear? Te quiero. Quiero estar contigo hoy, mañana y todos los días de mi vida. Sé que quieres ser veterinaria y no quiero que lo dejes porque es tu sueño —le dijo acariciándole la mejilla—, pero tú eres mi sueño, Kelly, lo has sido durante los últimos cinco años.

Kelly sintió un escalofrío en la columna. Miró a su hijo, que se estaba quedando dormido.

—¿Estás seguro? Si lo hacemos, ya no hay marcha atrás. Quiero que estés seguro porque no veo cómo lo vamos a hacer. La universidad está lejos y tú tienes tu clínica y…

—Si tú me lo pides, me voy con vosotros —se ofreció él—. Quiero estar contigo y con Will. No quiero que dejes tu sueño de lado.

—No, James, no quiero que dejes tu trabajo. Prefiero dejar la universidad un par de años, tener tiempo para mi hijo y volver cuando él empiece el colegio.

—¿Estás segura? Yo puedo hablar con Cal o puedo intentar que me contraten como profesor en la universidad o puedo quedarme de amo de casa… —la abrazó con fuerza—. Dame una oportunidad, Kel. Vamos a darnos la oportunidad de ser una familia, una familia de verdad, de darle a nuestro hijo un hogar lleno de amor —

Kelly no daba crédito a lo que estaba oyendo. Había esperado mucho tiempo para oírle decir que la quería, pero, de momento, solo le había ofrecido que se quedara a vivir con él. ¿Y si luego se arrepentía y decidía irse?—. Por cierto, casi se me olvida.

¿Te quieres casar conmigo? —Kelly apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos.

—Lo has hecho aposta, ¿verdad? —le preguntó sonriendo.

James la besó como nunca antes lo había hecho.

—Siempre he sabido que te quería, pero, hasta que no he leído tu diario, no me he dado cuenta de lo que podías tú ver en mí. Eres la única mujer que ha sabido ver más allá de los trofeos.

—¿Cómo hemos podido estar tan ciegos?

—No lo sé. Bueno, ¿vas a contestar a mi pregunta?

—¿Me la podrías repetir?

James le agarró ambas manos y se puso de rodillas.

—¿Te quieres casar conmigo?

Kelly sintió que se le saltaban las lágrimas, pero se controló porque el dolor pertenecía ya al pasado.

—La mayor parte de mi vida la he pasado sola. Nunca he sido impulsiva, pero por ti voy a correr el riesgo porque sé que tú lo vales. No podría soportar vivir sin ti.

Mi contestación es sí, absolutamente sí.

—¿Cuándo? —preguntó James poniéndose en pie—. ¿Quieres esperar un año o un mes? ¿Qué te parece ayer? —sonrió él.

—Perfecto —contestó. Sí, todo era perfecto y era así por él.

—Sé que le tienes mucho cariño al apellido que llevas y no quiero que lo dejes por llevar el mío, pero podrías utilizar los dos, Kelly Mathews Scott. Quiero que sepas que podrás llevarlo toda la vida porque te querré siempre.

—Gracias.

—Lo primero que tenemos que hacer es ir a ver a mis padres. Sé que os van a querer a los dos.

Una familia. Siempre había soñado con tener una y James se la estaba dando.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo os quiero —contestó él besándola en la frente—. Te prometo que cuando nazcan nuestros próximos cuatro hijos, estaré allí contigo.

—¿Cuatro?

—Sí, señorita —contestó él sonriendo—. Ya que no voy a volver a participar en un rodeo, voy a tener que estar ocupado. Con cuatro más, creo que será suficiente.

Como si Will no estuviera muy contento con la idea de compartir a sus padres, protestó.

—Papá, adiós.

James le soltó las correas de la silla y lo agarró en brazos.

—No, hijo, papá no se va a ningún sitio y mamá, tampoco. Desde ahora, vamos a estar juntos y a ser una familia.

Abrazó a Kelly y la besó en prueba de su amor. Ella se rindió ante su amor y la familia que habían formado. Toda el dolor y la soledad de su niñez desaparecieron y decidió que los miedos y sus reglas eran cosa del pasado. Ya no las iba a necesitar.

Gracias a James, el mejor vaquero del mundo y el hombre al que amaba, ya no volvería a estar sola.

FIN